

1^{er} Simposio Internacional de Misionología



**EL EVANGELIO,
FUENTE DE
RECONCILIACIÓN
Y COMUNIÓN**

Puerto Rico - Casa Manresa
28 sep - 1 oct 2015

**PONENCIAS CENTRALES
Y CONCLUSIONES**

Rumbo al V Congreso Americano Misionero 2018

1º SIMPOSIO INTERNACIONAL DE MISIONOLOGÍA

EL EVANGELIO, FUENTE DE RECONCILIACIÓN Y COMUNIÓN

Puerto Rico, del 28 de septiembre al 1 de octubre de 2015

CONFERENCIA EPISCOPAL BOLIVIANA

OBRAS MISIONALES PONTIFICAS

PRIMERA PONENCIA

“TAMBIÉN EN OTRAS CIUDADES DEBO ANUNCIAR LA BUENA NUEVA DEL REINO DE DIOS” (Lc 4,43) ELEMENTOS DE REFLEXIÓN SOBRE LA BUENA NUEVA, ALGUNAS DE SUS CARACTERÍSTICAS Y EL PERFIL QUE SE REQUIERE DEL MISIONERO¹

Toribio Tapia Bahena²

México

INTRODUCCIÓN

La peculiaridad fundamental de alguien que pretenda con honestidad ser discípulo-misionero de Jesús –y en nuestro caso, animar a otros hermanos y hermanas con nuestro ministerio- no está solamente en sus creencias, sino sobre todo en la manera de reaccionar ante la realidad.

Una manera permanente de reaccionar como personas de fe, ante la realidad, ha sido proclamar el *Evangelio*, es decir, *evangelizar*. Sin embargo, en esta tarea muchos de nosotros hemos constatado que si hiciéramos una encuesta sobre lo que se entiende por *evangelio de Jesucristo* llegaríamos –con mucha probabilidad- a la triste constatación de que el *evangelio parece* significar lo que cada quien pretende que signifique. Necesitamos elementos más objetivos para identificar y reconocer cuándo una persona es realmente discípula de Jesús. A esta primera dificultad se le agrega un cuestionamiento: ¿es realmente lo que decimos o proclamamos Buena Noticia? Esto nos enfrenta con la constatación dolorosa pero saludable: es muy diferente que algo que se dice sea cierto a que sea realmente Buena Noticia.

Con estos dos elementos como trasfondo consideramos que el Evangelio como eje temático sugerido podría servir de punto de partida de nuestra reflexión; en el caso del otro eje temático, el de la reconciliación y la comunión, será considerado en los contenidos centrales, pero sin dedicar la reflexión exclusivamente a estos temas; incluso,

¹ El presente escrito fue precisado en algunos aspectos gracias a las observaciones de algunas personas que estuvieron en la presentación oral durante el Simposio. Gracias a ellos por sus apreciaciones y a todos por su atención.

² Sacerdote de la diócesis de Cd. Lázaro Cárdenas, México; profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de México; colaborador en la Obras Misionales Pontificio Episcopales de México. Correo electrónico: tapiato@hotmail.com

he visto conveniente dejarlos como elementos de reflexión para el momento de las preguntas que se trabajarán en los equipos por la tarde. Así surge como objetivo particular de esta plática reflexionar juntos, teniendo como punto de partida la convicción de que el Evangelio debe realmente ser Buena Noticia, sobre los principios elementales y las exigencias más significativas que percibieron algunos de los primeros cristianos en su tarea misionera, con la finalidad de preguntarnos por algunos desafíos para nuestro ministerio misionero.

Presentaremos nuestra reflexión en cuatro partes. Iniciaremos con una presentación breve de tres presupuestos de nuestra propuesta. Después presentaremos algunos elementos de reflexión sobre el evangelio como Buena Noticia; posteriormente, en un tercer momento, abordaremos algunos principios para que el evangelio sea Buena Noticia de acuerdo a algunos elementos que ofrece la Obra Lucana; finalizaremos presentando algunas exigencias para la transmisión del evangelio como Buena Noticia.

1. PRESUPUESTOS

Lo que se pretende presentar tiene como primer presupuesto una convicción expresada por el Papa Benedicto XVI en la Exhortación *Verbum Domini* cuando afirma que “es decisivo desde el punto de vista pastoral mostrar la capacidad que tiene la Palabra de Dios para dialogar con los problemas que el hombre ha de afrontar en la vida cotidiana” (n. 23)³. Esto nos permite y exige acudir a la Sagrada Escritura; pero no podemos acudir a toda la Biblia, pues aunque ganáramos en extensión, perderíamos –y mucho- en precisión y probablemente en persuasión. Así, que he decidido por cuestión metodológica y por pretensión de alcance, a la obra lucana⁴.

Se ha elegido precisamente la obra lucana porque este doble escrito refleja algunas actitudes básicas que tuvieron ciertos cristianos de la segunda generación cristiana, concretamente entre el año 70 y el año 110 d. C.⁵, para enfrentar ciertos desafíos. Hemos escogido este período, por una parte, porque al ser una etapa decisiva en la aparición de la mayoría de textos cristianos que, posteriormente integrarán el canon, tiene una influencia determinante en la configuración de la “gran Iglesia” y en las reflexiones sucesivas, incluida la nuestra⁶. Por otra parte, las comunidades de esta generación guardan ciertas semejanzas con las de nuestro tiempo. Así, por ejemplo, tienen cierto carácter plural combinado con tendencias, principios y convicciones que se irían consolidando paulatinamente. Incluso, a diferencia de las comunidades de la primera

³ El mismo número continúa: “Por eso, debemos hacer cualquier esfuerzo para mostrar la Palabra de Dios como una apertura a los propios problemas, una respuesta a nuestros interrogantes, un ensanchamiento de los propios valores y, a la vez, como una satisfacción de las propias aspiraciones. La pastoral de la Iglesia debe saber mostrar que Dios escucha la necesidad del hombre y su clamor”.

⁴ No obstante, el evangelio de Marcos en su precisión sobre la Buena Nueva, nos servirá de punto de partida para percibir con mayor claridad el aporte del autor del evangelio de Lucas y Hechos de los Apóstoles en la segunda generación cristiana.

⁵ La primera etapa iría desde el ministerio de Jesús (año 30 d. C.) hasta la primera guerra judía (año 70 d. C.); la segunda, iría desde la destrucción del Templo (70 d. C.) hasta el 110; la tercera etapa del año 110 d. C. hasta el 150; y, por último, la cuarta etapa del año 150 al 190 d. C. Puede consultarse, R. Aguirre, “El proceso de surgimiento del cristianismo”, en: R. Aguirre (ed.), *Así empezó el cristianismo*, Estella 2010, 13-48, 39-48. Existe otra división que enfatizaría el aspecto generacional exclusivamente, haciendo a un lado el de los acontecimientos; cf. R. E. Brown, *la Iglesia que los apóstoles nos dejaron*, Bilbao 1986, 3-19.

⁶ Recientemente el Papa Francisco, con relación a la importancia de la memoria histórica, nos ha recordado que, “es sano acordarse de los primeros cristianos y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una gran resistencia activa” (EG 263).

generación, en éstas ha disminuido el entusiasmo, la creatividad se dificulta, los problemas se acrecientan, los desafíos se multiplican y las preguntas no se solucionan con tanta facilidad⁷; como en muchas de nuestras comunidades actuales. Además, estaban a más de cuarenta años de lejanía con el fundador, su líder principal y habían muerto los testigos y colaboradores inmediatos. Por último, es una generación que, al estar conformada por los nietos de los que habían pertenecido a la primera generación, muestran interés por la recuperación de la memoria; lo que para sus papás y abuelos podría haber sido algo vergonzoso, para ellos es ahora algo que vale la pena reivindicar⁸. Por estas razones, podríamos decir que estamos ante una generación interesada en la aplicación, actualización y reivindicación de las tradiciones de Jesús. No pretenden sólo recordar, sino que tratan de hacer memoria; hacen el esfuerzo de recuperar la memoria social, lo que les proporciona identidad y los conecta con el plan original y originario⁹. Este es el segundo presupuesto y nos sirve de precisión en nuestro punto de partida¹⁰.

Y el tercer presupuesto se refiere a la realidad. Vivimos en una realidad que, además de compleja, es complicada; o en palabras de uno de los mejores teólogos que ha dado nuestro continente, nuestra realidad es espesa¹¹. Es precisamente en esta realidad que se mueve entre lo complejo y lo complicado, entre la espesura percibida con honestidad y la fluidez aceptada con superficialidad, desde donde queremos preguntarnos por algunos desafíos para nuestro ministerio misionero. Este último presupuesto se presume útil para las pregunta de diálogo en orden a cierto aterrizaje en nuestros contextos propios.

2. EL EVANGELIO COMO BUENA NOTICIA

El sustantivo *evangelio* así como el verbo *evangelizar* son muy usados en nuestros ambientes eclesiales; los usamos tanto que, en ciertas ocasiones, no alcanzamos a precisar el mejor de sus alcances. El primer apartado de este punto estará

⁷ Los orígenes suelen ser muy creativos y entusiastas, aunque también oscuros, poco institucionalizados y hasta vulnerables -incluso con cierta seguridad por la cercanía cronológica con el fundador.

⁸ Es el principio denominado de la “tercera generación”; así, B. J. Malina, *Timothy Paul’s closest associate*, Colledgeville 2008, 21-37.

⁹ Han pasado por lo menos 40 años, es decir, una generación; la memoria colectiva después de cuarenta años, es decir, después de una generación, sufre una crisis y se plantea la necesidad de modificar las normas, de transmitir la memoria; es el paso de la memoria *comunicativa* a la memoria *cultural*. Puede consultarse, J. Assmann, *Religion and Cultural Memory*, Stanford 2006 especialmente las pp. 1-30; también, J. K. Olick, “Products, Processes, and Practices: A Non-Reificatory Approach to Collective Memory”, *Biblical Theology Bulletin*, 36 (2006) 5-14; A. Kirk, “Teoría de la memoria. Los enfoques cultural y cognitivo de la tradición evangélica”, en: D. Neufeld – R. E. DeMaris (eds.), *Para entender el mundo social del Nuevo Testamento*, Estella 2014, 97-111.

¹⁰ Ahora bien, es indispensable aclarar que volvemos al cristianismo naciente no por mero romanticismo extrateológico de retorno a los orígenes; tampoco por la idea –equivocada muchas veces- de que la cronología, es decir la proximidad temporal a la época neotestamentaria, implica de suyo prioridad teológica (...) El elemento decisivo en este terreno no es la cronología sino la praxis cristiana, el seguimiento de Cristo. Es decir, la fidelidad al cristianismo naciente y a la gran Tradición cristiana “no significa en realidad que haya que repetir un período concreto, sea cual sea (o una búsqueda concreta como la que hemos analizado)... Pero sin una memoria crítica de todo el pasado eclesial, del que la problemática actual también forma parte, nuestros interrogantes modernos son de por sí muy poco decisivos (...) Una respuesta verdaderamente cristiana a tales interrogantes sólo se pueden dar en el contexto de una confrontación crítica entre pasado y futuro que sea teológica y pastoral al mismo tiempo” E. Schillebeeckx, *El ministerio eclesial. Responsables en la comunidad cristiana*, Madrid 1983, 14.

¹¹ Esta expresión pertenece a J. L. Segundo, *El hombre de hoy ante Jesús de Nazaret. Tomo I: Fe e ideología*, Madrid 1982, pp. 303-368.

dedicado a precisar un poco más el sentido de Evangelio; en el segundo centraremos nuestra atención a su peculiaridad de Buena Noticia.

2.1 El evangelio como proyecto del Reino y persona de Jesús

El término *Evangelio* (*euangelion*) es usado de dos maneras en los evangelios¹², aplicado al contenido del mensaje de Jesús, el Reino/Reinado de Dios, por un lado; aplicado a la persona de Jesús, por otro.

En primer lugar, entonces, el sustantivo *evangelio* (*euangelion*) es usado para referirse al mensaje, o mejor dicho, al proyecto de Jesús que equivale al Reino o Reinado de Dios. Así, por ejemplo, en Mc 1,14 aparece la invitación por parte de Jesús, a que se crea en la Buena Nueva y se refiere, obviamente, al proyecto de Dios (cf. v. 14); es lo que se debe proclamar, como aparece indicado en 13,10; 14,9; 16,15. Esta acepción queda más clara porque el mismo evangelista Marcos distingue entre las menciones indicadas otras en donde se distingue el Proyecto del Reino de la persona de Jesús: “Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda su vida, por mí y por el Evangelio (*euangelion*) la salvará” (8,35); y también se afirma: “Yo les aseguro: que nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio (*euangelion*) ...” (10,29). Esto significa, entre otras cosas, que la primera acepción con la que aparece “evangelio” es con relación al proyecto del Reino de Dios.

En segundo lugar, para Marcos está claro que Evangelio (*euangelion*) también es el mismo Jesús (1,1); la frase: “comienzo del Evangelio (*euangelion*) de Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios...” es una especie de título que Marcos quiere desarrollar dando a entender que Jesús mismo es el Evangelio; no olvidemos que es precisamente el “Evangelio” la palabra que resume todo el mensaje cristiano que debe vivirse y proclamarse; estamos, no ante el encabezamiento del libro sino ante la reafirmación de su contenido¹³. Muy pronto, incluso antes de la muerte y resurrección de Jesús, muchos de los discípulos percibieron que el Maestro encarnaba totalmente el proyecto de Dios del que él hablaba; no tuvieron ninguna dificultad en asumir que él mismo era la Buena Nueva¹⁴.

Podemos decir, por lo anterior, que en Marcos aparece con mucha claridad que el término evangelio puede aplicarse del mismo modo al proyecto del Reino/Reinado de Dios, que al mismo Jesús. Esta equivalencia exige que ambos significados aparezcan simultáneamente en la vida del discípulo. Ahora bien, el mismo evangelista percibió el peligro de que hubiera personas que pretendieran ser discípulos entregando su vida o abandonando todo por Jesús (8,35; 10,29) pero sin asumir su proyecto, de ahí que él

¹² La tercera acepción del *evangelio* corresponde a la obra escrita; sin embargo, debido a la naturaleza reflexión no la alcanzaremos a desarrollar. Para una buena explicación puede consultarse J. J. Bartolomé, *El evangelio y Jesús de Nazaret. Manual para el estudio de la tradición evangélica*, Madrid 1995, 25-37; también pueden consultarse S. Guijarro, *Los Evangelios. Memoria, Biografía, Escritura*, Salamanca 2012; R. Penna, *Vangelo*, Assisi 2014, especialmente los dos últimos capítulos, pp. 93-123.

¹³ Así, J. Gnlika, *El Evangelio según san Marcos I (Mc 1,1-18,26)*, Salamanca 1999⁴, 28.

¹⁴ Parece evidente, pues, que este fue el proceso natural de la designación de evangelio; primeramente designaba el proyecto de Jesús y, posteriormente aunque no tuvo que pasar demasiado tiempo, la misma persona de Jesús con todo lo que hizo y dijo. Es muy probable que este paso del evangelio de Jesús al evangelio que es Jesús se efectuó sobre todo –aunque no exclusivamente– en la predicación apostólica, cuando algunos de los primeros cristianos percibieron, tras los sucesos pascuales, que la Buena Noticia de la salvación de Dios (Mt 11,5-6; Lc 7,22b-23; cf. Is 52,7) se identificaba plenamente con Jesús de Nazaret (Hech 2,36; 5,42; 8,35; 11,20; 13,32-33; 17,18; 18,25; 28,31). Puede consultarse R. Bultmann, *Teología del Nuevo Testamento*, Salamanca 1981, 76.

mismo haya presentado juntos ambos elementos. Este riesgo lo presenta Marcos, con suficiente claridad, en la caracterización que hace de Pedro, Santiago y Juan que, junto con los Doce son presentados con Jesús yendo de camino a Jerusalén pero sin la intención precisa de asumir el proyecto de Jesús. No obstante que habían acompañado a Jesús en momentos cruciales en donde se aclaraba su misión (1,29-31; 5,35-43, especialmente el v. 37; 9,2), siguen sin querer entender, ni siquiera quieren preguntar (9,32). Incluso, aunque el mismo evangelista ha dejado claro que los discípulos están como ciegos (8,18), se vale de Pedro, Santiago y Juan para dejar claro que no es suficiente con que vayan caminando con Jesús, es indispensable, que asuman su proyecto para que, como verdaderos discípulos puedan a seguir a Jesús por el camino (10,56)¹⁵.

Por estas precisiones podemos decir, además, que el camino más acertado –al menos en la perspectiva de Marcos- adherirse al proyecto del Reino e implícitamente comenzar a ser discípulo de Jesús que, alguien diga que es discípulo de Jesús y a ver si se adhiere a su proyecto. La experiencia –y por desgracia la conveniencia- nos ha mostrado que cuando alguien se adhiere al proyecto del Reino no tiene mayor dificultad en adherirse a Jesús; en cambio, podemos haber muchas personas que hasta presumimos de estar con Jesús pero no hemos hecho nada –ni está en nuestro planes hacerlo- por involucrarnos en la construcción del reinado de Dios¹⁶.

2.2 El evangelio, debería ser siempre buena noticia

Por lo que dijimos anteriormente el Evangelio, es decir, el Proyecto del Reino y Jesús mismo, eran Buena Noticia, de eso no hay ninguna duda. Cuando Jesús anunció la Buena Nueva del Reino, quienes lo escuchaban, lo percibieron inmediatamente como buena noticia; cuando Pablo y muchos de los primeros cristianos proclamaban la nueva vida en Cristo, sus interlocutores lo percibían como buena noticia. Lo que proclamaban, tanto el Señor Jesús como la mayoría de los primeros cristianos, guardaba una relación estrecha, profunda, con las esperanzas y las aspiraciones de las personas de su tiempo.

Ahora bien, en el origen de estos términos está la peculiaridad de que la Buena Noticia debía compartirse personalmente; en la antigüedad, la principal –y casi la única- manera de transmitir un mensaje era a través de los corredores o heraldos; por tanto, las buenas noticias dependían de una persona, de alguien que llevara y compartiera la Buena Nueva. Pero junto con esto, lo más interesante es que era buena noticia, algo deseado y esperado; una noticia que era recibida con alegría y emoción.

Es decir, tanto por la actitud originaria del Señor Jesús así como por la convicción de los primeros cristianos de que el evangelio realmente fuera Buena Noticia, no puede –no debería- existir un anuncio del evangelio sin relación con las Buenas Noticias. Sin embargo, en la práctica, como decíamos al comienzo de nuestra reflexión, cabe preguntarnos si lo que anunciamos como evangelio realmente es Buena Noticia.

¹⁵ Esta resistencia de los discípulos a asumir el proyecto de Jesús queda muy clara, cuando Pedro reprende a Jesús cuando les anuncia su pasión por primera vez (8,31-33); en la discusión de los Doce, yendo de camino a Jerusalén con Jesús, sobre quién era el mayor entre ellos (9,33-37); así como en la incapacidad de Juan para aceptar que otros hagan el bien (9,38-41) y en la búsqueda, por parte de Santiago y Juan de un lugar de poder en 10,35-45.

¹⁶ Refuerza esta convicción el hecho de que si alguien pretende adherirse a Jesús sin conocer y asumir su proyecto del Reino, su percepción de Jesús se le presentará demasiado abstracta y, quizás por desgracia, demasiado a su conveniencia.

Debemos reconocer, de entrada, que no todo anuncio es buena noticia¹⁷. Una cosa es que algo sea cierto y otra es que se presente como buena noticia; lo que Jesús y Pablo dijeron en su momento fue buena, muy buena noticia; pero si alguien lo dice en la actualidad, exactamente igual, no tendría la misma respuesta. Es decir, si quienes ejercemos algún ministerio en la misión, nos dedicamos exclusivamente a repetir fórmulas del pasado, difícilmente estaremos compartiendo buenas noticias, menos la Buena Noticia. Cuando alguien se limita a repetir cosas del pasado, incluso cosas correctas, sin tomar en cuenta la realidad actual tocará asuntos precisos pero no necesariamente significativos para sus interlocutores.

Es decir, es indispensable que el mensaje compartido no solo goce de precisión sino también de relevancia, precisamente por ser buena noticia y para que sea realmente una Buena Nueva. En otras palabras, para que algo realmente sea buena noticia debe hacer que el anuncio posea un contenido y una manera de compartirse que provoque alegría escucharlo, que llene de felicidad; que llene de energía a quienes lo escuchen de tal manera que les permita vivir el presente con generosidad y abrirse al futuro con esperanza; que las personas despierten, se sacudan de todo lo que sea necesario y respondan a los desafíos de la existencia; el anuncio de la Buena Nueva debería reanimar, motivar inspirar a todas y cada una de las personas a vivir como Jesús vivió¹⁸.

3. PRINCIPIOS PARA QUE EL MENSAJE SEA BUENA NOTICIA¹⁹

Lucas hace un esfuerzo, en lugar de repetir lo que ha dicho Marcos sobre el *evangelio*, por explicitar en qué consiste *dar buenas noticias (euangelizomai)*; de hecho el tercer evangelista no utiliza el sustantivo “evangelio” sino el verbo “dar buenas noticias”. Esto es ya de por sí muy interesante²⁰. Nunca sabremos con certeza todas las razones que pudo tener Lucas para esto; pero podemos sospechar, por lo menos dos razones. Por un lado, tiene una comunidad que mantiene un doble desafío hacia el interior “¿Pueden acaso hacer ayunar a los invitados mientras el novio está con ellos?” o en el fondo la pregunta sobre la relación entre la costumbre religiosa y la felicidad que trae Jesucristo? (Lc 5,34); el segundo desafío lo presenta la constatación de que “nadie, después de beber el vino añejo, quiere del nuevo, porque dirá: el añejo es mejor” (v. 39) o la constatación de que hay costumbres y comportamientos que deben prologarse porque son antiguas, pero con la misma intensidad hay que reconocer que también existen otras que ya no tienen validez. Y por otro lado, la urgencia de ser comunidades alternativas que, si se quieren constituirse en referencia no deben limitarse a comportamientos

¹⁷ Para esta reflexión ha sido de gran ayuda el libro de A. Nolan, *Dios en Sudáfrica. El desafío del Evangelio*, Santander 1989, especialmente las pp. 23-45.

¹⁸ No es fácil asumir este desafío pues exige desaprender, reconstruir, entre otras cosas; A. Fossion, “¿Qué anuncio del Evangelio necesita nuestro tiempo? El desafío de la aculturación del mensaje cristiano”, en: Ph. Bacq – Ch. Theobald (eds.), *Una nueva oportunidad para el Evangelio. Hacia una pastoral de engendramiento*, Bilbao 2011, 95-114, 107. Sin embargo, no hay que pasar con facilidad, incluso con simpleza, de la dificultad a la imposibilidad; con todo y lo difícil que resulta asumir este desafío, es indispensable, urgente, convencernos de que el anuncio debe ser en el mejor de los sentidos siempre Buena Noticia.

¹⁹ Muchos elementos de estas reflexiones las he compartido previamente en la Revista Ad Gentes de las Obras Misionales Pontificias Episcopales de México; así como en otros espacios que en algún momento se indicará se fuera necesario.

²⁰ Lucas es muy generoso en modificar, incluso en ciertos intentos de clarificación y hasta de corrección de algunos elementos de Marcos. Así, por ejemplo, precisa más que Marcos la función de los discípulos; es el caso de Pedro en Lc 5,1-11; invierte en el orden del llamado de los primeros discípulos de Marcos (Mc 1,16-20) y la llegada a la sinagoga de su pueblo (6,1-6; cf. Lc 4,16-30; 5,1-11); por señalar algunos ejemplos.

buenos, sino que deben ir a comportamientos significativos: “¿Podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el pozo?” (6,39)²¹.

Consideramos, pues, que la situación de la comunidad que acabamos de expresar así como el uso del verbo “dar buenas noticias”, probablemente no en sustitución del “evangelio” que bastante usado por Marcos, Lucas alcanzó a precisar algunas características del anuncio de la Buena Nueva; o mejor todavía, alcanzó a dejarnos algunos testimonios de algunos elementos que no deben faltarle al anuncio para que realmente sea Buena Nueva. Veamos algunos de ellos.

3.1 Dar buenas noticias exige preguntarnos por la imagen de Dios

Una de las ocasiones en que aparece la referencia de *dar buenas noticias* es precisamente en Lc 4,18: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva”. De acuerdo a la naturaleza de nuestro tema hay que enfatizar que Jesús escoge un texto para leer²²: el correspondiente de acuerdo a las divisiones actuales a Isaías 61,1-2. Si leemos con atención en nuestras biblias la cita de Isaías nos daremos cuenta que evita decir “el día de la venganza de nuestro Dios” (Is 61,2). Jesús en Lucas, y el mismo autor del tercer evangelio, dejaron suficientemente claro que la intervención de Dios en la vida, en la historia de las persona, solamente puede darse como una buena noticia. Dios no es un extraño, tampoco un rival del hombre, mucho menos alguien que se desquita. El *hoy* de la salvación que proclama Jesucristo no se puede identificar con un día de desquite de parte de Dios. La presencia de Dios en la vida del hombre no es para hacerlo más desgraciado sino para que sea realmente feliz. Con Jesús se inicia un tiempo de gracia, en el que las cosas deben y pueden ser mejores; y eso le agrada sumamente a Dios²³.

3.2 Dar buenas noticias pide que tengamos como punto de partida el sufrimiento de los pobres

El evangelio de Lucas presenta a Jesús, ungido por el Espíritu, precisamente “para anunciar a los pobres la Buena Noticia” (Lc 4,18); según el tercer evangelio el anuncio de la Buena es para todos, especialmente, para los que más necesitan de ella. No hay que entender esto como un mensaje excluyente; es más bien, un criterio fundamental, pues si queremos que la Buena Noticia sea algo relevante para todos, debe ser especialmente para los pobres. La Buena Nueva anunciada a los pobres, a los que padecen la desigualdad, no la aceptan todos, pero en el fondo todos la necesitamos²⁴.

²¹ Muy probablemente el autor de la obra lucana percibió la convicción de que la fidelidad al pasado no estaba en repetir todo al pie de la letra sino en hacer una interpretación adecuada; es decir, Lucas percibió con mucha claridad que la fidelidad no está en la mera repetición sino en la interpretación.

²² Hay gente que se imagina que el pasaje del profeta Isaías salió por casualidad, al azar; otros piensan que posiblemente era el texto que correspondía ese día, suponiendo que había una especie de ciclo de lecturas para las reuniones en la sinagoga. Ninguna de estas dos afirmaciones tiene suficiente fundamento en el texto del evangelio de Lucas o fuera de él.

²³ Lo más interesante es que, apenas unos versículos antes se ha presentado la contraparte de este mensaje en las palabras de Juan Bautista (3,7.9); como si el autor del tercer evangelio quisiera evidenciar, más que dos anuncios, dos proyectos totalmente distintos; uno que sigue presentando un Dios castigador, insensible a la realidad humana (el de Juan); y otro, el que presenta a un Dios, al Dios del Reino, puro amor y misericordia.

²⁴ La Buena Nueva, según Lucas no consiste solo o principalmente que van a dejar de ser pobres; esto hubiera sido una medida ocasional y hasta inadecuada; la Buena Noticia consiste, en todo caso, que

La Buena Noticia a los pobres y excluidos (Lc 7,22) es un principio ineludible en la tarea evangelizadora para que los cambios de situación se den sin contradecir el Plan de Dios y sin ocasionar sufrimientos o situaciones de exclusiones semejantes a las que se pretenden superar. Un mundo mejor es posible si se construye desde la Buena Nueva del Reino a los pobres y excluidos.

La Buena Noticia del Evangelio no agrada a todos pero sí beneficia a todos. En la historia de la evangelización siempre ha existido el riesgo de presentar el anuncio del evangelio como buena noticia para todos. Jesús era consciente de que la Buena Noticia, no es necesariamente agradable a todos; ni siquiera consideró la posibilidad de evitar proclamarla con pretexto de no generar divisiones. Pero el Maestro estaba seguro que la Buena Noticia beneficia a todos si se aceptaba dentro del proyecto del Reino y de la exigencia de la conversión permanente.

No vale, pues, cualquier punto de partida para la transmisión de la Buena Noticia; existe la tentación permanente de confundir adaptación con abaratamiento; diluir el evangelio con pretexto de no generar supuestas divisiones; incluso, de suavizar exigencias y sacrificar principios con tal de que la Buena Nueva sea aceptada por todos inmediatamente. Todos sabemos que cuando hemos pretendido predicar algo que no cause controversia ni provoque división, casi siempre ha sido una especie de autoengaño. Cuando hemos hecho eso, hemos terminado predicando verdades abstractas sin relevancia y pensamientos precisos pero insignificantes. Dios nos libre de generar odios interpersonales o intergrupales por nuestra predicación; pero que también nos libre de una pretendida neutralidad que en el fondo puede estar siendo una falacia de nuestra mediocridad y de nuestra falta de compromiso²⁵.

dejarán de ser pobres pero dentro de los parámetros del Reino. Así lo expresa con claridad Lucas cuando presenta a Jesús diciendo: "Dichosos los pobres porque suyo es el Reino de Dios" (6,20); es decir, no sólo se trata de que alguien abandone la pobreza, sino que este tránsito, no provoque otra vez, lo mismo que él estaba padeciendo. Esta explicación estaría en coherencia con el "ay" del v. 24: "¡ay de ustedes, los ricos, porque ya han recibido su consuelo"; el rico en Lucas es aquel que vive tan ensimismado que actúa como si todo girara en torno a él; es decir, no le importan los demás, sólo que le afecte a él y a sus intereses.

²⁵ En el contexto de la misión de la Iglesia hablar de pobres como interlocutores privilegiados pide que superemos aquella vieja mentalidad de percibirlos exclusivamente como objeto de solidaridad y como destinatarios de la evangelización; si no damos este paso seguiremos pensando que es suficiente con que algunos –generalmente también pobres- opten por ellos; si no asumimos la convicción de percibirlos como interlocutores continuaremos minimizando a los pobres en su capacidad y continuaremos despreciando sistemáticamente el catolicismo popular. Estamos, pues, ante una necesidad imperiosa de replantearnos a los pobres en mejor manera. Un ejemplo significativo lo encontramos en San Juan XXIII que alcanzó a percibir a los pobres como sujeto de configuración eclesial; al hablar de la Iglesia de los pobres, lejos de pretender ser excluyente de cualquier otro sector, ofrecía el criterio ineludible de fidelidad al Maestro. Esta integración de los pobres como sujeto de configuración lejos de ser un pretexto para la exclusión de otros sectores es la mejor razón para que la Iglesia sea, desde el proyecto de Jesús, una Iglesia para todos. Y si nos autocomprendemos desde este criterio, la misión tendría, sin mayor problema y confusión, más que como destinatarios a los pobres, a un sector permanente de interlocución pues no deja de ser cierto que ellos también nos evangelizan. Para esta reflexión sería interesante consultar V. Codina, *Una Iglesia Nazarena. Teología desde los insignificantes*, Santander 2010, pp. 45-61.

3.3 Dar buenas noticias implica una tarea permanente y personalizada (Hech 5,42)²⁶

Los primeros cristianos, más que obsesionados por instruir, estaban entusiasmados por proclamar la Buena Nueva de Jesucristo. Estaban convencidos de que la proclamación de la Buena Nueva era una tarea permanente y personalizada así como con contenidos convincentes y asumiendo en fidelidad los espacios y consecuencias necesarios.

Los apóstoles y Pedro (véase 5,29) no paraban de enseñar y de anunciar la Buena Nueva de Cristo Jesús; y es que una vez que comenzaron su tarea misionera no podían dejar de hacerlo (véase 1,8). Podríamos decir que era una tarea permanente, continua y hasta insistente²⁷. Por eso se precisa que era todos los días, es decir, cada día. Pero además era una tarea personalizada; lo que generalmente se traduce “por las casas” tiene el sentido de “casa por casa”. Es decir, aquellos primeros cristianos eligieron una estrategia evangelizadora que implicaba la búsqueda concreta de las personas en lugar de un anuncio despersonalizado; era una preocupación de ir a todas las personas que los necesitaban y no sólo a los que los buscaban (cf. Lc 4,43).

Pero junto con la actitud en la tarea misionera tiene especial importancia el contenido de la enseñanza y del anuncio. Los primeros cristianos comprendieron –no sin dificultades- que no podían anunciar separadamente a Jesús y a Cristo, es decir, lo visto y lo experimentado, la cruz y la resurrección; el olvido de cualquier de estos dos aspectos los conducía irremediabilmente al fatalismo o al triunfalismo (Lc 24,25-27. 46-47). Además, esto debería proclamarse como Buenas Nuevas, es decir como Evangelio, como un cúmulo de noticias por parte de Dios para todas las personas. Entendían que para que la enseñanza y anuncio fuera auténtico deberían hablar de las Buenas Noticias de Jesús, es decir, lo que había dicho y hecho, a quienes había buscado...

Ahora bien, este anuncio debe ser no donde el discípulo quiera sino en donde se necesite. Es muy probable, de acuerdo a la manera en que el evangelio presenta el ministerio de Jesús en Jerusalén, que el Templo refiere un lugar de hostilidad; quizás un lugar contrapuesto a la casa (19,45-48; 20,1-21,38, especialmente 20,1-8; 21,1-7. 37-38; Hech 7,48-50). La casa para Lucas es el espacio cotidiano en el que se puede construir las relaciones fraternas y desde donde se debe proponer una comunidad alternativa (por ejemplo Lc 7,36-50); es ahí donde los primeros cristianos tendrán que anunciar el proyecto de Jesús (Lc 10,1-12). Ambos lugares pues, el templo y la casa, manifiestan con mucha seguridad que la misión debe ser en y desde el espacio cotidiano de los interlocutores; al mismo tiempo, el trabajo misionero no debe evadir los lugares difíciles y hasta hostiles para proclamar ahí la Buena Nueva de Cristo Jesús.

Y, por último, los apóstoles y Pedro enseñaban y anunciaban la Buena Nueva de Cristo Jesús después de que los azotaron y que los intimidaron precisamente a que no hablaran más en nombre de Jesús (Hech 5,40). Más aún, son presentados contentos por haber sufrido a causa de Jesús. Todo esto le da un matiz muy importante a la predicación de la Buena Nueva. Podríamos por tanto que los apóstoles se mantienen firmes en su tarea misionera a pesar de las persecuciones; no se dejan amedrentar por las

²⁶ Puede ayudar en la comprensión de otros elementos consultar T. Tapia Bahena, “La Iglesia de casa desde la Sagrada Escritura”, en: B. Bravo (coord.), *Para comprender la Iglesia de Casa. De la conservación a la misión*, Estella 2010, 11-34.

²⁷ así parece suponerse por el uso que le da el autor de la obra lucana al verbo “cesar” en otros textos (véase por ejemplo: 6,13; 13,10; 20,1; 20,31; 21,32).

hostilidades, ni siquiera por las agresiones físicas. Más aún, pareciera que la persecución les pide, más que defenderse, mantenerse en sus convicciones. Para ellos la persecución no es una comprobación egoísta de que la razón está de su parte sino una constatación de que efectivamente vale la pena mantenerse fieles en la proclamación de la Buena Nueva.

3.4 Dar buenas noticias exige una misión con dimensiones geográficas y alcances étnicos

Hech 1,8 refleja un esquema programático de lo que será la misión desde la perspectiva geográfica: "...recibirán una fuerza que los hará ser mis testigos en *Jerusalén, Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra*". Este esquema programático de Hech 1,8 se va reconociendo en el mismo texto (1,12; 8,1b; 13,47).

"Hasta los confines de la tierra" (1,8). Existen dos probabilidades en la explicación de esta frase. La tendencia geográfica que ubica el final último de la misión en algún lugar concreto que bien podría ser la zona de Palestina, Roma, Etiopía o España. Y por otra, la interpretación étnica que estaría colocando el fin último de este itinerario en la inclusión de los gentiles especialmente, o mejor dicho, la inclusión en general, que nunca terminará porque siempre "habrá sitio" (14,22). No es necesario excluir ambas propuestas; más bien, es posible y hasta útil combinarlas.

El desplazamiento geográfico no puede incluir, al menos para Lucas, un recorrido sin más. Si tenemos en cuenta que Hech 1,8 con mucha seguridad tiene como trasfondo Is 49,6 junto con Lc 24,47 como ya hemos afirmado, se puede suponer que "hasta los confines de la tierra" puede tener un significado étnico que se nota precisamente en el desarrollo paulatino del encuentro de los testigos del Señor Resucitado con el mundo gentil. Para que el desplazamiento geográfico tenga connotaciones étnicas Lucas se vale, con mucha probabilidad, de la introducción de nuevos ministros; da la impresión de que para Lucas los nuevos ámbitos o espacios pedían otro tipo de misioneros²⁸. La introducción de Felipe, uno de los helenistas, probablemente le sirve a Lucas no sólo para señalar una nueva etapa misionera sino un nuevo tipo de interlocutores.

Pero para el autor de la obra lucana la apertura tiene sus contrapartes. Llama la atención que Lucas deje el optimismo con el que se había expresado de los samaritanos en el evangelio (10,29-37; 17,11-19) y ahora en Hechos los presente como acostumbrados a escuchar cualquier cosa (8,11) y con una fe que dejaba mucho que desear (vv. 6-17). Ciertamente no pone en entredicho el ministerio de Felipe, tampoco lo refiere como de segunda categoría, pero presenta la comunión con la Iglesia de Jerusalén como una condición fundamental para la vivencia de la fe. Sin embargo, mantiene una actitud equilibrada respecto de la administración del Espíritu. Se mueve entre la necesidad de la presencia de los apóstoles para la recepción del Espíritu y a la vez como quienes no sólo se oponen drásticamente a quienes pretenden hacer un mal uso de esta gracia sino como quienes no están por encima de él.

²⁸ De hecho Lucas va construyendo su desarrollo narrativo a partir de avances misioneros en los que los nuevos lugares piden nuevos ministros. Así, por ejemplo, en la etapa de Jerusalén aparecen al inicio los apóstoles (Hech 1,15-5,42) y se suman, en un segundo momento, los helenistas (6,1-8,1^a); éstos últimos continuarán en 8,4-11,18 junto con Bernabé y Pablo (11,19-15,35) la misión en Judea y Samaria que, si tomamos en cuenta que su mención es en sentido incoactivo y no exclusivo y que Lucas presenta un programa que va de lo más concreto (Jerusalén) hasta lo más genérico (los confines de la tierra), esta mención estaría abarcando algunos lugares adicionales como Antioquía (8,40; 15,35).

Estos elementos señalados evidencian que el desplazamiento geográfico y su sentido universalista dejan entrever la llegada de nuevos problemas y retos así como la exigencia de auténticas soluciones.

4. PERFIL BÁSICO DEL DISCÍPULO Y DE LA COMUNIDAD QUE PRETENDA DAR BUENAS NOTICIAS

Para Lucas la misión necesita un perfil muy preciso de comunidad eclesial y de misioneros; es decir, no se puede hacer misión de cualquier modo y con cualquier mentalidad. Es necesario delinear un perfil de la comunidad misionero y del enviado.

Parece que Lucas hace su propuesta a partir, no solamente presentando personas sino sobre todo construye personajes²⁹; es decir, tipos de personas y comunidades, que signifiquen y persuadan permanentemente a los interlocutores. Así, por ejemplo, a diferencia de Marcos y Mateo presenta con especial énfasis misionero a Pedro (Lc 5,1-11; Hech 1-5; 8,4-25; 10); se vale de la figura de algunos de los Siete para ahondar en el desplazamiento más allá de Jerusalén (Hech 8,4-25); presenta sumarios alentadores (Hech 2,42-47; 4,32-35).

Consideramos, pues, que Lucas construye un perfil del misionero, a partir de Jesús principalmente, algunos discípulos/apóstoles y de manera colectiva, con algunos énfasis de la comunidad y hasta con algunos extraños como Simón, el Mago. El perfil del misionero es ampliamente presentado por Lucas en los dos volúmenes de su obra; nos concentramos en algunos más sobresalientes.

4.1 En Jesús, la misión pide un perfil básico y exige un alcance claro: las tentaciones en clave de misión.

Llama poderosamente la atención que el texto más importante que tiene el evangelio de Lucas sobre la misión (4,14-30) esté precisamente después de haber presentado la superación de las tentaciones por parte de Jesús. Lo más seguro es que esto no sea casualidad. Lucas remonta la genealogía de Jesús hasta Adán (3,38) precisamente porque desea dejar claro que comienza la etapa del Nuevo Adán, Jesucristo; Adán había sucumbido a la tentación, Jesucristo las ha superado.

Casi es seguro que al unir el inicio de la misión de Jesús con el relato de las tentaciones el evangelio esté queriendo dar a entender que para ser misionero hay que prepararse en lo más profundo de la propia humanidad pues el resultado más importante de la labor misionera debe ser la plena humanización de todas las personas desde Jesucristo. Por eso las tentaciones que menciona el evangelio están en estrecha relación con la plenitud de lo humano: “no sólo de pan vive el hombre” (v. 4); ante la tentación de sólo comer, de subsistir, de “irla pasando” y de vivir mediocrementemente, el evangelio propone vivir con sentido, esforzarse permanente por vivir en plenitud. “Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto” (v. 8); ante la tentación de adquirir poder pagándole siempre un alto precio al maligno, el evangelio propone no darle a nadie y tampoco asignarse lugares o deferencias que sólo le corresponden al Dios de Jesús. “No tentarás al Señor tu Dios” (v. 12); ante la tentación de ponerle pruebas o condiciones a Dios, el evangelio propone

²⁹ J. A. Darr, *On Character Building. The Reader and the Rhetoric of Characterization in Luke-Acts*, Louisville 1992.

que las personas evitemos aquella eterna tentación del ser humano que consiste en adueñarse de Dios, sin darse cuenta que al pretender manipularlo o al caer en la tentación de manipularlo terminan teniendo un ídolo no el Dios de Jesús. Esta tentación se vuelve más peligrosa todavía porque los ídolos siempre exigen víctimas, mientras que el Dios de Jesús pide la inigualable ofrenda del amor entre los hermanos.

Parece, por lo señalado aunque brevemente en los párrafos anteriores, que desde la superación de las tentaciones por parte de Jesús antes del inicio expreso de su misión, Lucas pudiera haber pretendido presentar un perfil básico del misionero; como si quisiera decir: si alguien pretende involucrarse en la misión –y si lo quiere hacer al estilo del Señor Jesús- que no falte en su vida el deseo y la convicción de vivir superando estas tres tentaciones que, además, son generadores de otros muchos problemas. Más aún, podríamos arriesgarnos y decir que muy probablemente también este perfil elemental del misionero podría convertirse también en el fruto más importante del trabajo misionero en los interlocutores; es decir, que la labor misionera pudiera lograr en los interlocutores un perfil básico de tal manera que el efecto elemental, de punto de partida y quizás el más importante fuera, que por el mensaje y el testimonio del misionero, las personas le tomaran sentido al a existencia, no cayeran en la trampa del poder y que nunca cayeran en la falacia de pretender manipular a Dios.

4.2 La relación peligrosa entre lo sagrado, el poder y el dinero afectan gravemente la misión. El caso un tal Simón, Mago (Hech 8,4-25)³⁰

Lucas ha utilizado laboriosamente una tradición sobre Simón, describiéndolo con elementos interrelacionados que paulatinamente van ofreciendo una temática que debió resultar muy importante para las comunidades lucanas.

El contexto misionero en el que el autor de la obra lucana ha reubicado la tradición sobre Simón, nos enfrenta con una especie de titubeo que refleja la obra lucana: catalizar el potencial de la búsqueda religiosa pagana en favor de la nueva fe (Hech 17,22-31) o desacreditar el politeísmo helenístico por conectarlo con la magia, ocultismo y venalidad. (8,18-24; 13, 6-11; 16,16-24). Esta preocupación misionera habría hecho que Lucas se ocupara de dejar claros algunos de los principios que no deberían faltarle a una comunidad que deseara constituirse en alternativa (cf. Lc 6,39).

Para Lucas es importante que la comunidad se ubique de manera adecuada ante lo sagrado. Para esto evidencia un problema: la tentación o el pecado de pretender adueñarse de lo sagrado a través del dinero, el engrandecimiento personal y de preconcepciones mágicas no sólo es posible entre las personas religiosas, sino que por desgracia, entre algunos seguidores de Jesús es una realidad. También aclara que una de las causas, quizás la principal, es la conversión ficticia o aparente. No deja duda tampoco respecto de las consecuencias de este comportamiento: la pérdida, la autoexclusión de la comunidad, la constatación de la incoherencia, el daño a la comunidad y el hecho de poner el riesgo el alcance de la misión.

Desde la honestidad con la realidad y en un esfuerzo generoso de fidelidad al mensaje que nos presenta la Palabra de Dios presente en la Sagrada Escritura, hay que

³⁰ Esto ha aparecido previamente y remito a este trabajo en T. Tapia Bahena, "Has pensado que el don de Dios se compra con dinero" (Hech 8,20) La relación perversa del dinero y el engrandecimiento personal con el don del Espíritu", *Qol (Revista Bíblica Mexicana)* 64 (2014) 23-55.

admitir que este problema no refiere casos aislados o excepcionales; señala un peligro y un pecado latente en ciertos ámbitos religiosos.

Ante esto tenemos una *tarea*: ser conscientes de que detrás de cualquier intento o actitud de adueñamiento de lo sagrado existe –sin lugar a dudas– una equivocada o falsa conversión. Participamos además de una *responsabilidad*: no hacer combinable lo que desde la radicalidad del evangelio no es posible combinar; la falsa, pero muy socorrida pretensión, de manipular lo sagrado, es una falacia que a muchos nos persigue; incluso algunos nos hemos dejado alcanzar por ella. Este deseo no viene solo; por lo general lo acompañan el dinero como medio, el engrandecimiento personal como condición y las preconcepciones mágicas como antecedente. Cada uno de estos elementos tiene su peligrosidad en sí mismo; combinados con el deseo de adueñarnos de lo sagrado para manipularlo a nuestro antojo, adquieren un grado de perversión cuyas consecuencias son catastróficas para la vivencia de la vida comunitaria así como para el desarrollo de la misión. De ahí que también tengamos que tomar *conciencia* de unos desenlaces o consecuencias. Quien asuma este problema como parte elemental de su estilo de vida debe ser consciente, primeramente que es una falacia, una vil mentira, pretender conseguir o proporcionar bienes espirituales a través del dinero. Siempre que alguien ha pretendido relacionarse con el Dios de Jesús –o garantizar a otros esta relación– dándole papel prioritario al dinero, se ha encontrado con un ídolo o ha presentado un fetiche.

También debemos ser conscientes de que al vivir de esta manera estamos optando por la condenación no por la salvación; y en la perspectiva de Lucas la condenación guarda relación con el sin- sentido de la existencia. Además, ponemos en entredicho nuestra identidad. Por desgracia podemos vivir desempeñando funciones; pero la funcionalidad, sin una identidad clara y una fidelidad auténtica, termina evidenciando nuestra falsa pertenencia a la comunidad de discípulos de Jesús. Por último, sería interesante caer en la cuenta de que este problema incapacita a una comunidad para la misión, pues qué confianza se puede tener en alguien que de entrada tiene como actitud el adueñamiento malévolos y la manipulación sistemática de lo sagrado.

4.3 El discípulo misionero debe ser agente de paz en cualquier circunstancia (Lc 10,5ss)

Para Lucas en la misión el anuncio y el compromiso por la paz no pueden esperar³¹. El envío de los misioneros en el evangelio de Lucas presenta una prohibición aparentemente enigmática: “no saluden a nadie en el camino” (v. 4). Esta prohibición está en contraste con el saludo que se dirige a los moradores de la casa (v. 5). Con mucha probabilidad la orden de que no saluden a nadie corresponde a la urgencia de la siguiente tarea. De ningún modo el evangelio pide que el misionero sea desatento o maleducado; se quiere dejar claro que hay tareas que no pueden esperar; hay misiones que no se pueden aplazar. Una de estas tareas inaplazables es precisamente el trabajo por la paz. Y es que para el evangelio de Lucas la paz no se puede alcanzar si no se construye.

³¹ La paz en la cultura mediterránea, especialmente en la judía, significa mucho más que tranquilidad. No es un simple saludo que procura un buen deseo (Jue 6,23s; Is 9,5; Miq 5,4). Es la gracia de Dios que llena de posibilidades al hombre para ser feliz. En este sentido el saludo de paz entre las personas significa algo así como: “deseo que te vaya bien en todo y me comprometo efectivamente para que así sea”. Por esto para que la paz sea efectiva debe haber correspondencia de parte de quienes la reciben (Lc 10, 6). Ahora bien, esta paz que proclama y comparte el misionero le confiere a su misión una dimensión sagrada; y es que en una sociedad donde las palabras todavía tenían peso, la paz es la plenitud de la vida y de las relaciones.

La casa es el lugar de los primeros encuentros; por esto es importante en el primer contacto lo profundamente humano: comer, beber, descansar. Es posible que Lucas quiera remarcar que a través de lo profundamente humano y ordinario del trato personal entra el evangelio, y desde él, se construye auténticamente la paz. Parte fundamental de la construcción de la paz es que el misionero no ande de casa en casa (v. 7), es decir, que no ande buscando lo que se le acomode a él; si el misionero cae en este problema dividirá a la comunidad y comenzarán los problemas. Y es que cuenta la hospitalidad de los anfitriones no el lujo o la comodidad. Más aún, quizás en este contexto se menciona el salario del misionero, no como un sueldo sino como la participación de la comunidad para su subsistencia. Es importante insistir en que el evangelio no menciona el salario del misionero como el pago a un funcionario sino como la participación solidaria de parte de la comunidad pues se suponía que el misionero no poseía absolutamente nada. A lo mejor estamos ante un texto que presente la gratuidad como un elemento fundamental en la construcción de la paz.

La misión, de acuerdo a Lucas, se desarrolla gracias a una red de ciudades. La ciudad es el lugar de la vida, de la historia, del poder, de la conversión, de la identificación de las iglesias, de la aceptación o el rechazo colectivo del evangelio. En el v. 8 se dice de la ciudad lo que se había afirmado de la casa en los vv. 5-7 pero agrega otros elementos. En la ciudad deben dar testimonio público; en este testimonio es primero la acción y luego la palabra. Ahora bien, no debe entenderse la curación como la repetición de las obras de Jesús sino como la justificación de la obra diaconal y hospitalaria de las comunidades de Lucas (véase por ejemplo 10,29-37). No hay duda de que el evangelio nos va indicando el modo de construir la paz.

Ahora bien, la tarea de construir la paz es una tarea inherente a la tarea del discípulo; no puede haber discípulo misionero violento. Los discípulos han sido designados (en griego *anadeíknimi*), es decir, “establecidos”, “nombrados con oficialidad”. Más aún, esta designación está en íntima relación con el envío. Esta designación para la construcción de la paz tiene mucho más sentido porque para los primeros cristianos – como para nosotros- el peligro de que los discípulos participen de la violencia es real. Así lo constatamos en la reacción de Santiago y Juan ante la negativa de los samaritanos de recibir a Jesús (9,54). La tarea y el compromiso a favor de la paz no es una añadido más en la identidad y misión del discípulo; es una actitud indispensable. Con qué razón el evangelio de Lucas desde el comienzo ha dejado claro que con Jesucristo ha llegado el tiempo de la paz verdadera (2,14) ³².

4.4 Hay que confiar en la Palabra del Señor: el caso de Pedro (Lc 5,1-11)

A diferencia de los otros evangelios³³, Lucas ha ubicado el llamado de los primeros discípulos en el contexto de la tarea salvadora que ya ha iniciado Jesús. Desde esto queda claro que “ser pescador de hombres” se relaciona con la actividad de Jesús: un

³² Temas como este y otros relacionados con la paz y la reconciliación aparecerán en un libro que, probablemente lleve como título *Dichosos los que trabajan por la paz. Perspectiva Bíblica Teológica de la paz y la reconciliación*, que publicarán las Obras Misionales Pontificio Episcopales de México y la Conferencia del Episcopado Mexicano.

³³ Marcos y Mateo ubican el llamado de los primeros discípulos después de unas breves indicaciones sumarias de la actividad de Jesús. Mateo, por ejemplo, después de decir que Jesús fue a residir a Cafarnaún afirma: “desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: ‘conviértanse, porque el Reino de los Cielos ha llegado’ (4,17). Por su parte, Marcos dice que después que Juan fue entregado Jesús marchó a Galilea y proclamaba la Buena Nueva de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en la Buena Nueva” (1,15).

tiempo aceptable para Dios, las buenas noticias para los más desprotegidos, la disminución del mal...³⁴

Debemos tener presente que en Lucas tiene especial importancia *la Palabra* en el llamado de los primeros discípulos; esto se percibe especialmente en que Simón echa las redes aunque habían estado pescando toda la noche sólo porque confía en la Palabra de Jesús (Lc 5,5). Para comprender mejor la actitud de Simón Pedro (v. 8) debemos recordar que, desde el comienzo, el evangelio afirma que la gente se agolpaba a Jesús para oír la palabra de Dios (v. 1), él enseñaba desde la barca (v. 3) y Simón confiando en su palabra echa las redes (v. 5).

La palabra de Jesús es para ser escuchada y hacerle caso. No es pues suficiente con admirarse o sorprenderse por lo que dice el Maestro (4,22); hay que actuar orientados y exigidos por su palabra (5,6). Cuando se le hace caso hay resultados inesperados (vv. 6-7). Los discípulos habían estado haciendo su mejor esfuerzo toda la noche pero no habían pescado nada; sin embargo, le hacen caso a Jesús y pescan gran cantidad de peces al grado que deben llamar a sus compañeros de la otra barca para que les ayuden.

En el evangelio de Lucas confiar en la Palabra de Jesús significa, entre otras cosas, convencerse de que lo que Él dice y hace, modifica para bien la vida de los seres humanos; hacerle caso a su Palabra exige realizar el esfuerzo necesario para confiar una vez más –no sólo en Dios- sino en sí mismo.

4.5 Pedro y Cornelio: un modelo de encuentro digno (Hech 10,1-11,18)

Existe, entre muchos, un caso paradigmático para el diálogo entre las personas y sus respectivas culturas en el proceso evangelizador; nos referimos al encuentro entre Pedro y Cornelio, específicamente el relato correspondiente a Hech 10,23b-11,18. Este relato, leído con atención en clave misionera, proporciona cuatro convicciones elementales que presentamos a continuación que se pueden convertir, incluso, en una especie de itinerario evangelizador.

+ *“Levántate que también yo soy un hombre” (v. 26) o el reconocimiento de la dignidad de los interlocutores.*

Pedro, y en él todo evangelizador, deberá convertirse a un principio fundamental: la fraternidad. Ante la postración de Cornelio Pedro afirma: “yo también soy hombre como tú” (v. 26). En un ambiente sociopolítico y religioso en el que era muy común que se rindiera culto a ciertas personas como si fuera dioses o semidioses el texto de Hechos introduce una actitud alentadora: la sociedad no puede dividirse en hombres que se deben postrar y semidioses que hay que adorar. De esta manera las palabras de Pedro: “yo también soy hombre como tú” (Hech 10,26) van más allá de una actitud de humildad; se desaprueba cualquier postración que rompa la fraternidad entre los seres humanos³⁵.

³⁴ El mismo contexto del evangelio hace pensar que la misión que recibe Pedro y con él los demás discípulos es una tarea abierta. En los versículos anteriores (4,42-44) se ha dicho que, ante quienes trataban de retenerlo para que sólo se quedara con ellos, Jesús dijo: “también a otras ciudades tengo que anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios...” (v. 43). La tarea de los discípulos tendrá que ser semejante a la de su Maestro: abierta a todos, especialmente, a los más desprotegidos.

³⁵ Esta misma reacción será presentada de parte de Bernabé y Pablo (14,15) cuando en Listra al curar a un tullido los confunden con Zeus y Hermes y los quieren adorar. Ellos reaccionan y afirman: “amigos ¿por qué hacen esto? Nosotros somos también hombres de igual condición que ustedes”.

+ *“No hay que llamar profano o impuro a ningún hombre” (v. 28) o el reconocimiento de que no vamos al encuentro de personas malas o impuras, sino de hermanos y hermanas.*

Pedro había comenzado su apertura a nuevas perspectivas desde el momento en que había abierto las puertas de la casa donde se hospedaba a los enviados de Cornelio, unos no judíos (v. 23). Pero la convicción llegará a su culmen en el v. 28 cuando Pedro entre a casa de Cornelio y él mismo afirme: “ya saben que un judío tiene prohibido juntarse con un extranjero o entrar en su casa”. Estas palabras de Pedro reflejan el comportamiento común de cualquier judío honorable que pretendiera ser considerado un auténtico judío; y es que para los judíos los extranjeros eran considerados gente impura, incluso detestable. No habría que tener contacto con ellos, mucho menos entrar en su casa. No obstante el texto introduce un convencimiento que, si bien Pedro parece decirlo muy rápido, tuvieron que pasar muchos años para llegar a él: “no hay que llamar profano o impuro a ningún hombre” (v. 28). Pedro, y con él muchos cristianos, estaban dando el paso crucial para la auténtica evangelización: considerar de igual valor a “a los de dentro” que “a los de fuera”. El misionero no va al encuentro de individuos impuros sino de personas hermanas. La seriedad de este convencimiento queda expresado en que Pedro afirma que esto ha sido por revelación de Dios; es decir, nadie tiene derecho a cuestionar o poner en duda este nuevo comportamiento.

+ *“Dios no hace acepción de personas” (v. 34) o la convicción de que, el Dios de Jesús, ve con agrado el comportamiento auténtico de todas las personas.*

Pedro llega a comprender que Dios no hace acepción de personas y “que le es grata cualquier persona que le tema y practica la justicia, sea de la nación que sea” (v. 35). Estas palabras de Pedro reflejan la voluntad de Dios de que nadie quede fuera de su plan salvífico; el sustantivo griego que se utiliza aquí (*prosopolemptes*) y que generalmente se traduce como “alguien que no hace acepción de personas” tiene la connotación de que Dios no es parcial al grado de que quiera que sólo unos se salven y otros no. El énfasis está en que Dios quiere que le sean gratas las personas no sólo de un pueblo sino de cualquier nación. Más aún, aquellos cristianos llegaron a la convicción de que Dios no sólo quería la conversión de las otras personas sino que Él mismo les concedía este don de la conversión que conduce a la vida (11,18). Para eso también se derrama el Espíritu Santo (10,44-48; 11,15ss).

+ *“Se tranquilizaron y glorificaron a Dios” (11,17) o la importancia de que estas convicciones, aunque sean personales, se conviertan paulatinamente en opciones eclesiales.*

Estas convicciones de Pedro impactan a la comunidad de Jerusalén y pasa, de ser un convencimiento personal, a ser una convicción comunitaria. Algunos de la comunidad de Jerusalén le reprochaban a Pedro que hubiera entrado en contacto de manera significativa con los incircuncisos; quienes tenían esta actitud eran precisamente los de la circuncisión (11,2-3). Una vez que Pedro les comparte su experiencia se tranquilizaron y alabaron a Dios (v. 18) concluyendo la afirmación de que Dios también le había concedido a los gentiles la conversión que conduce a la vida. Queda claro pues que la evangelización no sólo necesita que haya personas aisladamente convencidas de ciertos principios sino que es indispensable también una convicción institucional, eclesial, comunitaria.

4.6 La alegría por lo que se hace en la misión (Lc 10,17-24)

Todo ser humano se pone contento por lo que hace; la satisfacción que proporciona una acción realizada es legítima. De ahí que la alegría de los setenta y dos discípulos al regresar de la misión se entienda perfectamente. Ellos no sólo habían sometido a los demonios; la construcción de la frase: “Señor, hasta (incluso) los demonios...” supone que habían hecho muchas otras cosas, por lo menos las señaladas en 10,5-15; todas ellas encomendadas por el Maestro. Más aún, el mismo desarrollo de este pequeño relato nos permite apreciar que Jesús no descalifica su alegría por lo que han hecho; hasta la ratifica diciéndoles: “Yo veía a Satanás caer del cielo...” (v. 18). Es decir, al menos en la primera parte de las palabras de Jesús se confirma que la alegría de los discípulos tiene su razón de ser; ellos, como los Doce, han recibido “autoridad y poder sobre todos los demonios” (9,1); y lo han hecho bien.

En el evangelio de Lucas *el hacer* del discípulo es parte de su identidad. El discípulo debe tener tareas precisas, como el caso de Pedro, y los apóstoles Santiago y Juan por extensión (5,10); además, tiene que estar pendiente de lo que se vaya necesitando para el desarrollo de la misión (8,3); debe empeñarse como su Maestro en anunciar la Buena Nueva, aliviar, (9,1.6), anunciar la paz y el Reino (10,5-9). Más aún, el evangelio exige que si quiere darle sentido a la existencia (10,25), el discípulo debe realizar acciones transformadoras y tener actitudes significativas (vv. 29-37). Es decir, el hacer es indispensable en la vida del discípulo misionero; y de acuerdo a nuestra reflexión, es motivo de auténtica alegría. Sin embargo, la actuación del discípulo –aquella que es fuente de auténtica alegría– sólo se entiende desde la gracia que ha recibido del Señor Jesús.

Jesús no descalifica la alegría del discípulo *por lo que hace*; por lo visto anteriormente, hasta confirma su alegría con la constatación de que, efectivamente, él mismo había comprobado uno de los motivos principales de la alegría de sus seguidores: “Yo mismo veía a Satanás caer el de cielo como un rayo” (10,18). Sin embargo, las palabras de Jesús van más allá de la ratificación de sus acciones; se introduce una aclaración que le da un giro –o mejor dicho, una precisión– a la razón de la alegría de sus seguidores: “Miren, les he dado el poder de pisar sobre serpientes (...) y nada les podrá hacer daño” (v. 19).

Es cierto pues que los discípulos pueden hacer cosas, algunas de ellas admirables; sin embargo, esa capacidad la han recibido como un don, no ha salido de ellos espontáneamente como una acción. Es como si el evangelio de Lucas quisiera precisar que el discípulo no debe olvidar de que, a su capacidad para realizar el bien, le antecede la gracia. De ahí que su alegría no debe tener como causa solamente lo que hacen sino también la gratuidad que les ha permitido realizar aquello. Lucas es muy coherente con esta convicción pues cuando hable de las acciones de Jesús va a colocar la razón de actuación precisamente en que “Dios estaba con él” (Hech 10,38). El discípulo debe alegrarse por lo que hace pero sin olvidar que, precisamente es capaz realizar aquello, porque a sus acciones le antecede un don que proviene de Dios (cf. Lc 17,10).

Podemos decir por tanto, que la alegría radica precisamente en realizar acciones pero como discípulos. Con mucha claridad en el v. 20 se introduce con dos partículas adversativas (“pero”, “sin embargo”, “más bien”, “por el contrario”) el verdadero sentido de la alegría de los discípulos: “*Pero* no se alegren de que los espíritus se les sometan; alegréense *más bien* de que sus nombres están escritos en los cielos”. No es

incorrecto que el discípulo se alegre por lo que hace; sin embargo, el motivo principal de su alegría está en que *sus nombres están escritos en el cielo*³⁶.

Con esta aclaración podemos decir que la alegría del discípulo no está en lo que hace principalmente sino en que aquello realizado guarda relación con lo que Dios quiere; para Lucas no basta con hacer el bien, hay que ver si éste es significativo por la relación que guarde con el plan de Dios. Y es que para Lucas no cuenta cualquier acción; es indispensable constatar si ésta es extraordinaria, o mejor dicho, significativa: “Pues si aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? Pues también los pecadores aman a los que los aman?” (6,32), por poner un ejemplo. Además, parece que para el tercer evangelio, la acción en sí misma –al menos en la perspectiva del seguimiento- tiene poco valor; un valor fundamental consiste en que se haga como discípulo. Es como si Lucas dijera, no basta con realizar funciones, hay que preguntarse desde qué identidad las realizamos; es insuficiente con hacer cosas, es indispensable preguntarnos por la raíz o motivación desde donde las realizamos.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Queremos a modo de conclusión señalar, en primer lugar, que Lucas tuvo la convicción de que comunidad que se aferra –se agarra con fuerza para sostenerse- en el mejor de los sentidos, a sus principios de identidad, la capacita substancialmente para la misión (Hech 2, 42-47); una comunidad que se mantiene en comunión, que se agarra con fuerza a la enseñanza de los apóstoles (el Reino), etc. tiene dos garantías: goza de la simpatía y el Señor se encarga de irlo haciendo crecer (v. 47). La simpatía no se refiere a que fueran simpáticos o que cayeran bien; hace referencia a que las personas tenían un actitud favorable de respeto hacia ellos; las personas se sentían atraídas por su comportamiento. También queda claro que no era una comunidad que buscara ser simpática; se esforzaban por vivir ciertos principios indispensables para una auténtica vida comunitaria y, por eso, conseguían la aceptación de las demás personas. Una comunidad así no viene a menos, aumenta sus miembros: “El Señor agregaba al grupo a los que cada día se iban salvando” (v. 47).

A esta convicción lucana le podemos agregar, en segundo lugar, una constatación. Existe el riesgo –quizá pecado- de involucrarnos más en la proclamación de la Buena Nueva que en su eficacia, en el mejor de los sentidos. Sin embargo, ojalá no olvidemos que la proclamación, en el mejor sentido de su uso en el Nuevo Testamento, supone no sólo que lo escuchen todos los interlocutores sino hasta el mismo que lo proclama para evitar ser funcionarios del mensaje o comunicadores de buenos deseos, incapaces de involucrarse en la eficacia de la Buena Nueva.

Agreguemos, por último, una exigencia. Los abusos del nombre de Dios y de la Buena Nueva no vienen por la cercanía sino porque se han concebido de manera abstracta y lejana. Hasta podemos hacer nuestras las acertadas palabras del buen y gran teólogo sudafricano A. Nolan: “Tratar a Dios como si fuera ajeno a los asuntos humanos,

³⁶ Tengamos presente que, el ámbito greco-romano en el que surge la obra de Lucas existía la costumbre de hacer registros o censos; la persona que realmente contaba para la ciudad y sus habitantes, era aquella cuyo nombre estaba registrado. De modo semejante, en el judaísmo así como en el Nuevo Testamento, el libro de la vida es una imagen muy común (Ex 32,32; Sal 69,28; Is 4,3; Dan 7,10; Heb 12,23; Ap 3,5; 20,12,15; 21,27); el registro de los nombres en el libro de la vida estaría indicando que los discípulos son conocidos por Dios personalmente y que su presencia eterna ante él es algo cierto.

por temor a identificarlo con alguna causa indigna, significa negar todo cuanto podemos leer en la Biblia (...) Dios no está muerto. Y quienes tratan a Dios como una entidad abstracta y ajena a los asuntos humanos, lo hacen para cerrar sus oídos a la Buena Noticia acerca de lo que Dios está haciendo y diciendo hoy” en Latinoamérica³⁷.

³⁷ Nolan. *Dios en Sudáfrica...*, 194.

SEGUNDA PONENCIA

LA ALEGRÍA DE LA TRINIDAD: FUENTE Y CUMBRE DE LA MISIÓN

*Mons. Raul Biord Castillo SDB
Obispo de La Guaira - Venezuela*

INTRODUCCIÓN

Me han invitado a hablar de un tema difícil: la alegría de la Trinidad³⁸. Hace algunos años recuerdo que la Universidad Central de Venezuela en Caracas organizó un foro sobre las religiones monoteístas y nos invitaron a hablar a un rabino, un imán y yo fui de parte del cristianismo. La primera pregunta, a quemarropa, fue ¿quién es Dios para ustedes? Siguiendo el orden histórico, tomó la palabra el rabino y me recuerdo que dijo: Dios es el ser más solo que hay, vive eternamente en la soledad, es uno y único, y como los cristianos no soportaban esta soledad se inventaron el cuento de la trinidad. Yo en cambio dije que el misterio central que creemos como cristianos radica en que Dios es comunidad: comunión de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que siendo tres son uno y siendo uno son tres, misterio de la diferencia y de la unidad. Porque el judaísmo y el islam adoran a un Dios uno y único, y esto les lleva a rechazar como sin-sentido la confesión trinitaria del cristianismo, se impone hoy como tarea especial la fundamentación y explicitación de la doctrina cristiana sobre Dios en una forma que no sea mera repetición de las formulaciones dogmáticas del pasado, sino que resulte comprensiva y significativa para los hombres de hoy, y que nos permita conjugar las implicaciones cristológicas con las trinitarias, para que sea una auténtica *teo-logía*³⁹.

No quiero aquí hacer un tratado teológico sobre la trinidad, pero sí aportar algunas reflexiones teológicas sobre la alegría cristiana a partir del misterio trinitario que iluminen la tarea misionera. Me propongo partir de algunas consideraciones psicológicas y antropológicas sobre la alegría, especificar en qué consiste la alegría cristiana como comunicación trinitaria de un misterio de amor, para luego reflexionar sobre sus raíces

³⁸ Ponencia en el 1º simposio de misionología en preparación al CAM V, celebrado en Aibonito, 29 de septiembre de 2015.

³⁹ "Los cristianos son bautizados 'en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo' (Mat 28, 19). Antes responden 'Creo' a la triple pregunta que les pide confesar su fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu: 'Fides omnium christianorum in Trinitate consistit' ('La fe de todos los cristianos se cimenta en la Santísima Trinidad') (S. Cesáreo de Arlés, symb.). *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 232.

trinitarias como se han manifestado en la revelación cristiana y poder luego arribar a sus implicaciones pastorales y misioneras.

1. LA ALEGRÍA COMO SÍNTOMA DEL AMOR Y DE LA FELICIDAD

Si el significado de una palabra son sus usos en el lenguaje, como decía Wittgenstein, resulta útil preguntarnos por sus diferentes acepciones, así como por sus sinónimos y antónimos. Comencemos como el cangrejo: lo contrario de la alegría es la tristeza, el desánimo, la congoja, el aburrimiento, el tedio, el hastío, la angustia, la desesperación. Sinónimos de alegría son: el contento, el regocijo, el gozo, la satisfacción, el júbilo, el agrado, la complacencia, el deleite, disfrute o fruición. Está alegre quien está feliz, quien disfruta, quien se siente en forma positiva. Podríamos describir algunos de sus indicadores: *estoy alegre o me siento feliz cuando*:

- No tengo sentimientos negativos
- He tenido y tengo en mi vida cosas importantes,
- Las condiciones de mi vida son muy buenas, las que quiero para mí.
- Cuento para los demás, soy importante para alguien.
- Estoy satisfecho con mi vida.
- Mi vida corresponde con mi ideal.
- Estoy contento con mi vida, no la cambiaría por otra.
- Tengo un por qué vivir: un proyecto o una misión.
- Amo y soy amado.

Todos buscan la alegría y la felicidad, la definen como el fin de la existencia, la sal y el sabor de una vida⁴⁰. Son muchos los tratados sobre la alegría, que se preguntan si es sólo un estado de ánimo, por lo tanto pasajero y alternativo con la tristeza; si más bien es una tendencia, es decir una finalidad que se persigue y que nunca se alcanza definitivamente: ¿Cómo se hace para aferrarla, para que no se escape o se escurra como el brillo de una estrella fugaz? ¿Es una tendencia o una construcción? ¿Está al inicio o al final de la vida? ¿Se puede identificar la alegría con el estar bien, con la entrega, con la satisfacción o con la realización personal? ¿Cuáles son sus motivos y aquello que la hace durar? Lo cierto es que resulta muy difícil decir en qué consisten la alegría y la felicidad. Para algunos significan una cosa y para otros, son algo diferente pero siempre con características concretas. Es decir no existen en abstracto.

Los medievales decían que los trascendentales del ser eran el bien, el uno, la verdad... y finalmente la belleza. Los consideraban trascendentales porque superando las categorías de los entes en particular, se podían predicar de todos los entes, más aún del mismo ser. Podríamos decir que la alegría no pertenece al mundo del ser, sino del estar⁴¹. Es un estado que presupone la conciencia y por tanto la vida, de aquí que se pueda identificar con el ánimo, estar animado, estar vivo. No puede disfrutar de la alegría, sino quien está vivo y está bien consciente de que está vivo. Siguiendo este camino, se podría

⁴⁰ Cf. el excelente libro de CENCINI Amadeo, *La gioia, sale della vita cristiana*, San Paolo, Roma 2009.

⁴¹ La riqueza de nuestro lenguaje español nos permite expresar una diferencia metafísica entre el ser y el estar. Cf. las reflexiones de ZUBIRI Xavier, *Estructura dinámica de la realidad*, Alianza, Madrid 1980, 23-30. El gramático Rufino José Cuervo anotaba: "Ser es por excelencia el verbo copulativo y su función como tal es la de atribuir un predicado nominal al sujeto para calificarlo o clasificarlo... Con ser la atribución se considera como inherente, definidor o que forma parte de la naturaleza del objeto representado por el sujeto, mientras que con estar la característica atribuida se ve como algo accidental, transitorio, alcanzado o mudable". CUERVO Rufino José, *Diccionario de Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, t. VIII, Herder, Barcelona 1994, 474.

decir que si Dios es el Señor de la Vida, entonces es el Señor de la alegría, su motivo principal. Pero no quiero adelantar consecuencias teológicas en este momento. Lo que sí quiero subrayar es su aspecto de tendencia, como bien lo avistó San Agustín, la vida se presenta como inquietud: “Nos hiciste para ti e inquieto está mi corazón hasta que no descanse en ti”⁴². Se podría relacionar con la búsqueda del bien: “quod omnia appetit”, “lo que todos desean o quieren”, todos queremos ser felices y estar alegres. Y también con la belleza, por aquello de “quod visum, placet”.

Hay una correlación entre felicidad y alegría, aunque no se identifican totalmente: La felicidad es un desafío, un reto, una tarea, un proyecto que alcanzar, que lanza hacia un futuro todavía no poseído. La alegría se presenta como el disfrute de algunos momentos o situaciones de felicidad. En este sentido si la felicidad no puede ser definida sólo como ausencia de malestar, sino que posee algo de positivo, de cumplimiento, de plenitud, de la misma forma, la alegría no es sólo la ausencia de tristeza, sino el disfrute y la fruición de un bien positivo.

La alegría siempre proviene de un motivo por el que se es feliz. Estoy alegre porque hay justicia, respeto, armonía entre las personas; porque amo y me siento amado; porque estoy realizando una misión... “Quien tiene un porqué en la vida siempre encuentra un cómo realizarlo”, decía Nietzsche⁴³. Viktor Frankl subrayaba: Quien tiene un motivo para ser feliz, encuentra como serlo cada día⁴⁴. Si hay un motivo para ser feliz, entonces uno se compromete a ser constructor de felicidad, orientándose hacia algo o hacia alguien que llama a salir de sí mismo y abrirse al misterio de la vida, al riesgo de las novedades que ofrece la vida, lo que implica salir de las propias barreras protectoras en búsqueda de un sentido de la propia existencia.

Quiero detenerme brevemente en algunas características de la alegría:

- a) **Evolutiva:** la alegría es un estado, por tanto no es algo fijo y estático... Los motivos y las expresiones de la alegría cambian según la edad que se vive, según los contextos y las situaciones. Pero lo cierto es que cada historia humana es una historia de felicidad que se escribe día tras días, entre alegrías y tristezas, esperanzas y angustias. La satisfacción de las necesidades y de los deseos no se da de una vez para siempre, sino que depende también de las circunstancias y oportunidades que se encuentran en el presente. La felicidad es como la vida, no se detiene, no puede decirse que se conquista definitivamente, siempre es un fin que hay que perseguir.
- b) **Relacional:** La alegría siempre hace referencia al otro. Hago fiesta, celebro, brindo... cuando estoy con otros. La fiesta tiene un carácter esencialmente

⁴² San AGUSTIN, *Confesiones*, I, 1, 1.

⁴³ NIETZSCHE Friedrich, *El crepúsculo de los ídolos*, Alianza, Madrid. 2004, 35.

⁴⁴ “Las palabras de Nietzsche: «**Quien tiene algo por qué vivir, es capaz de soportar cualquier cómo**» pudieran ser la motivación que guía todas las acciones psicoterapéuticas y psico-higiénicas con respecto a los prisioneros. Siempre que se presentaba la oportunidad, era preciso inculcarles un *porqué* —una meta— de su vivir, a fin de endurecerles para soportar el terrible *cómo* de su existencia. Desgraciado de aquel que no viera ningún sentido en su vida, ninguna meta, ninguna intencionalidad y, por tanto, ninguna finalidad en vivirla, ése estaba perdido. FRANKL Viktor, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1991¹², 81. Más adelante añade Frankl: “Y yo me atrevería a decir que no hay nada en el mundo capaz de ayudarnos a sobrevivir, aun en las peores condiciones, como el hecho de saber que la vida tiene un sentido... Yo veo en estas palabras un motor que es válido para cualquier psicoterapia. Los campos de concentración nazis fueron testigos... de que los más aptos para la supervivencia eran aquellos que sabían que les esperaba una tarea por realizar”. *Ibid.*, 106.

comunitario. No tiene sentido, ni tendría celebrar una fiesta solo uno, sin invitados. La parábola evangélica nos habla del Rey que, despreciada su invitación, mandó a sus siervos a buscar a otras personas con las cuales brindar y celebrar. No es concebible hacer una fiesta sin amigos, sin otros, solo. La fiesta supera siempre las barreras del ego: me lleva a relacionarme con otros a quienes invito a alegrarse de mi propia alegría.

- c) **Expansiva:** la alegría es ordinariamente contagiosa: quien está alegre grita, comunica, invita a hacer fiesta, disfruta. Se podría decir de ella lo que se afirma del bien: “es difusivo por sí mismo”, es como la luz, que se expande por sí misma, que se ofrece, compartiendo lo que es a su entorno e iluminándolo para que pueda ser percibido como es.
- d) **Personal e interpersonal:** hay como dos polos en tensión: el nivel interpersonal: se es feliz cuando se está bien con los demás, cuando hay otras personas por las cuáles vivir; y a nivel personal, lo que se enfatiza es el compromiso para construir una vida feliz a partir de los propios recursos, expectativas, necesidades, sueños. En general, la alegría está vinculada a la capacidad de relaciones interpersonales positivas. Disfruta más quien es capaz de salir de sí mismo, de la propia auto-referencialidad, y logra participar de las actividades sociales y relacionales de otros. Sólo puede vivir en alegría quien aprende a vivir con los demás, a convivir, a estar con los otros y no sólo en contra o a perjuicio de los demás. Este es por qué el sentido de la alegría y de la felicidad sintoniza con una vida gastada por los demás por amor.
- e) **Proyectiva y trascendente:** La alegría auténtica no es chabacanería, ni sólo ruido, bonche, rumba, juerga, parranda... La alegría tiene que ver con el grado de autorrealización, con el proyecto de llegar a ser una persona total e integral, satisfecha, en paz consigo mismo, armónica, reconciliada, feliz, capaz de relaciones positivas con los demás y con Dios. Sólo vive y disfruta de la vida quien se compromete a dar un sentido a las cosas que hace, no porque todas sean agradables, sino porque contribuyen a realizar un proyecto de vida. No hay que olvidar que el verdadero mundo de la persona, que la realiza en su ser único e irreplicable, es el mundo de los significados y de los valores. Mientras los significados me explican a mí mismo, los valores me atraen para que sea cada día más yo mismo. La felicidad es un constructo que se debe hacer durante todo el camino de la vida y está ligada a un proyecto⁴⁵. Se considera como una condición general, agradable, de satisfacción duradera de las exigencias de la vida, comprendidas integralmente. Existe una tensión entre el deseo y la posesión, entre el ideal y la realidad, entre las aspiraciones y las realizaciones. Sin duda que se trata de un sentimiento, de una actitud, asociada a condiciones subjetivas, emociones intensas como la alegría y el estar contentos por un bienestar emocional, vale a decir, un sentirse bien de la vida, de las propias actuaciones, del proyecto en que se está comprometidos.

⁴⁵ Viktor Frankl: “Sólo en la medida en que nos damos, nos donamos, nos ponemos a disposición del mundo, de las tareas y exigencias que a partir de él nos interpelan en nuestra vida, en la medida que lo que cuenta para nosotros no es el mundo exterior y sus objetos, no es nosotros mismos o nuestras propias necesidad, en la medida en que nosotros realizamos las tareas y respondemos a las exigencias, en la medida en que realizamos los valores, y realizamos un significado, en este medida nos satisfaremos y realizaremos a nosotros mismos”. Citado por CENCINI Amadeo, *La gioia, sale della vita cristiana*, San Paolo, Roma 2009.

La esencia de una existencia feliz y alegre está en el ir más allá de sí mismo, en la auto-trascendencia. Ser persona quiere decir estar siempre dirigido hacia algo o mejor hacia alguien. Al abrirse a lo externo efectivamente se supera a sí mismo y alcanza el mundo, un mundo lleno de seres que encontrar y de tareas que realizar. La existencia humana no es auténtica si no es vista en términos de auto-trascendencia.

Por esto que hemos dicho podemos concluir a nivel humano que **la alegría es el mejor síntoma del amor y de la felicidad**. Porque todos estamos llamados a la felicidad, la alegría es el mejor signo de que me siento feliz, de que mi vida encuentra sentido en el don a los demás. La alegría es, por tanto, el síntoma de una felicidad vivida, que se expresa en el sentirse a gusto consigo mismo y con los demás.

2. LA ALEGRÍA CRISTIANA COMO COMUNICACIÓN TRINITARIA DE UN MISTERIO DE AMOR

En algunas espiritualidades hay un culto a la seriedad religioso-espiritual, según el dicho “risus abundat in ore stultorum”⁴⁶. Muchos prefieren vivir y sufrir “en este valle de lágrimas”, dejando la fiesta para la alegría del cielo. No es el caso del cristianismo.

Jesús nos marcó un programa de alegría en las bienaventuranzas: “Felices los que...”. La paradoja de la alegría no excluye el sufrimiento, el conflicto, la injusticia,⁴⁷ sino es el antídoto contra esas carencias. La Iglesia está llamada a convertirse en la casa y escuela de la comunión *en la alegría verdadera*, como nos lo repite y testimonia el Papa Francisco⁴⁸.

La evangelización es el anuncio de una Buena Noticia, de una esperanza cierta. Esto nos debería asegurar que todos fuéramos expertos de la alegría, que viviéramos el gozo de comunicar esta buena nueva, hombres y mujeres de la sonrisa y del buen humor, apóstoles del optimismo cristiano. Sin embargo son muchos los cristianos que viven una “cuaresma sin Pascua” (EG 6) o son cristianos con “cara de vinagre” o con “cara de azafata de avión”, “quejosos y aburridos” para usar las metáforas del Papa Francisco.

⁴⁶ TOSI Renzo, *Risus abundat in ore stultorum* riprende un topos antico, riutilizzando la formula in ore stultorum che ritrova nella traduzione della Vulgata in altri contesti; la tradizione proverbiale secondo cui il parlare è d'argento ma il silenzio è d'oro deriva anch'essa da un modo di dire biblico che esalta la parola come un bene prezioso, quindi d'argento, ma poi piega questo modo di dire per affermare il concetto tradizionale secondo cui il silenzio è migliore della parola. Cf. http://www.academia.edu/5915663/sulla_genesi_di_alcuni_proverbi

⁴⁷ “Jesús es el Cristo rechazado en el dolor. El hecho de ser rechazado quita al sufrimiento toda dignidad y todo honor. Debe ser un sufrimiento sin honor. Sufrir y ser rechazado constituyen la expresión que sintetiza la cruz de Jesús. La muerte de cruz significa sufrir y morir rechazado, despreciado. Jesús debe sufrir y ser rechazado por necesidad divina. Todo intento de obstaculizar esta necesidad es satánico. Incluso, y sobre todo, si proviene de los discípulos; porque esto quiere decir que no se deja a Cristo ser el Cristo. El hecho de que sea Pedro, piedra de la Iglesia, quien resulte culpable inmediatamente después de su confesión de Jesucristo y de ser investido por él, prueba que desde el principio la Iglesia se ha escandalizado del Cristo sufriente. No quiere a tal Señor y, como Iglesia de Cristo, no quiere que su Señor le imponga la ley del sufrimiento. La protesta de Pedro muestra su poco deseo de sumergirse en el dolor. Con esto Satanás penetra en la Iglesia. Quiere apartarla de la cruz de su Señor. Jesús se ve obligado a poner en contacto a sus discípulos, de forma clara e inequívoca, con el imperativo del sufrimiento. Igual que Cristo no es el Cristo más que sufriendo y siendo rechazado, del mismo modo el discípulo no es discípulo más que sufriendo, siendo rechazado y crucificado con él. El seguimiento, en cuanto vinculación a la persona de Cristo, sitúa al seguidor bajo la ley de Cristo, es decir, bajo la cruz”. BONHOEFFER Dietrich, *El precio de la gracia, El seguimiento*, Sígueme, Salamanca 2004⁶, 54.

⁴⁸ Se pudiera encontrar un hilo conductor de la felicidad en la comunión con Dios que lleva al amor por los demás: alegría – los demás – comunión – cielo por un lado. Mientras otro hilo conductor une: tristeza – egoísmo – aislamiento – infierno.

El Concilio Vaticano II quiso intitular la constitución sobre La Iglesia en el Mundo de hoy con las palabras *Gaudium et spes*: “Las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez alegrías y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (GS 1).

Pablo VI nos regaló en 1975 una bellísima exhortación apostólica sobre la alegría cristiana, con el título *Gaudete in Domino*, Alégrese en el Señor (*Flp* 4,4; *Sal* 145,18), en la cual nos invita: a “un esfuerzo paciente para aprender a gustar simplemente las múltiples alegrías humanas que el Creador pone en nuestro camino: la alegría exultante de la existencia y de la vida; la alegría del amor honesto y santificado; la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza, del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio. El cristiano podrá purificarlas, completarlas, sublimarlas: no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales. Frecuentemente, ha sido a partir de éstas como Cristo ha anunciado el Reino de los cielos” (*GiD* 12).

La alegría no es opcional en la vida y testimonio creyente, ni tampoco se puede considerar una dote natural o cuestión de carácter, y ni siquiera un accesorio de la experiencia estética para facilitar que el anuncio sea más simpático o atractivo. La alegría es una cuestión de contenido, de madurez y solidez interior, de experiencia y sabiduría de vida, diría algo más es un síntoma de la vivencia de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

La alegría cristiana proviene de adentro, de lo más íntimo, de razones de fe y de vida con Dios, y son estas razones que le permiten ser algo más que un gesto exterior, una expresión puramente conductual. La alegría no es sólo exterioridad ni tampoco es algo que siempre se debe manifestar externamente. El Qohelet nos recordaba la sabiduría de los tiempos: “Hay un tiempo para llorar y otro para reír, un tiempo para lamentarse y otro para bailar...” (*Ecl* 3,4). Hay momentos de alegría y de tristeza.

Aparecida dedicó el primer capítulo de la segunda parte a “La alegría de ser discípulos misioneros para anunciar el evangelio de Jesucristo”. Nos recordó que América Latina es el Continente de la esperanza y del amor: “Con la alegría de la fe, somos misioneros para proclamar el Evangelio de Jesucristo y, en Él, la buena nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, de la ciencia y de la solidaridad con la creación” (*DA* 103). Llama la atención que aparecida cite tantas veces la alegría⁴⁹. Nos bastan algunas citas para entender que se convierte en una de los ejes transversales del documento:

- “El ser amados por Dios nos llena de *alegría*” (*DA* 117).
- “Cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, *en razón de la gratitud y alegría que produce*, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro. La misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo (cf. *Hch* 1, 8)” (*DA* 145).

⁴⁹ El documento de Aparecida cita la alegría en 38 números, a saber: 2 7 14 16 17 26 28 29 42 103 114 117 128 145 167 175a 177 196 254 261 270 278e 280d 315 336 356 362 364 379 382 478 513 514 517h 534 548 549 552

- “En su realidad social concreta, el discípulo hace la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo, madura su vocación cristiana, descubre la riqueza y la gracia de ser misionero y *anuncia la Palabra con alegría*” (DA 167).

El Papa Francisco ha intitulado la exhortación programática de su pontificado con en el título: *La alegría del Evangelio*, fundada en motivaciones no solo humanas, sino trascendentes, reveladas en la economía de la salvación. La reflexión de hoy nos pide profundizar sobre la trinidad como principio y cumbre de la alegría misionera, sobre sus motivaciones teológicas y espirituales, sobre sus implicaciones pastorales y misioneras. En el fondo se trata que la alegría cristiana no es otra cosa sino la comunicación trinitaria de profundo misterio de amor.

3. ANCLAJES TEO-LÓGICOS DE UN DIOS AMOR Y ALEGRÍA

El catecismo de la Iglesia Católica afirma que “el misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina. Es la enseñanza más fundamental y esencial en la ‘jerarquía de las verdades de fe’ (DCG 43)”⁵⁰.

Sin embargo, el teólogo luterano Jürgen Moltmann afirmaba hace algunos años no sin razón: “El que Dios sea sólo uno o trino, parece irrelevante tanto para la doctrina de la fe como para la ética. En los escritos apologéticos modernos, que pretenden aproximar el cristianismo al mundo actual, raramente aparece la doctrina trinitaria. Tampoco la nueva teología fundamental se inicia con la trinidad. Ya se trate de teología hermenéutica, o de teología política, o de teología procesual, o de epistemología teológica, la doctrina trinitaria no tiene ninguna importancia básica en estos intentos de fundar la teología actual”⁵¹. Y Karl Rahner a su vez escribía sobre el debilitamiento de lo trinitario en la vivencia de la fe y en la teología: “¿A qué se debe que la mayoría de los cristianos de Occidente, tanto católicos como protestantes, a pesar de su profesión ortodoxa de fe en la Trinidad, viven en realidad como si fuesen sólo *monoteístas*?”⁵².

A partir de esta constatación de una concentración cristológica a perjuicio de la visión teológica, muchos teólogos se comprometieron progresivamente en una renovación de la doctrina trinitaria a partir de la perspectiva económica. Surgen estas preguntas: “¿Qué nos evoca actualmente la expresión ‘Dios trino’? ¿Qué representaciones asociamos con la trinidad? ¿Qué intuimos de la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo?”⁵³. Me permito sólo recordar algunos anclajes trinitarios que fundamenten la alegría de un Dios amor y alegría a diferencia de dios solitario.

⁵⁰ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 234.

⁵¹ MOLTSMANN Jürgen, *Trinität und Reich Gottes*, München 1980, 17. Cf. la traducción española: *Trinidad y Reino de Dios*, Sígueme, Salamanca 1983, 15-16. Según Moltmann, en la teología actual ningún camino puede pasar de largo ante la doctrina de Dios y de la Trinidad, ya que lo que ha llevado al cristianismo a su actual crisis de identidad es precisamente un monoteísmo sólo débilmente cristianizado.

⁵² RAHNER Karl, “Advertencias sobre el tratado dogmático *De Trinitate*”, en *Escritos de Teología, IV*, Madrid 1964, 105. Cf. también *Grundkurs des Glaubens*, Freiburg 1976, 139.

⁵³ MOLTSMANN Jürgen, *Trinidad y Reino de Dios*, 15-16.

3.1. De la Trinidad inmanente a la Trinidad económica y viceversa.

Karl Rahner inició una renovación de la doctrina trinitaria a partir de su axioma fundamental de la unidad de la trinidad “económica” y la “inmanente”⁵⁴. No tendríamos acceso al misterio de Dios en sí (trinidad inmanente) si no fuera por la revelación (trinidad económica), es decir por su manifestación en la historia de la salvación⁵⁵. Ahora bien el misterio de la trinidad otra cosa no es sino la afirmación de que Dios vive como amor. Este es el misterio de su ser y actuar que se ha manifestado en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

“La doctrina trinitaria es la expresión, difícil e indispensable, de esta simple verdad: que Dios vive y ama. En efecto, que Dios vive significa que vive por sí mismo, que es el viviente, que es vida. Que Dios vive es una certeza para la fe cristiana que ha de acreditarse en el ser del hombre Jesús, de forma tal que pueda con razón confesarse de este hombre que “es el Hijo de Dios” (Mc 15, 39). Esto significa que la verdad “Dios vive” ha de acreditarse en la muerte del hombre Jesús, que como Hijo de Dios pertenece a Dios mismo. Desde ahí el ser de Dios debe comprenderse como una unidad de vida y muerte en favor de la vida. La primera carta de Juan traduce esta unidad diciendo que Dios es amor (1 Jn 4, 8)”⁵⁶.

La dialéctica expresada en la identidad de la trinidad inmanente y la económica expresa lo que Schleiermacher afirmaba con razón: “no tenemos ninguna fórmula para el ser de Dios en sí, distinta de la del ser de Dios en el mundo”⁵⁷. Dicho en palabras más sencillas, Jesucristo es el rostro de Dios, su única Palabra, Él en persona es al mismo tiempo el revelador, lo revelado y la revelación. No hay otro camino para llegar a Dios sino lo acontecido en Jesús de Nazaret. De la cristología llegamos a la teología.

La identidad teológica en la economía expresa la distinción de personas en el seno de la trinidad, que se manifiesta como un misterio de comunión, de misión y de salvación. “Las obras de la trinidad en la creación son indivisibles”. Con este axioma se establece una distinción entre lo que Dios es en sí (trinidad de sujetos)⁵⁸ y lo que es en su actuar para nosotros (obra indivisible): entre su intimidad y su manifestación a nosotros o, con lenguaje clásico, entre la “theologia” y la “oikonomia”, entre la trinidad inmanente y la trinidad económica.

La trinidad como misterio de salvación: Más allá de la discusión teológica clásica sobre los motivos de la encarnación: soteriológico o comunal que querían responder a la pregunta: *Cur Deus homo?*⁵⁹, debemos afirmar que de hecho la revelación cristiana del

⁵⁴ JÜNGEL Eberhard, “Das Verhältnis von «ökonomischer» und «immanenter» Tinität” en *Zeitschrift für Theologie und Kirche* 72 (1975) 353-364. http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/lilib/vol16/62/062_jungel.pdf

⁵⁵ “Los Padres de la Iglesia distinguen entre la ‘Theologia’ y la ‘Oikonomia’, designando con el primer término el misterio de la vida íntima del Dios-Trinidad, con el segundo todas las obras de Dios por las que se revela y comunica su vida. Por la ‘Oikonomia’ nos es revelada la ‘Theologia’; pero inversamente, es la ‘Theologia’, quien esclarece toda la ‘Oikonomia’. Las obras de Dios revelan quién es en sí mismo; e inversamente, el misterio de su Ser íntimo ilumina la inteligencia de todas sus obras”. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 236.

⁵⁶ http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/lilib/vol16/62/062_jungel.pdf.

⁵⁷ Cf. http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/lilib/vol16/62/062_jungel.pdf

⁵⁸ “Toda la economía divina es la obra común de las tres personas divinas. Porque la Trinidad, del mismo modo que tiene una sola y misma naturaleza, así también tiene una sola y misma operación... Son, sobre todo, las misiones divinas de la Encarnación del Hijo y del don del Espíritu Santo las que manifiestan las propiedades de las personas divinas”. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 258.

⁵⁹ Mientras los teólogos griegos insistían en la teoría de la divinización, los latinos en su mayoría cultivaron la doctrina de la satisfacción. San Anselmo de Aosta su famosa obra *Cur Deus homo* (1098) centra el tema

misterio de Dios se comprende como la actuación de un misterio de salvación. Es lo afirmado en la tesis clásica: “La trinidad es un misterio de salvación”. Y lo es porque se revela en el acontecimiento y en la persona de Jesucristo como un misterio de salvación. El desarrollo histórico del dogma permite reconocer que el dogma trinitario creció a partir del cristológico. La fe cristiana no puede decir quién es Jesucristo sin entenderle como Dios, ni puede entender quién es Dios sin expresar su identidad con Jesús, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación.

3.2. La misión como categoría central de la *Teo-dramática*

Hans Urs von Balthasar⁶⁰ interpreta la historia de la salvación como una *Teo-Dramática*⁶¹, vale a decir desde la categoría del teatro, del drama (*drao* = acción) de Dios en la historia⁶². La parábola teatral permite la expresión no sólo del drama del hombre en su condición personal y social, sino la representación de su propia verdad, gracias a la dialéctica de la máscara que vela y desvela. En esta parábola es posible construir una Teodramática, es decir expresar la verdad de la revelación un Dios que se autocomunica actuando a través de una misión.

El drama de Dios es esencialmente trinitario y, por inclusiones sucesivas, se extiende a todos los hombres y al cosmos entero. El teodrama encuentra su cráter de explosión en la figura de Cristo que a su vez realiza la apertura infinita del espacio dramático. La cristología de esta forma procede por elipsis progresivas que superan todo reduccionismo. En ella ocupa un lugar imprescindible la categoría de *misión*: el Hijo recibe una misión del Padre al encarnarse y venir al mundo. Pero ya en la misma encarnación se produce una *inversión trinitaria*⁶³, el Hijo se encarna por el poder y gracia del Espíritu Santo⁶⁴.

En Cristo, se produce el admirable intercambio (“*admirabile commercium*”) entre Dios y el hombre, fruto del cual Dios es incluido en el hombre (encarnación) y el hombre es incluido en Dios (divinización). Se produce un intercambio de roles: una persona de la Trinidad toma el lugar del hombre para expiar su culpa en el sacrificio de la cruz como satisfacción agradable a Dios (“*unus ex Trinitate passus est*”). El hombre sale ganando, al

redentivo en la muerte de Cruz, dejando a un lado sus demás aspectos y explicando el valor de ésta como satisfacción de la ofensa inferida a Dios por la culpa, principalmente la original. Más allá de las respuestas, la pregunta permanece siempre como un reto para la inteligibilidad de la fe cristiana.

⁶⁰ Retomo en este punto lo expresado en la conferencia en el CAM 4 – COMLA 9, y antes en mi anterior BIODR CASTILLO R., *Teología de la Resurrección como Plenitud*, Universidad Central de Venezuela, Caracas 1999.

⁶¹ BALTHASAR H.U. von, *Teodramática*, Madrid 1990-1997. Se compone de cuatro volúmenes: vol. I: *Prolegómenos*, 1990; vol. II: *Las Personas del Drama: El hombre en Dios*, 1992; vol. III: *Las Personas del Drama: El hombre en Cristo*, 1993; vol. IV: *La Acción*, 1995; vol. V: *El último acto*, 1997.

⁶² “Lo que aquí interesa es todo ese complejo que es el ‘teatro’: que hay algo de este estilo, cómo está estructurado en cuanto proceso y en cuanto escena, y, finalmente qué representa. El todo debe hacerse aplicable de cara la teología y todos sus elementos aplicables en ella”. BALTHASAR H.U. von, *Teodramática*, vol. I: *Prolegómenos*, 14.

⁶³ La inversión trinitaria, precisa von Balthasar, “no es en definitiva más que la ‘traslación’ de la Trinidad inmanente al ámbito de la ‘económico’, en el que la correspondencia del Hijo en relación al Padre se articula como ‘obediencia’”. BALTHASAR H.U. von, *Teodramática*, vol. III: *Las Personas del Drama: El hombre en Cristo*, 180.

⁶⁴ “La afirmación del credo apostólico *et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine* indica con exactitud la relación del Hijo y el Espíritu Santo en la encarnación”. BALTHASAR H.U. von, *Teodramática*, vol. III: *Las Personas del Drama: El hombre en Cristo*, 173. El Espíritu se muestra activo en la encarnación, “mientras que el Hijo, que es concebido y que nace, deja que se disponga de él y que se haga en él, lo cual se expresa gramaticalmente en pasiva”. *Ibid*, 173-174. El Hijo es todo don del Padre y del Espíritu. La inversión trinitaria será re-invertida a su vez después de la resurrección, cuando el Cristo, Vivificado por el poder del Espíritu, inspira el Espíritu sobre los discípulos, pasando así de la misión del Hijo a la del Espíritu Santo, y de la de éste a la de la Iglesia.

ser divinizado en su misma naturaleza por la *gratia capitis*, es decir, por la íntima solidaridad del cuerpo que forman todos los hombres. En Cristo y en el Espíritu los hombres son conglorificados al participar del misterio intratrinitario. Cristo aparece como el espacio personal y personalizante del teodrama que incluye al hombre, a la historia y al cosmos. La Iglesia continúa el teodrama como signo de salvación en la espera de la realización escatológica. En el teodrama estamos incluidos todos los cristianos cada uno representando su papel y tendiendo la glorificación final. Más adelante consideraremos la alegría en los diferentes personajes.

Von Balthasar advierte que no se puede reducir el discurso sobre Dios a pura cristología, sino que debe ser esencialmente trinitario como se ha revelado en la resurrección de Jesús: “La revelación definitiva del misterio trinitario no tiene lugar antes del misterio pascual”⁶⁵. Esto significa que la fe cristiana en la trinidad de Dios sólo se mantiene con la afirmación de la resurrección de Jesús. La revelación económica de la trinidad funda la comprensión de la trinidad inmanente.

La economía revela la trinidad de Dios: el Hijo es la autoexpresión del Padre, el Espíritu es su autodonación junto con el Hijo. La trinidad inmanente es la condición de posibilidad de la libre autocomunicación de Dios, pero a su vez ésta sólo se realiza efectivamente en su dimensión económica. El evento pascual, considerado unitariamente: muerte y resurrección, no sólo es el lugar privilegiado de la autorrevelación de la trinidad, sino también el lugar de su auténtico cumplimiento. Esto significa que “la trinidad no es un círculo cerrado en sí en el cielo, sino un proceso escatológico abierto a los hombres en la tierra que irradia la cruz de Cristo”⁶⁶. Desde esta perspectiva, la misión para la salvación, se supera la dicotomía entre la trinidad inmanente y la económica.

El punto de partida de la doctrina trinitaria no puede ser una idea abstracta y a priori, sino lo acontecido en la muerte y resurrección de Jesús. “Desde que el Padre resucitó a Jesús y desde que ambos derramaron su Espíritu común, Dios ‘vive’ total y definitivamente para nosotros, se nos revela hasta lo más hondo de su misterio trinitario”⁶⁷.

Con la resurrección de Jesús, todo adquiere sentido y coherencia. En la perspectiva lucana, el Resucitado explica e interpreta las Escrituras a los discípulos camino de Emaús; en la de Juan, los sucesos pascales poseen una plenitud de sentido que no necesitan ulteriores explicaciones. En ambas perspectivas los discípulos, a partir de la resurrección de Jesús, comprenden armónicamente todas sus palabras y acciones. La luz pascual ilumina toda la vida del Señor. Finalmente de los encuentros con el Resucitado, brota para los discípulos la misión de anunciar aquello que habían experimentado personalmente. El impulso misionero prevalece sobre todos los demás temas tanto en *Juan* (20,21) como en *Lucas* (24,47-49; *Hch* 1,8) y en *Mateo* (28,18-20).

La misión entonces se presenta como “el envés del último motivo pascual... Lo que antes de pascua se llamó ‘seguimiento’, después de pascua se llama definitivamente misión”⁶⁸. La misión del Resucitado es también el punto de pasaje de la cristología a la eclesiología: la Iglesia por fundación es esencialmente pascual y radicalmente misionera.

⁶⁵ BALTHASAR H.U. von, “El Misterio Pascual” en FEINER J. - LÖHRER M. (ed. por), *Mysterium salutis. Manual de teología como historia de la salvación*, III/2, *Cristo*, Madrid 1971, 287.

⁶⁶ MOLTMANN J., *Der gekreuzigte Gott*, 228.236. Cit. por BALTHASAR H.U. von, *Theodramatik*, III, 299.

⁶⁷ *Ibid*, 288.

⁶⁸ “Y esa misión tiene ahora las dimensiones que desarrolla el cuádruple ‘todos’ del epílogo de Mateo, de acuerdo con las dimensiones que alcanza el poder del Kyrios: *la base* es que Jesús tiene ‘todo poder en el cielo y en la tierra’; *la extensión* es ‘todos los pueblos’ a lo largo del espacio y del tiempo; *la catolicidad* de la misión pide

3.3. La Trinidad como historia: auto-revelación y auto-comunicación

La Trinidad se comprende como historia y en la historia, es la propuesta de Bruno Forte⁶⁹. El evento pascual de la muerte y resurrección de Cristo revela por un lado el acontecimiento eterno del Amor, el rostro de la divina Trinidad; y por el otro, la fisonomía del hombre y el sentido último de la historia. Tal es la experiencia del misterio, que abraza las obras y los días del creyente en la doble y densa confesión trinitaria: aquélla que reconoce en la Trinidad el origen y el lugar de toda existencia: *en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*; y aquélla que adora en la Trinidad santa el misterio de la Patria, siempre añorada, pero aún no poseída, hacia la que vamos caminando en el tiempo: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*. A la luz de estas dos confesiones la historia se muestra al creyente como una parábola de la vida trinitaria, en la cual se expresa la acción del amor personal de los Tres: todo viene del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, y todo, en el Espíritu, por medio del Hijo, retorna al Padre. En este proceso vital, trinitariamente estructurado, en esta “liturgia cósmica” ... se descubre el dinamismo profundo y el sentido de la historia y, por lo mismo, de la realidad social: el “exitus a Deo”, es decir, el origen del mundo y del hombre, provenientes de Dios, es leído a la luz de las misiones del Hijo y del Espíritu; el “reditus ad Deum”, el retorno al hontanar divino es pensado en el horizonte del motivo último de tales misiones: la gloria del Padre, “Dios todo en todos”⁷⁰.

La trinidad es el origen y la patria hacia la que se encamina el pueblo de los peregrinos; es el “ya” y el “todavía no” de la Iglesia, el pasado fontal y el futuro prometido, el comienzo y el fin. Este destino final hacia la gloria, en la que la comunión de los hombres quedará inserta para siempre en la plenitud de la vida divina, fundamenta la índole escatológica de la Iglesia peregrina, que el Vaticano II ha vuelto a descubrir y a proponer a la conciencia eclesial; la Iglesia no tiene su cumplimiento en este tiempo presente, pero lo espera y lo prepara hasta el día en que venga de nuevo su Señor y todo quede recapitulado perfectamente en él. Por eso está siempre en devenir, sin haber llegado nunca, y por eso mismo “semper reformanda”, necesitada de una continua purificación y de una perenne renovación, en la fuerza del Espíritu que actúa en ella para que lleguen a cumplimiento las promesas de Dios⁷¹.

La trinidad, fuente e imagen ejemplar de la Iglesia, es finalmente su meta; nacida del Padre, por el Hijo, en el Espíritu santo, la comunión eclesial tiene que volver al Padre en el Espíritu por el Hijo, hasta el día en que todo quede sometido al Hijo y éste se lo entregue todo al Padre, para que «Dios sea todo en todos» (1 Cor 15, 28). El misterio de la trinidad no es algo que permanece escondido e inaccesible: es un don que se entrega en la historia como auto-revelación y auto-comunicación de un amor divino a los hombres y por los hombres.

‘guardar todo lo que les he enseñado’; y la *garantía* es ‘yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo’. Una misión así sólo puede producirse después de la resurrección”. *Ibid*, 297.

⁶⁹ FORTE Bruno, *Trinidad como historia: ensayo sobre el Dios cristiano*, Sígueme, Salamanca 1988. Forte articula su reflexión en estos capítulos: Trinidad e Historia; la trinidad en la historia; la trinidad como historia y la historia en la Trinidad. Logra desarrollar las implicaciones de la revelación trinitaria en la historia y como historia de salvación, a partir de la historia de las tres personas divinas. Finalmente nos muestra el origen trinitario de la historia, su presente y sobre todo su futuro trinitario: la patria trinitaria.

⁷⁰ http://www.webdiocesi.chiesacattolica.it/cc_i_new/documenti_diocesi/55/2008-06/05-195/trinidadHombre2008.pdf

⁷¹ FORTE Bruno, *La Iglesia icono de la Trinidad: breve eclesiología*, Sígueme, Salamanca 1992, 30.

Burno Forte nos pone en guardia del peligro de una uniformidad aplastante derivada de un acento como de una contraposición de las diferencias: “La Iglesia, estructurada sobre la ejemplaridad trinitaria, tendrá que mantenerse lejos tanto de una uniformidad que aplaste y mortifique la originalidad y la riqueza de los dones del Espíritu, como de toda contraposición hiriente, que no resuelva la tensión entre los carismas y los ministerios diversos en la comunión, dentro de una mutua recepción fecunda de las personas y de las comunidades en la unidad de la fe, de la esperanza y del amor”⁷².

La Iglesia camina hacia la Trinidad en la invocación, en la alabanza y en el servicio, bajo el peso de las contradicciones del presente, partiendo del destierro que es el alejamiento de la patria trinitaria en la existencia de tantos cristianos, pero sostenida con la alegría de la promesa⁷³ ya realizada en la resurrección de Jesucristo. Hacia esa patria trinitaria va caminando el hombre sobre la tierra y el pueblo de Dios en la historia, es el más allá que recuerda a los hombres su condición de peregrinos en el amor, *in via et non in patria*, y les estimula a ser continuos viandantes; es la fuerza y la medida del amor, para que el compromiso presente sea capaz de organizar la esperanza y los días se alimenten de obras de justicia y de paz⁷⁴.

La Iglesia avanza en su peregrinación hacia el cumplimiento trinitario de la historia: viene de la Trinidad, camina hacia ella y está estructurada a su imagen; todo lo que el Vaticano II dijo de la Iglesia se resume en esta memoria del origen, de la forma y del destino trinitario de la comunión eclesial. Por ello es en realidad la Iglesia de la Trinidad, la “Ecclesia de Trinitate”.

3.4. La *perichoresis* intratrinitaria como modelo de comunión

La noción de *perichoresis* o de *circumincessio*, término latino utilizado por San Buenaventura, es clave en la teología trinitaria. Se trata del hecho que las tres personas en la trinidad se aman talmente que cada uno está en el otro: El Padre está todo en el Hijo y en el Espíritu. El Hijo está todo en el Padre y en el Espíritu. El Espíritu está todo en el Padre y el Hijo. Dios es su misterio más profundo una comunión perfecta de Personas⁷⁵.

Se trata del misterio de la mutua autodonación de las personas divinas donde predomina la lógica del intercambio, sin que haya ningún temor de perder la propia identidad. La identidad de cada persona con la única sustancia divina es conjugada con la irreducible alteridad de cada divina persona. Esta comunión única se da en una plenitud de vida y amor. Las procesiones divinas son la misma vida divina, eterna, inagotable, inefable. La *perichoresis* es una realidad divina, que sirve de paradigma para la comunión eclesial.

La donación de Dios al hombre encuentra su plenitud en Cristo Verbo Encarnado, muerto y resucitado. Podemos decir que *la missio coniuncta Filii et Spiritus Sancti* se continúa, se hace permanente y universal, desde la Humanidad encarnada del Hijo y tiene

⁷² *Ibid*, 30.

⁷³ Cf. el capítulo séptimo de la *Lumen Gentium* sobre la índole escatológica de la Iglesia peregrina.

⁷⁴ Cf. FORTE Bruno, *Trinidad como historia: ensayo sobre el Dios cristiano*, 211.

⁷⁵ San Juan Damasceno la describía así: "La permanencia y la morada de una de las tres Personas en la otra significa que son inseparables, que no han de separarse, que tienen entre sí una compenetración sin mezcla. No se funden y se mezclan entre sí, sino que se conjugan mutuamente. Es decir, el Hijo está en el Padre y en el Espíritu, y el Espíritu está en el Padre y en el Hijo, y el Padre está en el Hijo y en el Espíritu, sin que tenga lugar una fusión, o una mezcla, o una confusión. El movimiento es uno e idéntico, ya que el impulso y el movimiento de las tres Personas es único, algo que no se puede advertir en la naturaleza creada". San Juan Damasceno, *De fide orthodoxa*, I, 14.

como destinatarios a todos los hombres, puesto que la voluntad salvífica de Dios es universal. Mediante la Humanidad glorificada de Cristo, el Padre nos da a su Hijo en el Espíritu Santo y, junto con su Hijo, nos da el Espíritu. Las mismas procesiones eternas (generación y espiración) que son como la respiración de la vida divina, originan la presencia concedida como don de las Personas del Hijo y del Espíritu en el alma.

La criatura agraciada es introducida en la circularidad trinitaria de la divinas Personas. Se trata de una “*participación en la comunión trinitaria*” que puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad⁷⁶. La pericoreisis se presenta hoy como el espacio y el modelo de la unidad a la que están llamadas las personas humanas, sobre la base de su inserción en la vida misma del amor trinitario⁷⁷. Es ejemplar en este sentido la afirmación del concilio Vaticano II: “El Señor, cuando ruega al Padre que ‘todos sean uno, como nosotros también somos uno’, abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las Personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud sino en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (GS 24). Son evidentes las implicaciones antropológicas, sociales y eclesiológicas de esta perspectiva.

3.5. La Iglesia no tiene una misión, la misión tiene una Iglesia

La pericoreisis comunal se expresa en una pericoreisis misionera: el Padre envía al Hijo, el Hijo envía el Espíritu Santo, en el Espíritu somos enviados como discípulos misioneros. La Iglesia nace una misión y está finalizada a una misión.

Aquí se podría engarzar con lo que expresé en el CAM 4 - COMLA 9: “la Iglesia no tiene una misión” sino que “la misión tiene una Iglesia”⁷⁸. Esta afirmación puede sorprendernos a primera vista y hasta escandalizarnos. Sin embargo, no es un juego de palabras. Estamos acostumbrados a percibir que la misión es “el quehacer” de la Iglesia. Demasiados ocupados en la “gerencia” pastoral, puede ser que hayamos construido nuestra “misión y visión” como tarjeta de presentación organizacional. Así cumplimos la exigencia de tener un portafolio eclesial para concursar entre los proyectos de las diferentes instituciones benéficas⁷⁹. *Una vez definida la misión, planeamos la visión que queremos y esperamos en el futuro, para luego concretizarla en objetivos estratégicos.*

Aquí puede estar el error, asimilados a una organización, a una ONG, no nos damos cuenta que *como Iglesia no tenemos una misión, sino que la misión de Dios nos tiene como Iglesia*, nos sostiene, funda e impulsa. ¡La misión no es una invención de la Iglesia para su conservación! No somos nosotros que definimos la misión, sino que la misión nos define a nosotros. El verdadero fundamento de la misión estriba en la irrevocable decisión salvífica de Dios a favor de todos los hombres. La misión no es una función de la Iglesia, sino que constituye su esencia y realización existencial.

⁷⁶ JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, n. 41.

⁷⁷ CODA Pietro, http://www.mercaba.org/VocTEO/C/circumincesion_y_circuminsesion.htm

⁷⁸ Cf. GARCÍA PAREDES José Cristo Rey, *Cómplices el Espíritu. El nuevo paradigma de la misión*, Claretianas, Madrid 2014, 83-84.

⁷⁹ *En efecto, las teorías corporativas nos dicen que toda organización tiene una misión que define su propósito y que, en esencia, pretende contestar esta pregunta ¿En qué negocio estamos? La misión obliga a la gerencia a definir con cuidado el espacio de su servicio. En este sentido, la misión consiste en la razón de ser de una empresa, lo que resulta esencial para determinar objetivos y formular estrategias. Algunos se atreven a denominar la misión como la “declaración del credo, de propósito, de filosofía, de principios estratégicos”.*

La Iglesia es misionera porque Dios es misionero. La misión remite a Dios, al Dios que envía y de donde procede toda misión. La misión se ha convertido en un término clave en la misionología y en la teología actual. Juan Pablo II ya habló de una “vuelta o repatriación de las *misiones* a la *misión* de la Iglesia, y la confluencia de la *misionología* en la *ecclesiología* y la inserción de ambas en el diseño trinitario de salvación” (RM 32)⁸⁰.

“La misión no es primariamente una actividad de la Iglesia, sino un atributo de Dios, pues Dios es un Dios misionero”⁸¹. Por su parte, Jürgen Moltmann afirma: “No es que la Iglesia tenga una misión de salvación que cumplir en el mundo; es la misión del Hijo y del Espíritu a través del Padre que incluye la Iglesia”⁸².

Esta comprensión de la misión permite superar visiones que, aunque son verdaderas, están un tanto desenfocadas. A veces la misión fue interpretada primariamente en clave *soteriológica*: salvar algunos individuos de la condenación eterna; o en términos *culturales*: introducir gente del Este y del Sur en la Cristiandad occidental; otras veces en categorías exclusivamente *eclesiales*: la expansión de una Iglesia en su específica denominación; en ocasiones fue definida como en términos *sociológicos intrahistórica*: como el proceso por el cual el mundo podría ser transformado en el Reino de Dios. En estas comprensiones se acentúan más sus aspectos antropológicos, sociológicos, cristológicos y soteriológicos, a perjuicio de los términos *trinitarios*. En realidad la misión sólo se puede comprender auténticamente desde el *Dios uno y trino*. Dios Padre que envía al Hijo y al Espíritu Santo. La misión de la Iglesia no tiene vida propia, la recibe del Dios que enviando al Hijo por el poder del Espíritu es fuente y origen de Misión.

La misión es el movimiento de Dios al mundo; la Iglesia es un instrumento o sacramento para esa misión. Hay una Iglesia porque hay una misión, y no viceversa. Participar en la misión es participar en la dinámica del Dios-amor hacia la gente, porque Él es el manantial del amor.

Esta visión nos permite corregir la tentación siempre acechante de un eclesiocentrismo que desplaza el cristocentrismo y el teocentrismo propios del cristianismo. La nueva evangelización no tiene como objetivo primario construir una Iglesia, sino anunciar al Dios revelado en Jesucristo. La Iglesia no es ni el origen ni el final, es sólo sacramento del Dios que es creador y salvador, alfa y omega.

La misión de la Iglesia sólo tiene sentido en cuanto es prolongación de una misión divina. La Iglesia es enviada en misión porque Dios es en sí mismo un Dios que envía. La historia de la salvación es una cadena remisora de misiones. Las misiones de la así llamada “trinidad económica” están fundadas en las misiones de la “trinidad inmanente”, es decir en las misiones intra-trinitarias⁸³.

Las misiones del Hijo y del Espíritu Santo proceden del Padre⁸⁴. Se podría decir que la Trinidad tiene una naturaleza misionera. La misión *ad extra* revela la misión *ad*

⁸⁰ Cf. también el capítulo segundo *Desde las “Misiones” a la “Misión”* del libro de GARCÍA PAREDES José Cristo Rey, *Cómplices el Espíritu. El nuevo paradigma de la misión*, 29-36.

⁸¹ BOSCH D., *Transforming Mission: Paradigm Shifts in Theology of Mission*, Maryknoll 1991, 389-390.

⁸² MOLTSMANN J., *The Church in the Power of the Spirit: A Contribution to Messianic Ecclesiology*, London 1977, 64. Trad. española: *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, Sígueme, Salamanca 1978. Véase el punto “La Iglesia en la historia trinitaria de Dios”, 73s.

⁸³ Cf. RAHNER K., *Curso fundamental sobre la fe, Introducción al concepto de cristianismo*, Barcelona 1979, 169-171.

⁸⁴ “La teología occidental ha sido reacia en reconocer una misión propia del Espíritu Santo, no así las iglesias de Oriente para las cuales tras la misión de Jesús, acontece la misión del Espíritu”. GARCÍA PAREDES José

intra, y al mismo tiempo la misión *ad intra* funda la misión *ad extra*⁸⁵. Las tres personas divinas existen en el amor (amante, amado, amor según las expresiones de la mística), y el amor tiende necesariamente a expresarse a sí mismo, pues por naturaleza sale de sí hacia el otro, no se queda encerrado ni es auto-referencial, es un don que se da gratuitamente y esa relación subsistente hace existir al otro. En este sentido santo Tomás definía las personas divinas como “relación subsistente”, “relación que hace existir”, “ser hacia” (‘esse ad’)⁸⁶. De las misiones trinitarias nace la misión del Hijo al mundo, el Padre envía a su Hijo único por amor al mundo. La misión de la iglesia es ser la expresión – prolongación del amor de Dios por el mundo.

La Iglesia nace y vive del envío del Hijo por el Padre. La vocación cristiana es básicamente un envío, una misión. Todo cristiano está llamado a participar de la misión de Jesucristo: todos estamos llamados a ser discípulos misioneros desde los distintos ministerios, servicios y carismas al servicio de la misión única y común.

4. LA ALEGRÍA EN LOS PERSONAJES DE LA TEODRAMÁTICA

4.1. La alegría del Padre

El capítulo 15 del evangelio de San Lucas ha sido definido como La alegría del Padre. Es el título de un bellissimo estudio exegético de Juan José Bartolomé⁸⁷. Este capítulo con sus tres parábolas sobre la salvación de lo que estaba perdido constituye, para muchos, el corazón del evangelio de Lucas y constituye un “evangelio en el evangelio”⁸⁸.

Lucas, como conclusión de las parábolas sobre la oveja perdida y sobre la moneda perdida, afirma que “de la misma manera, habrá *más* alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento” (Lc 15, 7; cf. Lc 15, 10).

La tercera parábola es conocida con un título que la malinterpreta. No trata tanto del hijo pródigo o del hermano quejumbroso y resentido, trata del Padre misericordioso que se alegra “porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido encontrado” (Lc 15, 24). De un padre que lejos de guardar rencor, o simplemente de ofenderse y conservar la distancia, espera la conversión del hijo, su regreso a casa, e invita a hacer fiesta: “Traigan el becerro engordado, mátenlo, y comamos y alegrémonos” (Lc 15, 24).

“La parábola no sólo habla de la conversión del malo, ni cuenta únicamente el retorno a casa del pecador, pide también la conversión al bueno, invitándole a entrar en casa como hermano del recién llegado. En ello, en que el hermano que nunca abandonó el hogar reconozca como tal al hijo recuperado por su padre, consiste ni más ni menos *la alegría de Dios*”⁸⁹. Éste es el sentido de la invitación del Padre misericordioso: “Era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque éste, tu hermano, estaba muerto y ha vuelto a la vida; *estaba* perdido y ha sido hallado” (Lc 15,32).

Cristo Rey, *Cómplices el Espíritu. El nuevo paradigma de la misión 72-73*. Cf. también COFFEY David, “A proper mission of the Holy Spirit?” en *Theological Studies* 47 (1986) 222. La teología más clásica ha usado la categoría de procesión, prestada de la filosofía neoplatónica. El concepto de misión es más bíblico y teológicamente más iluminador.

⁸⁵ MOLTSMANN J., *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, 76.

⁸⁶ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 29. Sobre las personas divinas.

⁸⁷ BARTOLOMÉ Juan José, *La alegría del Padre. Estudio exegético de Lc 15*, Verbo Divino, Navarra 2000.

⁸⁸ Cf. RAMAROSON Leonard, “Le coeur du troisieme Evangile, Lc 15 en *Biblica* 60 (1979) 353.

⁸⁹ BARTOLOMÉ Juan José, *La alegría del Padre*, 7.

Jesús con su vida y con su palabra revela el ser de Dios, su Padre. En particular llama la atención la praxis de Jesús de comer con los pecadores. Los capítulos 14 y 15 de *Lc* se desarrollan en tal marco: “Jesús entró para comer en casa de uno de los principales de los fariseos” (*Lc* 14,1). Y el cap. 15 comienza diciendo que: “Todos los recaudadores de impuestos y los pecadores se acercaban para oír a Jesús. Y los Fariseos y los escribas murmuraban: “Éste recibe a los pecadores y come con ellos” (*Lc* 15, 1-2). Lo que las comidas con los pecadores significaban era exactamente el mensaje que quería transmitir: un Dios que se alegra con la conversión de los pecadores. Repartiendo el pan y compartiendo la alegría de los pecadores públicos, Jesús estaba predicando la alegría que Dios siente por la conversión de los pecadores. Pero no sólo, Jesús nos dice también que “para que sea Dios feliz perdonando hay que dejarse perdonar, como el hijo menor que sólo pensaba ser siervo en la casa paterna, y hay que hacer propio el gozo divino, viendo como hermano propio al hijo del padre”⁹⁰.

Dios Padre es un Dios que vela por la fraternidad humana: un Dios dispuesto a perdonar, que prepara la fiesta para celebrar la conversión del pecador e invita al junto a convertirse a su alegría. De la conversión del hermano mayor, que siempre estuvo en la casa del padre, depende la confirmación de la alegría del padre: de que el justo acepte al que estaba perdido y haga fiesta por su conversión y su regreso. En el hombre que tiene que convertirse a su hermano se cifra la alegría y la esperanza de Dios.

4.2. La alegría del Hijo

El Hijo, la Palabra del Padre, es ante todo una Palabra de Amor y de Alegría misionera. Lo es porque él mismo es el enviado, el primer misionero. El Hijo es fuente de alegría para el Padre. Este es el sentido de la voz divina que se escucha en el Bautismo de Jesús en el Jordán: “Y se oyó una voz de los cielos que decía: “Éste es Mi Hijo amado en quien tengo mi complacencia” (*Mt* 3, 17), y también en el momento de la transfiguración: “Entonces se formó una nube que los cubrió, y una voz salió de la nube: “Éste es Mi Hijo amado; escúchenlo” (*Mt* 17, 5). Jesús es fuente de alegría para el Padre, lo era desde siempre y lo es sobre todo porque cumple su la voluntad del Padre: ser misionero del amor y de la alegría del Padre.

El nacimiento de Jesús en Belén es comunicado a los pastores por el ángel: “No teman, porque les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor” (*Lc* 2, 10-11). El nacimiento de todo niño es señal de alegría: pues la vida continúa, retoña, se propaga... Todo nacimiento es una bendición de Dios, pero de manera singular el nacimiento de Jesús pues el portador de salvación para todo el pueblo. Él es el Buen Pastor que sale a buscar a la oveja perdida y se alegra al hallarla: “Al encontrarla, la pone sobre sus hombros, gozoso” (*Lc* 15, 5). El Hijo siente la misma alegría del Padre por la conversión del pecador y por el regreso a casa del hijo pródigo. Es una alegría por la actuación del misterio de salvación e inclusión del que estaba perdido o alejado.

De particular importancia es la alegría de Jesús por el amor preferencial de Dios hacia los últimos: “En aquel momento, Jesús se llenó de alegría en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, porque así fue de Tu agrado” (*Lc* 10, 21). Jesús se alegra profundamente porque Dios ama a los pobres, a los menores, a los últimos, a los que no cuentan para este mundo.

⁹⁰ BARTOLOMÉ Juan José, *La alegría del Padre*, 113.

Un capítulo aparte merecería el programa de las bienaventuranzas: Felices y bienaventurados son los pobres, los que lloran, los humildes, los que tienen hambre y sed, los misericordiosos, los de limpio corazón, los que procuran la paz, los perseguidos a causa del Evangelio. La alegría está en saberse amados por Dios, seguidores de Jesús, constructores del Reino de Dios en medio de las dificultades y tribulaciones. Se llega a la paradoja que pasa del dolor a la alegría: “Bienaventurados ustedes los que ahora lloran, porque reirán” (Lc 6, 21). La cruz es el camino a la resurrección, el dar la vida es la condición para recuperarla y compartirla con los demás. Fue la suerte de los profetas. Es lo que hizo Jesús y bien sabemos que “un discípulo no está por encima de su maestro; pero todo discípulo, después de que se ha preparado bien, será como su maestro” (Lc 6, 40). En el fondo es la alegría de la misericordia: “Sean ustedes misericordiosos, así como su Padre es misericordioso” (Lc 6, 36).

El Evangelio de Juan presenta a Jesús como revelador de un profundo misterio de amor. Jesús manifiesta el amor que el Padre le tiene amando a sus discípulos e invitándolos a permanecer en el amor. La revelación de este plan de salvación, que es dar la vida por los demás, es fuente de la auténtica alegría misionera: “les he hablado de estas cosas, para que mi alegría esté en ustedes, y su alegría sea perfecta” (Jn 15, 11).

Hay un libro que lleva un título muy simpático: *El humor de Jesús y la alegría de los discípulos*. “Que Jesús tuviera sentido del humor es una faceta que ni por asomo pasa por las mentes de la mayoría de las personas. Y es que estamos marcados por la imagen que se nos ha transmitido de Jesús, el maestro solemne de profundas doctrinas, discutiendo con los judíos, serio y severo con los discípulos, como una suerte de gran catedrático universitario. Esa imagen la vemos plasmada en la iconografía. Pensamos más en Jesús como intelectual y polemista que como simplemente humano”⁹¹. El autor lo atribuye a que nuestras teologías, catequesis y predicaciones han subrayado más las presentaciones de Jesús hechas por Juan y Pablo, que la de los sinópticos que nos presentan un Jesús de Nazaret más sencillo y alegre⁹².

4.3. La alegría del Espíritu Santo

En Pentecostés encontramos una explosión de alegría en el Espíritu Santo. Los evangelistas (especialmente San Juan) nos presentan los discursos de despedida de Jesús, sus últimas conversaciones con los discípulos, en algunos haciendo referencia él mismo a su muerte. En ellos los discípulos están con el Maestro y (quizá como nosotros) no entienden lo que les dice. Una cosa está clara en casi todos: Jesús les dice que lo van a pasar mal. Llorarán, se lamentarán y estarán tristes porque van a dejar de verle, porque Jesús va a morir en una cruz. Pero la historia no termina ahí: al mismo tiempo Jesús les

⁹¹ ARENS Eduardo, *El humor de Jesús y la alegría de los discípulos*, PPC, Madrid 2005, 7-8. Por eso el autor realiza una lectura curiosa de los evangelios en clave de humor, no buscando doctrinas, sino tratando de leer entre líneas, para descubrir el posible sentido del humor de Jesús. A partir de esta primera parte, Arens trata sobre el espíritu que debe caracterizar nuestra fe a la luz de los testimonios del nuevo testamento: la alegría y la fiesta en la vida del cristiano.

⁹² “La teología tradicional, así como la catequesis y la predicación, han acentuado la divinidad de Jesús hasta el punto de que tendemos a olvidar su humanidad o la vemos como una especie de paréntesis o concesión. Como repetía el renombrado teólogo Rahner, la mayoría somos solapados monofisitas cuando pensamos y hablamos sobre Jesús”, al acentuar tanto su divinidad y olvidarnos de su humanidad. ARENS Eduardo, *El humor de Jesús y la alegría de los discípulos*, 8.

está anunciando que volverán a verle, que dentro de poco su tristeza se convertirá en alegría y una alegría que nadie podrá arrebatarnos⁹³.

¿Por qué los discípulos se van a alegrar con una alegría que nadie les podrá arrebatarnos? La fuente de la alegría les viene de dos acontecimientos que son en realidad inseparables: *la experiencia de la resurrección y la experiencia del Espíritu*. Al experimentar la resurrección los discípulos descubrieron que las palabras del Maestro tenían sentido, que su modo de ser y actuar era válido, que toda la esperanza que habían depositado en él no quedaba defraudada y que Dios daba su visto bueno a todo. La resurrección significaba que ese mal que habían tenido que soportar, esa tristeza y ese llanto habían sido vencidos por la vida y la alegría. La experiencia del Espíritu es lo que siguió manteniendo a los discípulos, una vez que dejaron de ver a Jesús, en aquella alegría.

El Espíritu nos ha sido concedido en una pluralidad de dones: desde la propia existencia hasta las riquezas personales de cada uno, todo es obra del Espíritu. San Pablo nos habla de los dones espirituales: “El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley” (*Gal 5, 22*). La alegría es el segundo fruto del Espíritu Santo en esta lista. La alegría emana del amor Santo y su fruto es la paz. Y en la carta a los Romanos afirma que el Reino de Dios es “justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo” (*Rm 14, 17*).

No tenemos que esperar la acción del Espíritu, porque el Espíritu ya está actuando. No hay que esperar acontecimientos maravillosos o grandiosos prodigios. El Espíritu ya ha venido, ya actúa, ya vive en nosotros. Experimentar el Espíritu implica asumir un riesgo. Hay que salir a lo otro, viajar a lo diferente, a lo absolutamente desconocido, dejarnos transformar y modificar por ello. Hemos de renunciar a nosotros y salir a los demás.

Una comunidad animada por el Espíritu es una comunidad abierta hacia el mundo, que es capaz de ver más allá de sus muros y compadecerse del dolor y del sufrimiento de los demás. Ve las cosas con los ojos de los pobres, de las víctimas, con la mirada de los últimos, de los descartados de la sociedad que son los favoritos de Dios. Es, por eso, una comunidad que ha salido del letargo y de la ceguera, y por lo tanto es capaz de vencer el narcisismo de la auto-referencialidad, y es capaz de superar la tentación del gueto.

Por el Espíritu experimentamos que somos inmortales, que a pesar de que la figura del mundo presente termina, estamos llamados a una forma de existencia de una riqueza inagotable, de una alegría indescriptible. Vivir desde el espíritu, o mejor, dejar que sea el Espíritu el que vive en nosotros: esta es la fuente de la alegría y de la vida que nadie nos podrá arrebatarnos.

4.4. La alegría de María

María es modelo de la Iglesia, discípula y misionera, primera creyente acogió en sí a la Palabra, la concibió en su seno y la hizo fructificar. Como misionera de la Palabra su puso en camino para servir a su prima Isabel. Siguió a Jesús por los caminos de Galilea hasta el pie de la cruz, perseveró con los discípulos en la espera del Espíritu Santo. El evangelio de la infancia en Lucas subraya la alegría de María. Las palabras del ángel Gabriel son

⁹³ Cf. PÉREZ MARCOS Moisés, <http://ser.dominicos.org/a-la-escucha/pentecostes-la-alegria-del-espiritu-santo>

exactamente el anuncio de la alegría: Dios te salve María, llena eres de Gracia. Algunas traducciones rezan: Alégrate porque el Señor está contigo.

¡Alégrate! (*Jaire*) es el eco de la invitación a la alegría que los profetas dirigen a Sión⁹⁴. En la anunciación de Jesús llega a su cumplimiento la invitación de los profetas. La salvación de Dios llega a la tierra. Es la hora del cumplimiento: “¡Alégrate, hija de Sión, lanza gritos de júbilo, hija de Israel! ¡Alégrate y regocíjate con todo el corazón, hija de Jerusalén! El Señor ha retirado Sus juicios contra ti, Ha expulsado a tus enemigos. El Rey de Israel, el Señor, está en medio de ti; Ya no temerás mal alguno” (So 3,14-15)⁹⁵.

“Concebirás en tu seno” (Lc 1,31) corresponde a la palabra de Sofonías: “Yahveh está *entre tus muros*”, literalmente “dentro de ti”, “en ti” (So 3,15), como traducen los Setenta. La alegría que los profetas deseaban a la Hija de Sión llega y se propaga con María, que concentra y personifica los deseos y las esperanzas de todo el pueblo de Israel.

San Sofronio, patriarca de Jerusalén (+638), en una homilía, comenta: “¿Qué dirá el ángel a la Virgen bienaventurada? ¿Cómo le comunicará el gran mensaje? ¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo”⁹⁶. Cuando se dirige a ella, comienza por la *alegría*, él, que es el mensajero de la *alegría*.

La alegría, a la que invita el ángel a María, resuena en todo el evangelio de la infancia según Lucas. La resonancia de esta alegría se percibe en el *fiat* de María y, más claramente, en la visita de María a Isabel: “Porque apenas la voz de tu saludo llegó a mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno” (Lc 1,44). Y es también un pregón de alegría el que se escucha en el mensaje de los ángeles a los pastores: “No teman, les traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo” (Lc 2,10).

El júbilo mesiánico invade el corazón de María. ¡Alégrate!, dice el ángel, y estalla la alegría del Espíritu Santo, que es la alegría de Dios en su paternidad respecto al Hijo. En María brota un sentimiento poderoso y se despliega en el canto: “Mi alma glorifica al

⁹⁴ Cfr. Jr 2,21-23; So 3,14; Za 9,9; Lm 4,21.

⁹⁵ http://www.mercaba.org/FICHAS/MAR%C3%8DA/Emiliano/115-136_alegrate_maria_llena_de_gracia.htm

⁹⁶ SAN SOFRONIO DE JERUSALEN, *Or. II in Annunt 17*: PG 87/3, 3236D. Esta larga homilía es un precioso comentario a todo el evangelio de la anunciación, que habría que citar por entero: PG 87/3, 3217-3288. En la liturgia bizantina, la alegría llena sus himnos y antífonas. Merece la pena citar el primer canto del célebre himno *Akátisto*: “Un ángel de primer orden fue enviado desde el cielo a decirle a la *Theotókos*: ¡Alégrate! Y lleno de admiración al ver que te encarnabas, Señor, al son de esta palabra inmaterial, estaba ante ella exclamando:

¡Alégrate, tú, por quien resplandecerá la alegría!
 ¡Alégrate, tú, por quien se acabará la maldición!
 ¡Alégrate, tú, por quien Adán se levanta de su caída!
 ¡Alégrate, tú, que enjugas las lágrimas de Eva!
 ¡Alégrate, cima inaccesible al pensamiento humano!
 ¡Alégrate, abismo impenetrable aun a los ojos de los ángeles!
 ¡Alégrate, porque tú eres el trono del gran Rey!
 ¡Alégrate, porque tú llevas en tu seno a aquel que sostiene todas las cosas!
 ¡Alégrate, Estrella mensajera del Sol!
 ¡Alégrate, Seno de la divina encarnación!
 ¡Alégrate, tú, por quien se renueva la creación!
 ¡Alégrate, tú, por quien y en quien es adorado el Creador!
 ¡Alégrate, Esposa no desposada! ¡Virgen!”.

Este himno griego, compuesto en honor de la Madre de Dios, se atribuye a Romano el Melode (s.VI-VII), el gran cantor de la Iglesia griega, llamado akátisto. PG 92, 1335-1348. Cfr. TONIOLO Ermanno, “Akáthistos” en DE FIORES Stefano – MEO Salvatore, *Nuevo Diccionario de Mariología*, Paulinas, Madrid 1988, 64-74.

Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador, porque se ha fijado en la pequeñez de su sierva” (*Lc 1,46-48*).

4.5. La alegría de los discípulos misioneros

De la alegría trinitaria experimentada en Jesús de Nazaret brota la alegría de los discípulos misioneros, que no pueden ayunar cuando el esposo está con ellos (*Mt 9,15*), que participan en la fiesta de las bodas de Caná donde corre abundantemente el vino de la alegría y de la esperanza (*Jn 2, 1-12*), que se alegran al escuchar las palabras y los gestos de Jesús, que formaban parte de la multitud que esperaba con alegría a Jesús y se reunía para escucharlo (cf. *Lc 8, 40*).

Un criterio importante para discernir el verdadero motivo de la alegría lo encontramos en el capítulo 10 del evangelio de Lucas. Jesús envía a setenta discípulos, de dos en dos delante de Él, a toda ciudad y lugar adonde Él había de ir. Les recomienda que rueguen al Señor de la cosecha, les advierte que son enviados como corderos en medio de lobos, les pide que no lleven bolsa, ni alforja, ni sandalias, que sean portadores de paz en toda casa que entren, que sanen a los enfermos, que anuncien que ha llegado el reino de Dios. Los setenta discípulos parten en misión y regresan llenos de alegría apostólica, diciendo: “Señor, hasta los demonios se nos sujetan en Tu nombre” (*Lc 10, 17*). Jesús se alegra porque se extiende el Reino de Dios, pero les advierte severamente: “Sin embargo, no se regocijen en esto, de que los espíritus se les sometan, sino regocíjense de que sus nombres están escritos en los cielos” (*Lc 10, 20*). Es como si dijera que los motivos de la alegría no son ni deben ser los éxitos pastorales, las empresas misioneras, el consenso de la multitud o de los varios poderes, el número de los seguidores y admiradores, el entusiasmo de quien te aplaude ni la espectacularidad de los eventos e intervenciones que atraen multitudes, y ni siquiera una cierta eficiencia que logra “vencer a los enemigos” (el mal, los demonios, el mismo Satanás...) ⁹⁷.

¿Qué significa alegrarse porque sus nombres están escritos en el cielo? Esta metáfora tal vez la podemos entender en que la alegría misionera no se funda en algo vago y pasajero, en éxitos humanos y mundanos, sino en el cielo que es sinónimo del amor de Dios. Se trata de una alegría positiva, redimida del mal, que no se funda en las conquistas humanas de la Iglesia, en su poder o su capacidad de influir en la sociedad más que otros agentes sociales, y ni siquiera en el ser respetada o promovida, en el número de sus seguidores, en su riqueza, en el prestigio social, en la eficiencia apostólica. El cielo es sinónimo de eternidad y alteridad, de recapitulación y salvación, por eso el que Dios escriba nuestros nombres en el cielo nos dice que la alegría divina va más allá de toda negatividad y contrariedad, fracaso y frustración, es la afirmación del amor, de la alegría y de la vida.

La alegría del cielo es la de sentarse en el último lugar (cf. *Lc 14,10*), y la de hacer fiesta no con los amigos, los parientes, los vecinos ricos, sino la de ofrecer un banquete invitando a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos. Jesús promete una gran felicidad y alegría, una recompensa en la resurrección de los justos, pues el don de Dios es especialmente para los pobres, los pecadores, los últimos, los alejados. Paradójicamente el mismo Dios que nos invita a discernir la verdadera alegría, que nos llama a dejar casa, hermanos, familias y bienes por el Evangelio, multiplica la alegría para quienes son capaces de vivir desde el amor y en el amor: “En verdad les digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos o tierras por causa de Mí y por causa del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este

⁹⁷ CENCINI Amadeo, *La gioia, sale della vita cristiana*, 41-42.

tiempo: casas, y hermanos, y hermanas, y madres, e hijos, y tierras junto con persecuciones; y en el siglo venidero, la vida eterna” (Mc 10,29-30). La lógica de Dios es distinta de la nuestra: “muchos primeros serán últimos, y los últimos, primeros” (Mc 10, 31).

Hay también que decir que la alegría cristiana es una *alegría puesta a prueba*. La cruz es la garantía de la alegría. Las bienaventuranzas evangélicas nos hablan de una alegría que nace precisamente de lo que podemos llamar prueba. Jesús nos enseña que el discípulo auténtico es aquel que en todas las situaciones negativas (persecuciones, calumnias, injusticias, violencias...) descubre la felicidad, o mejor aprende a experimentar en ellas una fuerte presencia de Dios. Aprende a alegrarse ahí donde un hombre común no puede sino sufrir, a sentirse valioso a los ojos de Dios cuando no cuentas para nadie, a disfrutar de las pequeñas alegrías de la vida, de la naturaleza, de la fuerza de los débiles, de la riqueza de los pobres.

A quien todas las cosas le han salido siempre bien, quien es estimado y querido por los demás, quien nunca ha tenido problemas y siempre ha vivido en el éxito... ¿cómo podrá experimentar el hambre y la sed de Dios y luego la bienaventuranza correspondiente? Quien nunca ha probado la soledad, ¿qué sabrá de la intimidad de la relación? Quien nunca ha experimentado el abandono o hasta la desesperación, ¿cómo podrá dirigirse a Dios e invocarlo como el amigo seguro, la esperanza firme y la alegría desbordante? Quién nunca experimentó la propia debilidad, ¿cómo podrá descubrir la potencia de la gracia que salva? Por todo esto la prueba es la escuela donde se aprende la verdadera alegría⁹⁸.

Para Pablo el cristianismo “es una religión de la alegría en la medida en que es religión de la gracia”. Hay que recordar que “Jará” (=alegría interior) y “Jaireín” (=alegrarse) provienen de la misma raíz “Jar” de la que proviene carisma y gracia⁹⁹. La alegría será siempre un don, una gracia del Otro y de los otros, que presupone la alteridad y vence el egoísmo.

La alegría cristiana se fundamenta en la resurrección de Jesús. Lucas lo subraya al contar la cristofanía a orillas del mar de Galilea: “Como ellos todavía no lo creían a causa de la alegría y porque estaban asombrados, les dijo: “¿Tienen aquí algo de

⁹⁸ El Papa Benedicto XVI escribe: “Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo. Precisamente cuando los hombres, intentando evitar toda dolencia, tratan de alejarse de todo lo que podría significar aflicción, cuando quieren ahorrarse la fatiga y el dolor de la verdad, del amor y del bien, caen en una vida vacía en la que quizás ya no existe el dolor, pero en la que la oscura sensación de la falta de sentido y de la soledad es mucho mayor aún. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito. En este contexto, quisiera citar algunas frases de una carta del mártir vietnamita Pablo Le-Bao-Thin († 1857) en las que resalta esta transformación del sufrimiento mediante la fuerza de la esperanza que proviene de la fe. « Yo, Pablo, encarcelado por el nombre de Cristo, os quiero explicar las tribulaciones en que me veo sumergido cada día, para que, enfervorizados en el amor de Dios, alabéis conmigo al Señor, porque es eterna su misericordia (cf. Sal 136 [135]). Esta cárcel es un verdadero infierno: a los crueles suplicios de toda clase, como son grillos, cadenas de hierro y ataduras, hay que añadir el odio, las venganzas, las calumnias, palabras indecentes, peleas, actos perversos, juramentos injustos, maldiciones y, finalmente, angustias y tristeza. Pero Dios, que en otro tiempo libró a los tres jóvenes del horno de fuego, está siempre conmigo y me libra de las tribulaciones y las convierte en dulzura, porque es eterna su misericordia. En medio de estos tormentos, que aterrorizarían a cualquiera, por la gracia de Dios estoy lleno de gozo y alegría, porque no estoy solo, sino que Cristo está conmigo”, *Spe Salvi*, 37.

⁹⁹ “Es notoria la cantidad de veces que en el Nuevo Testamento se menciona el regocijo-regocijarse, exultar-exultación (*agall-*, 16 veces) alegría-alegrarse (*jara-jairô*, 131 veces) y celebrar con júbilo (*eufrainô*, 14 veces). El saludo más común es el griego *jaire*, ‘alégrate’, como el del ángel a María (Lc 1,28; cf. Mt 26,49, Mc 15, 18)”. ARENS Eduardo, *El humor de Jesús y la alegría de los discípulos*, 101.

comer?” (Lc 24, 41). Y de los discípulos de Emaús comenta: “Ellos, después de adorar a Jesús, regresaron a Jerusalén con gran gozo” (Lc 24, 52). Mateo dice que las mujeres, recibido el anuncio de la resurrección por parte del ángel, se alejaron “a toda prisa del sepulcro con temor y gran gozo, y corrieron a dar las noticias a los discípulos” (Mt 28, 8). La resurrección de Jesús es el grito de alegría que inunda toda la tierra como bien se describe en el Exsultet pascual. Alégrese los coros de los ángeles, las jerarquías del cielo, toda la tierra, nuestra madre la Iglesia. ¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor! La resurrección de Cristo ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los potentes unie el cielo con la tierra, lo humano con lo divino. Es la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio, de la gracia sobre el pecado, de la alegría sobre la tristeza. De aquí la invitación pascual: Aleluya, Aleluya... que otra cosa no es sino: Alegría, alegría, porque Cristo resucitó.

5. COMPROMISOS PASTORALES DE LA ALEGRÍA TRINITARIA

5.1. Comunión – Misión – Salvación

Una vez que hemos profundizado en algunos anclajes teológicos y bíblicos de la alegría cristiana, es hora de identificar las implicaciones del misterio trinitario. La economía nos revela a Dios como trinidad de personas, íntima comunión de tres personas que viven entre sí una mutua comunión y comunicación. Lo que caracteriza a las personas divinas es su salir de sí (éxtasis) a través de un amor desbordante que hace ser al otro: generación del Hijo e inspiración del Espíritu (ad intra) y creación y salvación (ad extra). Las misiones extratrinitarias del Hijo y del Espíritu están ordenadas a la salvación del cosmos y del hombre.

De aquí que no ha otra perspectiva para acercarse al misterio trinitario que la dinámica misionera, pues cualquier consideración estática y ontológica no logra captar la riqueza del Dios trinitario revelado en Jesús y por Jesús de Nazaret. Nuestro Dios viene al encuentro del ser humano para hacerlo partícipe de su misterio de comunión. Se trata de un Dios que ama con amor de complacencia y misericordia. La misión de la Iglesia consiste en hacer partícipes a los hombres del amor y la alegría de la trinidad, comunicar la vida de Dios, anunciar el kerigma de un Dios que se alegra y hace fiesta por la conversión del hombre, pues el hombre es la alegría de Dios y Dios la alegría del hombre.

De la alegría trinitaria de un Dios amor y alegría, a diferencia de dios solitario y triste, se derivan algunos compromisos pastorales. Ante toda la misión de comunicar y crear comunión. El cardenal Martini decía que cuando la persona “está llena de la alegría evangélica, se siente inmediatamente movida hacia quien no la tiene. Éste es el secreto del espíritu misionero”¹⁰⁰.

Encontramos por lo tanto una íntima vinculación entre comunión, misión y salvación. El Obispo emérito de Limburg, Franz Kamphaus, afirma: “Sin la misión, el cristianismo no hubiera ido más allá del judaísmo”¹⁰¹. Esto significa que es la misión la que nos permite superar el monismo que lleva a encerrarse en la propia identidad, en la unicidad, y que por lo tanto impide reconocer la alteridad del don y el don como alteridad. La fe trinitaria y la vivencia de la misión como actitud fundamental nos llevan a la alegría del

¹⁰⁰ MARTINI Carlo Maria, *La alegría del Evangelio*, Sal Terrae, Santander 1989, 75.

¹⁰¹ *Die Welt zusammenhalten. Reden gegen den Strom*, Freiburg im Breisgau 2008, 125. Cit por KOCH K., “¿Misión o des-misión de la Iglesia?” en AUGUSTIN G. (ed. por), *El desafío de la nueva evangelización. Impulsos para la revitalización de la fe*, Sal Terrae, Santander 2012, 57.

sabernos en comunión con Dios, con el cosmos y con los demás, nos permiten celebrar la gran fiesta del amor con los otros, especialmente con los más pobres y alejados. De aquí la importancia de la misión para la fe cristiana.

Aparecida afirma la íntima vinculación entre discipulado y misión: “El discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios. La misión es inseparable del discipulado, por lo cual no debe entenderse como una etapa posterior a la formación” (DA 278).

La misión siempre nos desmoviliza, desestructura, desacomoda, y nos impulsa a ir más allá de donde estamos y de lo que somos. Podríamos preguntarnos: “¿Estamos inquietos por Dios, por anunciarlo y por hacerlo conocer? ¿O nos dejamos atrapar por esa mundanidad espiritual que nos lleva a encerrarnos, a hacer todo por amor a nosotros mismos? Nosotros, agentes de pastoral y discípulos-misioneros, ¿pensamos más en los intereses personales, en el funcionalismo de las obras, en los logros personales e institucionales, o conservamos la fuerza de la inquietud por Dios, por su Palabra, por su Evangelio, que nos lleva a salir de nosotros mismos, a salir de los confines visibles de la comunidad eclesial, e ir hacia fuera, salir hacia los demás?

En América Latina nos podemos con razón preguntar cómo conjugar la alegría con la carestía, con la pobreza, con las condiciones de injusticia que encontramos. ¿Cómo podemos ser felices y estar alegres en medio del sufrimiento de nuestra gente, en medio de la pobreza y violencia que nos golpea y deshumaniza? Al recordar el testimonio de Jesús, nos viene a la mente la entrega de tantos santos y misioneros de la Iglesia de hoy y de ayer. La Madre Teresa de Calcuta y sus hermanas hacen realidad la alegría de quien no tiene nada para sí, de quien se vacía de sí, para ser todo para los pobres. Monseñor Oscar Arnulfo Romero se nos presenta como el mejor ejemplo que el don de sí, el dar vida, el gastarse por los demás para compartir lo que se cree y lo que se es, el morir por el propio pueblo, llena una vida de sentido y de alegría: No hay mayor alegría, que dar la vida por los demás (cf. Jn 15,13). Esta alegría implica compromiso personal, sacrificio, renuncia, ascesis, aceptación de sí y de los demás, compartir, entregarse.

5.2. A nivel personal: las actitudes y sentimientos

El Papa Francisco nos está enseñando que más que las ideas son las actitudes las que caracterizan a un misionero. Entre el catálogo de enfermedades y tentaciones que debilitan nuestro servicio al Señor, el Papa Francisco incluye *el mal de la cara fúnebre*, es decir, el de las personas rudas y sombrías, que creen que, para ser serias, es preciso untarse la cara de melancolía, de severidad, y tratar a los otros con rigidez, dureza y arrogancia. Por el contrario, “el apóstol debe esforzarse por ser una persona educada, serena, entusiasta y alegre, que transmite alegría allá donde esté. Un corazón lleno de Dios es un corazón feliz que irradia y contagia la alegría a cuantos están a su alrededor: se le nota a simple vista. No perdamos, pues, ese espíritu alegre, lleno de humor, e incluso autoirónico, que nos hace personas afables, aun en situaciones difíciles. ¡Cuánto bien hace una buena dosis de humorismo! Nos hará bien recitar a menudo la oración de santo Tomás Moro: yo la rezo todos los días, me va bien”¹⁰². En efecto Tomás Moro rezaba: “Concédeme un alma que no conozca el aburrimiento, las murmuraciones, los

¹⁰² FRANCISCO, *Presentación de las felicitaciones navideñas a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2014, n.12. Cf. w2.vatican.va/content/.../papa-francesco_20141222_curia-romana.html

suspiros y los lamentos... Dame, Señor, el sentido del humor. Concédeme la gracia de comprender las bromas, para que conozca en la vida un poco de alegría y pueda comunicársela a los demás”.

El 15 de mayo de 2015 en la homilía de Santa Marta, el Papa Francisco advirtió que “un cristiano sin alegría no es cristiano. Un cristiano que continuamente vive en la tristeza, no es cristiano. Y a un cristiano que en el momento de las pruebas, de las enfermedades o de tantas dificultades, pierde la paz, le falta algo”. Añadió “también una comunidad sin alegría es una comunidad enferma... cuando la Iglesia es miedosa y cuando la Iglesia no recibe la alegría del Espíritu Santo, la Iglesia se enferma, las comunidades se enferman, los fieles se enferman”... “La alegría cristiana no es una simple diversión, no es una alegría pasajera; la alegría cristiana es un don, es un don del Espíritu Santo. Es tener el corazón siempre alegre porque el Señor ha vencido, el Señor reina, el Señor está a la derecha del Padre, el Señor me ha mirado y me ha enviado, y me ha dado su gracia y me ha hecho hijo del Padre... Esa es la alegría cristiana”¹⁰³.

5.3. A nivel kerigmático: anunciar con alegría el evangelio

El Papa Francisco nos ha invitado a que el anuncio se concentre en lo esencial, que es lo más bello y atractivo: “Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante” (EG 35).

El kerigma es trinitario: “Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre” (EG 164). Tiene siempre una finalidad de salvación, como lo recoge el Papa Francisco en la formulación de la *Evangelii Gaudium*: “Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte” (EG 164).

Esto tiene implicaciones importantes para la catequesis, para el anuncio, para las homilías. Es significativo que el Papa haya dedicado un buen espacio en la exhortación *Evangelium Gaudium* a la homilía (cf. EG 135-159). Luego pidió que se preparara un directorio Homilético, promulgado el 29 de junio de 2014. Él mismo nos da ejemplos maravillosos al asumir un lenguaje metafórico concreto y realista, y nos proporciona algunos criterios maravillosos: que no sean aburridas; que se concentren sobre lo esencial; que expresen una idea, un sentimiento y una imagen; que produzcan alegría; que hagan arder los corazones.

De la iniciación cristiana se espera que sea un proceso de inserción en el misterio de Cristo y de la comunidad eclesial. El reto es cómo lograr la conversión catequística de nosotros agentes de pastoral a los itinerarios y procesos de iniciación (EG 160-175).

5.4. A nivel espiritual: una espiritualidad del optimismo

Cada evangelista nos presenta una espiritualidad peculiar que refleja no sólo las preferencias personales del redactor, sino la variedad carismática de las diferentes

¹⁰³ http://w2.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2015/documents/papa-francesco-cotidie_20150515_sin-miedo.html

comunidades cristianas. Lucas nos regala el evangelio de la alegría, nos habla con frecuencia de júbilo, de gozo, de regocijo. Mateo nos habla de la alegría en la comunidad que produce el Evangelio, las escenas y parábola sobre comidas tienen un carácter festivo. Juan nos presenta la alegría de Jesús, es portador y transmisor de alegría, ha sido enviado “para que tengan en ellos la plenitud de mi alegría” (Jn 17, 13). Deja el mandamiento del amor mutuo, y la razón es permanecer en su amor: Les he dicho todas estas cosas para que mi alegría esté en ustedes y su alegría sea completa” (Jn 15,11).

Jesús es el hombre jovial y con sentido del humor, con una visión optimista de la vida, que fija su atención no en la gehena sino en el advenimiento del Reino de Dios; no en la condenación, sino en el perdón; no en el castigo, sino en la gracia. Fija su mirada en Dios más como padre que como juez; más como misericordioso que como castigador; solidario más que soberano. El cristianismo celebra la resurrección del Señor Jesús como fundamento de su fe¹⁰⁴.

Cierto predominio de teologías fundadas más en la cruz, en el sacrificio y en el dolor que en la resurrección, han derivado en espiritualidades que promueven más las mortificaciones, las privaciones y las humillaciones para purificar y aplacar la ira de Dios, que la alegría del Evangelio. Una mal entendida teoría de la satisfacción podría ser la responsable del rechazo de la religión por parte de muchas personas que sólo ven a un Dios tirano, opuesto a la felicidad. El Dios de Jesús es un Padre amoroso y misericordioso, severo con los injustos, pero que se alegra y celebra la conversión del pecador. Deberíamos preguntarnos si nuestras espiritualidades son auténticamente cristianas, si transmiten alegría, si promueven la vida. ¿Qué imagen de Dios tenemos? ¿Hemos entendido la encarnación y a Jesús como el rostro visible del Padre? ¿Es la resurrección o más bien el calvario el fundamento de nuestra fe?¹⁰⁵.

5.5. A nivel litúrgico: celebrar la alegría de la resurrección

Hemos dicho que la alegría es síntoma del amor y de la felicidad, “el hombre por naturaleza es un *homo festivus* que no sólo trabaja y piensa, sino que canta, danza, ora y celebra... Por eso desposeer a un hombre de su capacidad festiva es privarle de algo en que va implicada su misma condición de hombre”¹⁰⁶. También hay que reconocer que muchas de nuestras celebraciones litúrgicas no logran expresar la alegría de las fiestas populares de nuestra religiosidad. Se reducen en bastantes casos a protocolos de rúbricas, a ceremonias pero no a auténticas celebraciones, cumplimos las normas, pero no somos animadores creativos de la fiesta que significa tener a Jesús entre nosotros.

Los Hechos de los Apóstoles nos relatan que los primeros cristianos se reunían con entusiasmo y “partían el pan en sus casas y compartían sus comidas *con alegría* y con gran sencillez de corazón” (Hch 2, 46). Lo que en las cenas se comparte es la alegría de la vida, que sólo tiene sentido en relación con los otros. “La celebración de la cena del Señor, la celebración más importante y distintiva del cristianismo, será ‘celebración’ cuando se lleve a cabo en el mismo espíritu de Jesús: en espíritu festivo... Lamentablemente cuando se cambió la comprensión de la eucaristía de cena a sacrificio,

¹⁰⁴ Cf. ARENS Eduardo, *El humor de Jesús y la alegría de los discípulos*, 112.

¹⁰⁵ Cf. CASTILLO José María, *Dios y nuestra felicidad*, Desclée de Brouwer Madrid, 71; citado por ARENS Eduardo, *El humor de Jesús y la alegría de los discípulos*, 116.

¹⁰⁶ BERNAL José Manuel, *Celebrar, un reto apasionante*, Ed. San Esteban, Salamanca 2000, 80.

se cambió también la tónica. Se pasó de celebración a ritualismo, de espíritu festivo a solemne, de festejo a ceremonia¹⁰⁷.

Es evidente que las celebraciones tienen de por sí una estructura ritual: repetición y memoria de un acontecimiento fundante, que en nuestro caso es la Pascua. Pero eso no significa que se deba perder del carácter de fiesta alegre. También es verdad que en cada cultura las expresiones de alegría son diferentes, pero por este motivo deberíamos como Iglesia evaluar a fondo nuestras celebraciones litúrgicas para que, en el debido respeto al misterio celebrado, expresen la alegría de creer en Jesús. Esto hay que aplicarlo no sólo a los textos litúrgicos sino también a los cantos y a la ambientación de nuestras celebraciones. Es mucho el camino por recorrer a nivel de la inculturación de las celebraciones de la fe y de renovación de nuestras formas litúrgicas en modo que realmente expresen el misterio celebrado en modo significativo.

5.6. A nivel misionero: estar entre la gente e ir con alegría a todas las gentes

El salmo 126 nos dice que “al ir iban llorando llevando las semillas, al volver vuelven cantando trayendo las gavillas”. El nuevo testamento y la historia eclesial nos hablan, por lo contrario, de la alegría cristiana de la misión y en la misión. La salida misionera no es la tristeza del destierro, sino la alegría consoladora del encuentro con el Resucitado que envía su Espíritu y envía a los discípulos para comunicar una buena nueva.

El misionero sabe alegrarse de la presencia de Dios entre los pueblos a los que es enviado. Asume con optimismo las nuevas realidades: sabe descubrir las semillas del Verbo en toda cultura. Soporta con paciencia las dificultades. Celebra con alegría los logros pastorales. Espera que el Reino de Dios vaya creciendo en el mundo a través de la Iglesia. Discierne la presencia del Espíritu Santo también fuera de los confines visibles de la Iglesia. Es un sembrador de esperanza y fe, que vive la alegría de estar entre la gente y de ir a las gentes, pues se sabe poseedor de la mayor de las alegrías: la resurrección de Jesús de entre los muertos, el triunfo de la vida y del amor, la comunión de los creyentes en el Espíritu, la participación en la vida trinitaria, el gusto espiritual de ser pueblo de Dios.

La nueva teología misionera conoce una ampliación del paradigma de la misión. Se trata de una nueva conciencia, que ha ido desarrollándose a partir de la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI a la *Evangelii gaudium* del Papa Francisco, ambas exhortaciones apostólicas son fruto de los sínodos sobre la Evangelización (1974) y sobre la Nueva Evangelización (2012), éste último convocado por Benedicto XVI. La misión ha sido también reflexionada y contextualizada en los sínodos continentales convocados por Juan Pablo II, en preparación al Jubileo del año 2000. La época de turbulencias¹⁰⁸ nos ha ayudado a pasar de las Misiones hacia la Misión. Se trata de un giro copernicano en la

¹⁰⁷ ARENS Eduardo, *El humor de Jesús y la alegría de los discípulos*, 126-127.

¹⁰⁸ En los últimos años, la idea de misión ha sido puesta con mucha frecuencia en discusión. Se aducen como razones: el redescubrimiento del valor positivo salvífico de las religiones no cristianas, una superación del colonialismo teológico y eclesial que conserva residuos de eurocentrismo, una equivocada comprensión de la liberación en términos exclusivamente horizontales, la identificación de “misión” y “misioneros” con una práctica de ayuda asistencialista a los países más pobres... No se puede negar que ante la misión en muchas de nuestras comunidades hay un sentimiento de indiferencia, cansancio e inclusive de aburrimiento. Este “hastío hoy generalizado de la misión” ya lo había avistado Juan Pablo II cuando escribió la *Redemptoris Missio*: “en esta «nueva primavera del cristianismo no se puede dejar oculta una tendencia negativa, que este documento quiere contribuir a superar: *la misión específica ad gentes parece que se va parando* (*‘specificata relaxari videtur’*)” RM 2.

teología de la Misión¹⁰⁹, como ya lo indiqué en mi ponencia en el CAM 4 – COMLA 9, que permite pasar del eclesiocentrismo al cristocentrismo y al teocentrismo¹¹⁰.

Una nueva teología de la Misión, en una época cuando se intensifica el diálogo ecuménico e interreligioso y la apertura a todas las gentes, según el llamado de Pablo VI de la *Ecclesiam suam*,¹¹¹ renovado por todos los pontífices, pero de manera particular por el papa Francisco, debe tener en cuenta de una ampliación de la Misión. En el evento Cristo, en su encarnación, muerte y resurrección, se da una fuerte concentración: “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos” (*Hch* 4, 12). Sin duda la misión de Jesús lleva a reconocerlo como único y universal salvador como lo ha recordado la declaración *Dominus Iesus* de la Congregación para la Doctrina de la Fe¹¹². Sin embargo, hoy se impone una consideración desde la “*Missio Creationis*” y la “*Missio Spiritus*”.

La misión de la creación nos permitir una inclusión de toda la realidad creatural, por ser ella impronta del Creador, y nos lleva no sólo a una ecología integral, sino a una espiritualidad de la creación que nos hermana con todos los hombres de cualquier raza y condición. De aquí que la *Evangelii Gaudium* debe ser leída y actuada con la *Laudato si*. Hay una misión evangélica que nos urge, pero no nos podemos olvidar de la misión de la creación. Se trata de integrar el Libro de las Escrituras con el Libro de la Naturaleza, ambos nos hablan y nos llevan a Dios. El Papa Francisco recuerda que San Buenaventura enseñaba que “toda criatura lleva en sí una estructura propiamente trinitaria” (*LS* 239).

La misión del Espíritu nos habla en Pentecostés de una ampliación e inclusión universal, que resulta clave para comprender la misión de la Iglesia. El Espíritu actúa siempre de manera invisible y sorprendente, derrama sus carismas, se muestra inclusive fuera de los confines visibles de la Iglesia y de las iglesias. “Este tiempo está marcado por su presencia y actuación. Él es protagonista de la Misión. Misioneras y misioneros de Dios son aquellas personas que dejándose llevar por el Espíritu, colaboran y se vuelven cómplices de su Misión”¹¹³. Reconocer la misión del Espíritu nos llevará por los caminos de la mística, a adentrarnos en las vías de la interioridad, que son las del corazón, a

¹⁰⁹ Cf. GARCÍA PAREDES José Cristo Rey, *Cómplices el Espíritu. El nuevo paradigma de la misión*, 15-36.

¹¹⁰ Juan Pablo II ya en la *Redemptoris Missio* habló de una “vuelta o repatriación de las misiones a la misión de la Iglesia, y la confluencia de la misionología en la eclesiología y la inserción de ambas en el designio trinitario de salvación”. Cf. *RM* 32. BIOD CASTILLO Raúl, *La urgencia de la misión en los ámbitos de la nueva evangelización y la misión ad gentes*, Maracaibo 2013.

¹¹¹ Se trata de los tres círculos de diálogo indicados por Pablo VI: 1. Todo lo que es humano; 2. los que creen en dios; 3. los cristianos, hermanos separados. *Ecclesiam suam*, 36. 40-41.

¹¹² “El lenguaje expositivo de la Declaración responde a su finalidad, que no es la de tratar en modo orgánico la problemática relativa a la unicidad y universalidad salvífica del misterio de Jesucristo y de la Iglesia, ni el proponer soluciones a las cuestiones teológicas libremente disputadas, sino la de exponer nuevamente la doctrina de la fe católica al respecto. Al mismo tiempo la Declaración quiere indicar algunos problemas fundamentales que quedan abiertos para ulteriores profundizaciones”. *Dominus Iesus*, 3. Así hay que leer los tres primeros capítulos de la declaración: 1. Plenitud y definitividad de la revelación de Jesucristo; 2. el Logos encarnado y el Espíritu Santo en la obra de la salvación; 3. unicidad y universalidad del misterio salvífico de Jesucristo. Se concluye que “se puede y se debe decir que Jesucristo tiene, para el género humano y su historia, un significado y un valor singular y único, sólo de él propio, exclusivo, universal y absoluto. Jesús es, en efecto, el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos... Es precisamente esta singularidad única de Cristo la que le confiere un significado absoluto y universal, por lo cual, mientras está en la historia, es el centro y el fin de la misma: “Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin” (*Ap* 22,13). *Dominus Iesus*, 15.

¹¹³ GARCÍA PAREDES José Cristo Rey, *Cómplices el Espíritu. El nuevo paradigma de la misión*, 74.

reconocer al Dios de los místicos¹¹⁴. La mística nos permitirá ser “evangelizadores con Espíritu” (EG 262-280) y al mismo tiempo a sostener la fuerza misionera con la intercesión de la oración (EG 281-283)

No se trata de separar la misión de la creación y la del Espíritu de la misión del Logos encarnado, muerto y resucitado¹¹⁵. Pero recordando a Maritain: ¡distinguir no es separar!¹¹⁶. Encontramos el desafío de no reducir lo específico de nuestra fe trinitaria. La única “missio Dei” se desarrolla en una perspectiva integral que alcanza a toda la creación, a todas las gentes, y que se propone una salvación universal: “Cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a Aquel que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos” (1 Cor 15, 28).

En la *Laudato si*, el Papa nos recuerda que la Trinidad es modelo de la relación entre todas las criaturas: “El Padre es la fuente última de todo, fundamento amoroso y comunicativo de cuanto existe. El Hijo, que lo refleja, y a través del cual todo ha sido creado, se unió a esta tierra cuando se formó en el seno de María. El Espíritu, lazo infinito de amor, está íntimamente presente en el corazón del universo animando y suscitando nuevos caminos. El mundo fue creado por las tres Personas como un único principio divino, pero cada una de ellas realiza esta obra común según su propiedad personal. Por eso, «cuando contemplamos con admiración el universo en su grandeza y belleza, debemos alabar a toda la Trinidad»¹¹⁷ (LS 238).

CONCLUSIÓN: VIVIR EN LA ALEGRÍA DE LA MISIÓN

El Papa Francisco nos invita a superar “la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo” (EG 83), en cristianos de “cuaresma sin Pascua” (EG 6) y nos lleva al gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia, donde la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad; en vez de iluminar y comunicar vida, sólo se genera oscuridad y un cansancio interior que apolilla el dinamismo apostólico (cf. EG 83). Se trata de pasar de la dispersión a la Misión, del miedo al envío, del estar encerrados al salir. De la Misión del Resucitado encontramos la resurrección de la Misión. La palabra más importante para un cristiano es el mandato del resucitado: *Euntes!* Es

¹¹⁴ Cf. BERNARD Charles André, *Le Dieu des mystiques. Les voies de l'interiorité*, Le Cerf, Paris 1994. La manifestación divina en Cristo, más que una verdad revelada, se trata de una experiencia vivida, contemplada, de un descubrimiento místico, donde el deseo de Dios lleva a la purificación del corazón y a una transformación espiritual, a vivir en Dios.

¹¹⁵ “Hay también quien propone la hipótesis de una economía del Espíritu Santo con un carácter más universal que la del Verbo encarnado, crucificado y resucitado. También esta afirmación es contraria a la fe católica, que, en cambio, considera la encarnación salvífica del Verbo como un evento trinitario... Además, la acción salvífica de Jesucristo, con y por medio de su Espíritu, se extiende más allá de los confines visibles de la Iglesia y alcanza a toda la humanidad... En conclusión, la acción del Espíritu no está fuera o al lado de la acción de Cristo. Se trata de una sola economía salvífica de Dios Uno y Trino, realizada en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios, llevada a cabo con la cooperación del Espíritu Santo y extendida en su alcance salvífico a toda la humanidad y a todo el universo”. *Dominus Iesus*, 12.

¹¹⁶ “Ya sabemos que distinguir no es separar, son cosas muy diferentes; nada hay más distinto que Dios y la criatura, pero nada hay más dependiente que la criatura respecto a Dios”. MARITAIN Jacques, *Del saber moral*, Buenos Aires 1936. http://www.jacquesmaritain.com/pdf/06_FM/01_FM_SabMor.pdf

¹¹⁷ JUAN PABLO II, *Catequesis* (2 agosto 2000). Juan Pablo II quiso dedicar una encíclica al Espíritu Santo y su acción santificante en la vida de la Iglesia y del mundo: *Dominum et vivificantem*. “El Espíritu Santo, en su misterioso vínculo de comunión divina con el Redentor del hombre, continúa su obra; recibe de Cristo y lo transmite a todos, entrando incesantemente en la historia del mundo a través del corazón del hombre. En este viene a ser, como proclama la Secuencia de la solemnidad de Pentecostés, verdadero *padre de los pobres, dador de sus dones, luz de los corazones*” DV 61.

decir: Id, vayan, vayamos a las gentes, estemos entre las gentes! Pero no con cara de muertos, sino con cara de resucitados.

TERCERA PONENCIA

LA MISERICORDIA DE DIOS, FUENTE DE RECONCILIACIÓN

P. Eugenio Sáinz de Baranda OCD

Bolivia

INTRODUCCION

Tema, que corresponde a un Simposio de Misionología; donde la Misericordia es amor que no se disimula, y se proyecta esperanzadamente sobre el problemático universo humano, en el intento de provocar la urgente Reconciliación.

La imagen que ofrece nuestro mundo es de tensión y crispación, de mucha injusticia estructural, de una agresividad y violencia desatadas, que nos hace andar a todos a la defensiva. Y el conflicto es nuestro compañero de camino: está en la calle, en el trabajo y en nuestra casa.

Y está cerca el año 2016, señalado “*Año de la misericordia*”. Un año que sabe de milenios envueltos por los brazos largos de un Dios que, porque es Amor, sabe de Misericordia. Y ésta se ha ido alargando a través de la historia frágil y conflictiva de la humanidad.

Asomarnos a este Dios de misericordia, puede abrirnos nuevos caminos de diálogo, entendimiento, reconciliación y paz.

AQUELLA HISTORIA

1. UN GRAN PERÍODO (AT),

Con un gran protagonista, Dios, que se manifiesta creador del universo, y con manos de alfarero se dedicará a la formación del ser humano. Y, lógicamente, le salió una obra perfecta; nada menos que “a imagen y semejanza suya” (Gén 1,26).

Pero aparece casi de inmediato otro protagonista: el pecado. Algo se rompe en lo más íntimo de la criatura humana, que desbarata la comunión con Dios y distorsiona su relación con las demás criaturas. Situación de ruptura y soledad, pero de larga

trayectoria, ya que se prolongará, como si estuviéramos “*vendidos al poder del pecado*” (Rm 7,24). Y es que el pecado se irá multiplicando con increíble rapidez en la humanidad, que se rebela contra Dios, se inventa sus ídolos, reniega de los consejos divinos y llega al homicidio, embarcada en un proceso de degeneración espiritual y moral.

Sucede que el pecado afecta a la persona entera: no se reduce a la esfera de nuestro mundo interior, sino que se proyecta en la convivencia con los demás: lo vivieron nuestros padres (Gn 3,12-13). De tal modo que la ruptura de los primeros pobladores de nuestro planeta iniciaría la larga historia de egoísmos, envidias, agresividades, con fratricidio incluido (Gn 4,1-11); y se fue alargando como la misma historia humana: mucha sangre derramada, que clama al cielo (Mt 23,35), mucho abuso del poder aplastando a la masa débil, y demasiado odio y resentimiento sembrado en el corazón de la humanidad, que nos incapacita para la normal convivencia y para la paz. Lo de hermanos pareciera frecuentemente sólo un cuento de hadas.

Y ahí, la mirada, el corazón, y la mano misericordiosa de Dios. El A.T. nos ofrece la progresiva revelación de Dios, perfilándose su imagen amorosa bajo la marca de la misericordia; y todo el esplendor de la teofanía en el monte Sinaí queda enmarcado en el amor de un Dios misericordioso (Ex 19-20). Porque Dios, que es amor, es fiel a sí mismo, emergiendo la misericordia como la expresión de su perfección, ya que es “la mayor de todas las virtudes” (EG 37). La mayor, y la más íntima, la más suya... y nuestra, por la experiencia que tenemos de ella.

Una cierta antropología bíblica, sitúa la Misericordia visceralmente, en el seno materno (Is 49,5), en lo más hondo del propio ser, hablando el lenguaje del cuidado y la ternura que toda madre vuelca en su hijo, y que significativamente se aplica a Dios.

Así viene revelado en Moisés, y así aparece en los salmos (104, 8,13); y nos sonarán a maravilloso estribillo las palabras del Salmo 136, y que en la liturgia frecuentemente hacemos nuestro: “*Eterna es su misericordia*”.

Pero sobre todo será Isaías quien, en respuesta a la queja de abandono por parte del pueblo, nos deja un texto, que ya resulta emblemático: “*Pero, ¿puede una mujer olvidarse del niño que cría o dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues bien, aunque se encontrara alguna que lo olvidase, ¡Yo nunca me olvidaría de ti!*” (49,15). Y el profeta Oseas abre un horizonte nuevo en la vida de la humanidad: y es que, a diferencia del proceder humano, el de Dios es muy otro: “*Me da un vuelco el corazón...pues yo soy Dios y no un hombre*” (11,8s). Efectivamente, la diferencia es abismal.

Bien podemos decir que misericordia es la palabra que mejor revela al Dios del AT en su relación con la criatura humana, dada la condición de pecado y de desamparo, que ésta ofrece. Y la grandeza de Dios, su perfección, se hacen más espléndidas en su abajamiento hacia una humanidad siempre necesitada de compasión y misericordia. Y es que Dios ama, como sólo Él sabe hacerlo.

2. EL NT: CORTO, PERO INTENSÍSIMO TIEMPO

Y ahí, un Cristo Jesús, Dios y hombre: él viene a ser la encarnación de la misericordia de Dios, y por eso, su expresión plena.

El panorama que Jesús encuentra se ve atravesado de sufrimiento, de hambre y de injusticia a la orilla de todos los caminos, con enfermos y pobres, con lisiados y endemoniados...con toda una exposición permanente de la miseria humana...que Jesús

descubre y no evita; antes bien hace histórica la misión, para la que había venido a este mundo (Lc 4,16-21).

Y por su vida, en la cortedad de sus años públicos, va desfilando una humanidad aquejada de toda clase de males y siempre necesitada del corazón misericordioso y de la palabra sanadora de Jesús: nos podrían contar su historia los diez leprosos, estigmatizados y separados de la circulación humana (Lc 17,13), con su lección final; y también el ciego de Jericó, que grita su esperanza y ora como sólo un ciego puede hacerlo (Mc 10,47), y la cananea, que aguanta el duro diálogo de Jesús y le roba el milagro (Mt 15,22); el leproso desobedece a Jesús y grita su carne recién estrenada (Mc 1,41); las lágrimas de la viuda de Naín enternecen a Jesús y hacen que “despierte” a su hijo (Lc 7,13); y toda una lista larga de hombres y mujeres, que gustaron del amor misericordioso de Jesús de Nazaret: sanando, perdonando, liberando de toda clase de males, defendiendo a los pequeños, a los débiles, acogiendo y hasta elogiando a los extranjeros...atento siempre Jesús a la situación personal de cada uno, y al hambre y al desamparo de las multitudes (Mt 9,36; 14,14; 15,32).

En Jesús, Dios se sigue revelando patético, compasivo, liberador. Y es que Jesús, que *“tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestra enfermedades”* (Mt 8,17), en su debilidad humana revela el misterio amoroso de un Dios, que le dice a Moisés: *“he visto la aflicción de mi pueblo...he oído su clamor...he bajado para liberarle...”*(Ex 3,7-8). Ahora ya no es envuelto en la nube del Sinaí o en el monte Horeb, sino pisando esta tierra nuestra, en la llanura de la vida.

Por lo que sabemos, Jesús, que vino a liberarnos del pecado, a salvarnos, hizo de su preferencia y opción por los pobres y excluidos el signo más inmediato de su amor. Por eso, la misericordia cristiana tiene una visión integral de la salvación, proyectándose también en lo material y social de la humanidad; por lo que ocupa un espacio fundamental en el mensaje de salvación de Jesús: puede ser el sermón de la nueva felicidad anunciada, donde la misericordia adquiere categoría de Bienaventuranza (Mt 5,7); y son sus parábolas: la de la oveja perdida (Lc 15,1-7), a la que sigue la de la moneda extraviada (8-9): en ambas fue la angustia, la búsqueda afanosa y la gozosa celebración. Así es Dios.

Y está, sobre todo, la parábola por excelencia de la misericordia, la del Hijo pródigo...que mejor debiéramos titular como del Padre misericordioso (Lc 15,11-32): el gozo divino es el reencuentro de la persona arrepentida, su vuelta al Padre, abierto siempre a la conversión del hijo que desanda el camino que le ha alejado de la Casa paterna. Es un Dios-bondad, que todo lo “cubre”, todo lo perdona y olvida, y que no necesita disculpas. Parábola revolucionaria, que nos introduce en el corazón mismo del evangelio: donde la mayor felicidad consiste en dar y no tanto en recibir; que Dios es más feliz perdonando, que nosotros siendo perdonados; y que la generosidad de Dios está por encima de toda esperanza humana.

Por ahí anda el misterio del amor divino, que da un vuelco a todo lo que nos inventamos los humanos. Es el gozo de la vida nueva, de la libertad liberada, de la gratuidad que define al auténtico amor. Dios es feliz cargando sobre los hombros a la oveja perdida, y encendiendo la lámpara para barrer la casa y poder celebrar un día la moneda de nuestras vidas recobradas; es feliz abrazando y revistiendo de hijo al que había derrochado su herencia paterna. Y por nuestra parte, no seamos como el soso hermano mayor, cuyo puritanismo le seca el corazón.

Y no nos olvidemos de algo, por lo que nos toca: en el discurso de Jesús sobre el juicio, en el último día, contarán más las obras de misericordia (Mt 25, 31-45), que ciertos cumplimientos de la ley y del culto. Y dicen que es de inteligentes adelantar en vida este juicio final.

Para el Papa Francisco, la misericordia ocupa el centro del mensaje de Jesús, y es palabra clave de su pontificado: *la misericordia de Dios es infinita, Dios no se cansa de ser misericordioso, Dios no abandona a ninguna persona, no da por perdido a nadie* (EG 3).

Pero Misericordia que no es gesto permisivo, suavizante de situaciones dolorosas o pecaminosas, un dejar hacer, débil condescendencia, una vida cristiana light... Que es el reproche que algunos le hicieron al padre del hijo pródigo (es decir, a Dios), y que le hacen al Papa Francisco desde algunos sectores de la Iglesia... y que hace 2000 años también hicieron a Jesús los fariseos de antaño y que ahora aflora en los de nuestro tiempo.

EN UNO Y OTRO MOMENTO, ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO, HUBO “RECONCILIACIÓN”

La palabra nos remite de inmediato a algo roto, dividido, necesitado de re-unión, de re-construcción. Y nos viene la imagen papal de la necesidad que tenemos a todos los niveles de *“tender puentes, de romper muros”*.

Es lo que repetidamente hizo Dios: es su modo de ser, “lleno de ternura y de piedad (Ex 34,6), y que habla de paz a su pueblo (Sal 86,9). Y donde por el pecado surgió la ruptura, Dios inaugurará una nueva y eterna alianza (Jer 31,31ss) y ofrecerá el perdón a la esposa infiel (Os 18,31ss) y a sus hijos rebeldes (Ez 18,31ss). Es una reconciliación, que sabe de la ofensa, del pecado y del perdón (Jr 18,33).

Claro que la iniciativa siempre parte de Dios (Is 44,22) y es un regalo de su misericordia (Ex 34,6) y de su fidelidad a la Alianza (Nm 14,19). Y me quedo con la paloma y su rama de olivo, y con el altar de Noé tras el diluvio, y con las palabras de Yavé: *“Nunca más maldeciré la tierra por culpa del hombre, pues veo que desde su infancia está inclinado al mal”* (Gn 8,9). Y con la sensación de que sólo cuando se restaura la relación con Dios, pueden sanarse en profundidad las relaciones con las demás personas.

Sin embargo, la reconciliación perfecta la realizará Cristo Jesús, *“el mediador entre Dios y los hombres”* (1Tim 2,5). Una nueva creación; volviendo al esquema primero de la misma., donde todo era paz, serenidad, armonía, belleza...sinfonía en el concierto de la creación. Más aún: ya, no sólo amigos de Dios, sino hasta hijos, como miembros de la misma familia

Y Pablo nos cuenta esta inconcebible, pero real historia de amor (Rm 5,6-10): Era el pecado, era la ofensa, fue y es el evangelio de la reconciliación (Ef 6,15), que encontrará su raíz en que *“donde hay un cristiano hay humanidad nueva; lo viejo ha pasado; miren, existe algo nuevo. Y todo esto es obra de Dios, que nos reconcilió consigo a través de Cristo y nos encomendó el servicio de la reconciliación...poniendo en nuestras manos el mensaje de la reconciliación...Por Cristo se lo pido, ¡déjense reconciliar con Dios!”*(2Cor 5,17-20). Nos lo grita Pablo, el agresor de la primera hora de la Iglesia de

Jesús y, “*en tiempo oportuno*”, gran reconciliado. Definitivamente la reconciliación está asociada a Jesús, y sólo puede participar de ella aquel que desea reconciliarse. Nuca Dios actúa al margen del ser humano.

Reconocemos que el ser humano no es capaz ni digno de reconciliación. Esta es un regalo y nos lo hizo el mismo Dios en su Hijo: “*todo nos viene de Dios, que nos ha reconciliado consigo por Cristo*” (2Cor 5,18), que ha sido el puente tendido entre Dios y la humanidad, delineando el “camino de la reconciliación” para todos.

Un espléndido regalo, que es la base de todas las demás formas de reconciliación cristiana. Y lo que aparece en Romanos 5,1-11 (donde Pablo describe la paz, que ahora tenemos con Dios), se extiende y es acontecimiento de reconciliación entre los seres humanos, entre judíos y gentiles, en cumplimiento de la promesa: una sola vida en Cristo, que ha derribado el muro de la hostilidad y los ha hecho conciudadanos del Reino de Dios: un solo pueblo, un solo cuerpo: “los reconcilió con Dios por la cruz” (Ef 2,12-20), y todo se nos hace motivo para la esperanza.

Por eso, la Reconciliación pertenece al corazón del evangelio. Lo que obliga a la Iglesia a seguir ejerciendo incansablemente el ministerio de la Reconciliación (2Cor 5,17-20).

NUESTRA HISTORIA

Nosotros nos encontramos ante una gran historia donde Dios expresó de mil modos su gran misericordia, y una historia presente, también necesitada de compasión y reconciliación: toda una historia por hacer, en el contexto de una humanidad sometida a la vorágine de tanto y profundo cambio. Y por lo mismo, expuesta a una vida hecha añicos.

La “geografía humana” de la Misericordia y la Reconciliación

La imagen que ofrece nuestro mundo tensionado es prevalentemente la de la agresividad y esa desatada violencia, que puebla la vida de inseguridad. Demasiado discurso de confrontación. Es la cultura de la violencia y el conflicto inscrita en nuestra historia diaria. Y también del asesinato. Hay impotencia ante la situación; y en vez de afrontarla con el propósito de educar y prevenir tanta delincuencia, se da la sensación de que la solución es “hagamos cárceles más grandes y más seguras”. Y por eso mismo, el lugar más urgente de una Misericordia hecha Reconciliación.

1. ESPACIOS SACRAMENTALES DE LA RECONCILIACIÓN

Cuando la Misericordia es el sacramento de la Reconciliación. Porque lo es del perdón. Es por lo que el Papa Francisco, tras señalar que “*la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más*”, nos advierte que, siendo la justicia “*el primer paso, necesario e indispensable, la Iglesia no obstante necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y significativa*” (MV 10).

El perdón es nuestra parábola diaria, viva y eficaz, que “*nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia, ya que es prueba de cómo Dios ama*” (MV 17). Donde el amor grande va por delante y la lógica humana se pierde en sí misma. El misterio del perdón escapa a una humana comprensión y rompe todos los esquemas. Si

no, que lo diga Pedro, el apóstol (primero fue su incredulidad; después, su experiencia personal). Es una bondad, la de Dios, que el ofendido se regala a sí mismo, y que sólo se explica en el misterio insondable del amor divino. Y que Dios nos libre del remordimiento de Judas y nos conceda el arrepentimiento de Pedro. Y será, no el repliegue sobre sí mismo, sin esperanza y hasta desesperado, sino la humildad confiada y la gozosa liberación, asomados al don del Espíritu de salvación.

1.1. Hay un “sacramento” interior, que nos viene con nuestro sacerdocio en Cristo, y que todo bautizado debe ejercer incansablemente, “*hasta setenta veces siete*” (Mt 18,22), y que nos hace ser testigos privilegiados y diarios de la misericordia de Dios. La vida nos ofrece constantes oportunidades, que debemos aprovechar, haciendo nuestra la gran invitación de Jesús: “*si tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano...* (Mt 5, 24).

1.2. Está el sacramento de la penitencia, que Cristo instituyó como gran signo de reconciliación. Nuestro sacramento, por aquello de Pablo (“*Llevamos un tesoro en vasijas de barro*”:2Cor 4,7). El tesoro es El, Cristo; y la fragilidad, nuestra. Siendo el sacramento del perdón mediante la absolución de los pecados, es sacramento de la reconciliación, ya que se recupera el amor del Dios que reconcilia. Todo lo cual supone un proceso personal y eclesial de conversión, de arrepentimiento y reparación por parte del pecador; para que termine por ser una experiencia liberadora: la confesión se hace de cara a un Dios “*rico en misericordia, lento al enojo*”(Ef 2,4). Y de nuevo sucede aquello de las parábolas de la oveja perdida y del hijo prodigo, que es nuestra propia historia personal.

1.3. Y el sacramento de la eucaristía: que es memoria pascual, donde la muerte de Cristo tiene sentido redentor. Y es que responde a un Amor apasionado, que rompe el círculo del odio y la violencia, constituyéndose en un acto de reconciliación. Por eso, la dimensión de sacrificio es esencial en la eucaristía; como lo es toda acción salvífica de Jesús, donde resplandece la entrega total de su persona, hecha redención y reconciliación. Y es cuando nuestras eucaristías logran ser al mismo tiempo celebración, banquete, en el que comulgando a Jesús, El nos comulga y todos nos descubrimos unos en El, sin que nadie quede “excomulgado” de nuestra vida. Por lo que no podemos por menos que echar en falta esa dimensión de comunión en nuestras celebraciones eucarísticas, tan individualistas.

1.4. Y es también lo que nos decimos en **la oración del Padre Nuestro**, que Jesús nos ha enseñado. No es sólo el perdón de un momento; sino una actitud y capacidad de deseo de bien (amor), que van identificando un estilo de vida y que se expresa en el trasiego de lo diario. Nueva forma de ver la vida y los acontecimientos; una visión mucho más amplia, abarcativa, eclesial, mundial. Esto nos humaniza, nos alivia de todo rescoldo malo, y pone al descubierto que somos hijos de Dios y, por eso, hermanos.

Una advertencia: Cristo Jesús, con su Pascua, nos ha alcanzado la reconciliación; pero a través de la historia somos nosotros los que debemos ir actualizando esa gracia. Todos necesitamos ir liberándonos del peso de las ofensas, y así ser sembradores de paz, de bondad y de esperanza en medio de tanto egoísmo y desencuentro.

2. ESPACIOS HUMANOS DE LA RECONCILIACIÓN

2.1. Reconciliación personal

Empezamos por la persona, que es el auténtico sujeto de la historia, por activa o por pasiva, como ofensor o como ofendido, como victimario o como víctima.

Reconciliación personal. Nada fácil, dada la situación de la persona hoy, actuada por los estímulos, sin calado interior, vaciada interiormente, fragmentada, sin columna vertebral, sin principios... Pero punto central y también punto de arranque del misionerismo de la reconciliación. Sólo la persona reconciliada puede reconciliar.

Pero reconciliada consigo misma, tras afrontar su realidad desnuda y los vericuetos de su historia personal conflictuada. Que en principio va a significar la aceptación personal, hasta en sus zonas más oscuras, de su realidad más desnuda; aceptando la personal pobreza, nuestra condición de limitados, hasta ser capaz de vivir con nuestras luces y sombras, con nuestras sonrisas y lágrimas. Y será la asunción de una historia, donde han sido muchas las manos que han intervenido, y no siempre acertadamente.

De ahí, la urgencia primera de la personal reconciliación, mediante el perdón que nos concedemos a nosotros mismos desde el perdón de Dios, con liberación de traumas, complejos, y de la lógica del resentimiento y de la venganza. Es cuando la historia personal se descubre curada de ciertas heridas y hasta transfigurada. Es otra la persona, otro el modo de mirar la vida y las personas. Y hasta puede ser ya agente de reconciliación. Sobre todo, si llega a descubrir su vocación de Dios. Una elemental psicología proyectiva nos dice que todo lo que vivimos interiormente, de una u otra manera lo actuamos hacia fuera, en la vida de los demás.

Pero la Reconciliación no queda en el ámbito liberado de la propia conciencia, ni en el diálogo-encuentro con el otro/a, sino que debe proyectarse en todos los ambientes y sectores de la vida a los que nos debemos. Y demostrando que es posible un mundo mejor, una paz más auténtica y estable, una geopolítica humana sin fronteras.

2.2. Reconciliación familiar

Estamos celebrando el Año internacional de la Familia (2015): cada año, su intención, que suele responder a una urgencia o necesidad: *¿será que anda mal la Familia?*

Es cierto que podemos señalar aspectos, que son motivos de gozo y esperanza: el nuevo interés y la renovada opción por la familia en tantos grupos, las nuevas iniciativas de la Pastoral Familiar, la presencia y realidad de familias realmente ejemplares...y la celebración del Sínodo sobre la Familia, que se inaugura el 4 de octubre de este año.

Pero al parecer, la familia está en crisis: tanto institucional como existencial: nuevo "matrimonio", parejas de la más diversa índole... Vive el impacto desde los más diversos ángulos: pérdida del sentido religioso y trascendente (valores), debilitamiento de la autoridad y la contestación generalizada, el conflicto generacional y las nuevas relaciones (padres-hijos).

Cada vez más, la familia vive asaltada en su intimidad, en sus principios, costumbres y en su manera de entender la vida, educar y divertirse. Y es la lista

alarmante de rupturas matrimoniales, divorcios... "nuevas parejas"...y los hijos, pasando de mano en mano. Y ya es tópico decir que la familia vive un proceso de desintegración, erosionada por el egoísmo, la infidelidad, el amor libre, separaciones, groserías, irrespeto mutuo, el silencio, el machismo; o puede ser la rutina, la hostilidad y vidas paralelas, que apenas se encuentran.

Aquí la parábola de la familia; o la familia en parábola: padres que saben estar: respetan, conocen sus derechos y sobre todo sus obligaciones. Y también los extravíos en sus hijos. Y porque saben de amor, saben de dolor...y de esperanza. Son bastantes los hijos que se van de casa; otros, se quedan. Unos y otros a su manera. Y se desencadenan los acontecimientos: el padre, la madre, muy en su lugar: esperando y con los brazos siempre abiertos. Y cuando el hijo pródigo, con nostalgia de la familia y con motivaciones no del todo claras, vuelve a la casa, se celebra la fiesta de la reconciliación.

Una urgencia: la defensa de la familia: es decir, de lo que juzgamos más originante y decisivo de nuestra vida: la Familia, como espacio de humanización y santificación, de salvación, del Reino. Espacio privilegiado para la vida: clima, ambiente, tierra, aire, luz, agua, "el medio propio", con su campo magnético espiritual, y a base de experiencias, influjos, apoyos, testimonios...y frustraciones; lugar del encuentro, del amor, de la gratuidad y la gratitud, de la experiencia afectiva no disimulada, del sacramento hecho vida.

Y donde este sacramento pone carisma, gracia especial, que capacita para afrontar las dificultades, problemas y conflictos. Se impone con urgencia educar para la reflexión, la escucha, la valoración mutua, el respeto, la comunicación y el encuentro, el amor, el perdón, el olvido, la alegría sana, la felicidad compartida, la serenidad, la lucidez, la armonía. El trabajo, y el ocio familiar un tanto programado. Todo un vocabulario a recuperar en familia.

2.3. Reconciliación religiosa

Lo fue entre judíos y paganos, integrados al pueblo elegido: ha terminado la era del odio y la separación: todos los humanos formamos un solo cuerpo en Cristo (Ef 2,16), un solo templo (Ef 2,21). Y es que nadie tiene la exclusiva de Dios. O Dios, la exclusiva de todos.

Transcribo un hermoso texto del Papa Francisco: *"La misericordia posee un valor, que sobrepasa los confines de la Iglesia. Ella nos relaciona con el judaísmo y el Islam, que la considera uno de los atributos más calificativos de Dios. Las páginas del Antiguo Testamento están entretejidas de misericordia...El Islam, por su parte, entre los nombres que le atribuyen al Creador está el de Misericordioso y Clemente. Esta invocación aparece con frecuencia en los labios de los fieles musulmanes, que se sienten acompañados y sostenidos por la misericordia en su cotidiana debilidad. También ellos creen que nadie puede limitar la misericordia divina, porque sus puertas están siempre abiertas"* (MV 23).

Lo de siempre: cuestión de "lecturas": la del Corán y también la del Evangelio.

Y lamentamos cosas: fundamentalismos tan macabros como el EI, con política religiosa a golpe de metrallera; o nuestro mundo cristiano, con otro tono, pero con tanta bandera alistada y soflamas que matan todo lo que tiene de evangelio de Jesús. O puede ser también al interior de nuestra Iglesia, donde la intolerancia tiene sitio propio, con posturas, que a veces se nos parecen ridículas por la pobreza de espíritu, que

respiran. Como si nos gustara poner más énfasis en lo poco que nos distingue que en lo mucho que nos une. Es hora de superar ciertos sectarismos de grupos cerrados y exclusivistas.

Y que el Ecumenismo siga delineando caminos de diálogo sincero, nada proselitista, y con valoración mutua. Dios siempre es más que cualquier credo o religión. Y desde la teología de América Latina bien podemos decir que, a partir de su lectura profunda, esencial desde la Palabra, se puede entrar en un diálogo fructuoso con el Dios de la historia, lugar de su progresiva y extendida revelación.

2.4. Reconciliación socio-política

Todos conocemos la actual geopolítica preñada de conflictos y de guerras, de desencuentros y rupturas: Corea del Norte-Corea del Sur; Rusia y Europa, con la papa caliente de Crimea; Chile y Bolivia, separados por “el mar”; Venezuela y Guyana, Indonesia y la India, y es el terrorismo extendido y brutal por el Africa y la zona árabe, con Siria y sus millones de desplazados derramándose como agua represada que busca salida. No es necesario aludir al mundo balcánico, donde el genocidio campó a sus anchas. O eso del hemisferio norte y hemisferio sur, explotador y explotado, ricos y pobres, mientras nuestro planeta humano se parte por la cintura. Y siempre quedan pendientes los cientos de miles de “desaparecidos” (sin noticia ni explicación) que trágicamente son “muertos”.

Es decir, el gran escenario de la Reconciliación.

Que contempla la complejidad de variables históricas, externas e internas (psicológicas), donde lo que subyace determina normalmente comportamientos y reacciones: complejas motivaciones, que escapan a una inmediata explicación.

La Reconciliación supone en primer lugar la admisión de responsabilidades y correspondientes disculpas, con el propósito de dar con una alternativa pacificante de la situación en conflicto; sobre todo en sociedades donde ha prevalecido durante un tiempo la violencia extrema. Lo que significará entrar en un proceso de reconstrucción del tejido social y de las instituciones que han ido marcando la vida de una sociedad, que seguramente vive una fractura social.

Aquí, el diálogo declarado ha de desempeñar una función decisiva, con lo que el mismo implica: cuando no es tanto el arte de saber hablar, cuanto de saber escuchar, con el objetivo de una búsqueda conjunta de la verdad. Y donde la Reconciliación recíproca va abriéndose camino como requisito para una paz duradera. Por lo que todos los actores sociales han de participar activamente. Y donde las Comisiones “de Verdad y Reconciliación” desempeñan el rol específico de ir esclareciendo los hechos, y el de impulsar y facilitar procesos de reconciliación.

Así ha sido en Guatemala y otros países; y lo está siendo en Colombia, donde se mueve “Reconciliación-Colombia”: iniciativa con carácter intersectorial, que dinamiza alianzas y busca recuperar la confianza entre los colombianos, y donde la reconciliación es cosa de todos y a través de lo cotidiano de la vida.

Que la víctima se descubra con vocación de perdón y reconciliación como puro don de Dios, requerirá todo un proceso personal, y toda una elaboración psicológica y moral, espiritual, con superación de tantos sentimientos vindicativos humanamente legítimos. Juntar perdón y enemigos, víctima y victimario, es lo más difícil; puede ser la

cumbre de nuestro ideal moral; o es lo que nos pide Jesús en su evangelio. Ciertamente, esto último constituye un acto revolucionario: perdónalos, dice Jesús,...aunque sí sepan lo que han hecho. Posiblemente es un gesto sobrehumano; pero se dio y se está dando dentro de un evangelio de Jesús sin rebajas. Incluso, sin esperar a que el otro se arrepienta.

Y porque se dio el perdón, hubo reconciliación

Más allá de las palabras, están los hechos, auspiciados por el Apostolado de la Misericordia, que son milagros.

Ella es Pastora Mira. Le han matado a su padre. Posteriormente a su hija embarazada: 22 años. Y también a su hijo de 18. Sucedió que a los tres días del asesinato del hijo, al salir muy de mañana de misa se encuentra con un hombre herido que lloraba. Nadie le atiende, pero ella le tomó de la mano, le llevó a su casa para curarlo...y ante el cuadro del joven asesinado colocado en la pared, el hombre reacciona y cuenta la historia de las torturas a las que fue sometido antes de matarlo. *“Yo imploré la divina misericordia para que me permitiera escuchar, no con el corazón de madre, sino de hija de Dios...Y efectivamente, papá Dios me permitió servirle y tratarlo simplemente como a un ser humano y no como al asesino de mi hijo”* (Rev. ORAR, n. 250, pp. 16-17, Burgos, España).

Aceptando que no se puede borrar lo que provocó la ruptura. Hiroshima sigue enseñando los muñones de sus edificios en ruinas; el Holocausto, un mar de imprecaciones y lágrimas; y las madres nunca se cansarán de seguir llorando tanto hijo desaparecido.

Ahí, la reconciliación: es la conciencia y el propósito, no de olvidar (¡ah, la memoria histórica!), sino de recomenzar a escribir una nueva historia, donde no vuelvan a aparecer las páginas sangrantes, que lamentamos ahora, sino el anhelo de un Dios con su siempre historia de amor.

Por eso, esclarecedoras las palabras del Papa: *“No será inútil en este contexto recordar la relación existente entre justicia y misericordia, son...un solo momento que se desarrolla progresivamente hasta alcanzar su ápice en la plenitud del amor”* (MV 10).

Palabras, que suscribían las pronunciadas por el mártir de la Memoria histórica y la Reconciliación en Guatemala, Mons. Gerardi: *“la reconciliación nace de la verdad y la justicia; no se trata de ningún momento de olvidar...Reconciliar es, pues, romper con la impunidad y trazar el camino nuevamente en las mentes y corazones de todos”* (Rev. Testimonio, n. 181, p. 59, Santiago, Chile).

2.5. Los Pobres, tan excluidos, los preferidos en el Reino

Jesús vino a liberarnos del pecado; pero estuvo atento a la realidad que fue encontrando. No en vano, la misericordia cristiana tiene una visión integral de la salvación, proyectándose también en lo material y social de la humanidad: *“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren”* (GS 1) se constituyen en “sacramento” de la benevolencia de Dios, de Jesús

Y el signo más inmediato del amor de Jesús fue su preferencia y opción por los pobres y excluidos, siendo testigo de una brecha entre ricos y pobres, que sigue abierta, es profunda y evangélicamente escandalosa; y ahí está, en una sucesión clamorosa de los

nuevos rostros sufrientes de Cristo en nuestra sociedad, tal como hacen Puebla (nn. 31-39), Santo Domingo (nn. 32-39) y Aparecida (n. 65).

La miseria material y moral tocó el corazón de Jesús (*"Siento compasión de la gente"*: Mt 15,32) y debe sacudir el de nuestra humanidad. Fue la estampa de un Jesús vulnerable ante el sufrimiento y el desamparo, con mirada descubridora de los detalles (la moneda de la viuda), reaccionando con espontaneidad ante lo inmediato y sorpresivo. Y que porque ama, sufre, compadece: se parcializa con los malvistos y hace su opción por ellos; algo que le complica la vida, y que, entre otras cosas, le lleva al martirio.

Y junto a Él, los nuevos crucificados, las nuevas "venas abiertas" de nuestro continente, los nuevos mártires, la sangre aún fresca, el nuevo santoral...el profetismo de los comprometidos con el Reino: nuestro Beato Oscar Romero y tantos...

Por eso mismo, una Iglesia de los pobres: la proclamada solemnemente por el Concilio y tan ansiada por el Papa Francisco: toda una opción evangélica, y un estilo de vida que no la desmiente. La vida cambia, cuando la comenzamos a ver desde la óptica de los pobres y la pobreza.

Y a nosotros debe nacer el alma samaritana que Dios ha puesto en lo más profundo de cada uno, siendo capaces de colocar al malherido en el lugar que venimos ocupando, haciéndolo centro de nuestros intereses y preocupaciones. Casi nada.

2.6. Reconciliación ecológica

El apóstol Pablo avanzó mucho, cuando situó la Reconciliación en el contexto de la creación. Así, en los himnos iniciales de Efesios y Colosenses, aparece un Dios conciliador en Cristo de todas las cosas y todas las personas, las que están en el cielo y en la tierra (Ef 1,10). Toda una reconciliación cósmica, y que representa la plenitud del plan de Dios para la creación final de los tiempos.

Pero la realidad la tenemos pavorosa: glaciares que se derriten, lagos que se secan; recalentamiento planetario, efecto invernadero. Y estalla la crisis ecológica: pérdida de la biodiversidad, catástrofes, irregularidad meteorológica, enfermedades. Es el extendido fenómeno de la desintegración. Si nos descuidamos, el protocolo de Kioto no pasa de eso, de protocolo.

Cuando la ecología es eminentemente unitaria: nos habla de las interrelaciones que forman el hábitat del conjunto de seres y de cada uno con la naturaleza; es decir, de interdependencia, de interacción entre los organismos vivos y su medio. Es el holismo, con su visión de totalidad, desde lo más pequeño (partículas) hasta los espacios cósmicos, en toda su complejidad, con sentido de "dialogicidad" entre todo lo existente. Es decir, el universo con la impronta de Dios.

Hoy podemos hablar, no obstante las trabas por intereses egoístas, de que existe una nueva conciencia ecológica, como movimiento que lucha contra la degradación de la vida y como nuevo humanismo, que intenta redefinir el progreso con una sensibilidad ética (la persona en el centro) y dentro de una revolución de espíritus: se busca una armonía entre el ser humano y la naturaleza; se trata, no de estar sobre la naturaleza, sino de meternos en ella, sentir de nuevo la tierra. Y es que en cierto modo sigue siendo "sagrada" (Ex 3,5).

Ecología global, con nuevas técnicas que preserven o aminoren los efectos nocivos; ecología, que busca un desarrollo sostenido, con nuevo modelo de sociedad a

partir de y para la persona humana, recuperando el núcleo valorativo de la naturaleza. Hasta poder hablar de la mística cósmica, con experiencia global del Espíritu, que es todo ser que respira, que tiene vida, y sentido de comunión desde “la casa interior”. Todos formamos parte del mismo misterio.

El cristianismo ha liberado al ser humano del poder de la naturaleza (superstición, fetichismo), le ha colocado en su lugar (Gn 1,26-28; 2,15); pero frecuentemente se ha olvidado de que era responsable de la creación. Por lo que se impone la reconciliación de la humanidad ante la “casa devastada”, y donde el ser humano aprenda de la sabiduría de la naturaleza, como fuerza a favor de la vida y la evolución; y donde la Iglesia siga anunciando el evangelio de la alianza universal (Gn 9,8-13), con su promesa de fertilidad y armonía.

Pero no olvidemos que durante mucho tiempo se acusó a la tradición judeo-cristiana de atentado ideológico contra la naturaleza por su antropocentrismo (el “orgullo cristiano”); pero evidentemente nuestra fe es “verde”: valora, respeta y defiende la creación.

Gran testimonio de esto es la carta magna sobre la ecología, que es la encíclica **Laudato sí** de nuestro Papa Francisco, que nos ha situado con claridad meridiana frente a “*la grandeza, la urgencia y la hermosura del desafío que se nos presenta*” (n 15). Todo un espacio para la reflexión sincera, el cuestionamiento de nuestros comportamientos en la realidad de la vida y para compromisos concretos y diarios. Toda una conversión ecológica, que nos apunta el Papa (LS 220).

LAS NUEVAS PARÁBOLAS DE LA RECONCILIACIÓN

Cuando se da la reconciliación, algo sucede: un maravilloso sueño, el del nuevo rostro de la creación reconciliada.

A modo de ejemplo, fue el sueño del profeta a la luz del Príncipe de la paz: “*El lobo habitará con el cordero, el puma se acostará junto al cabrito, el ternero comerá al lado del león y un niño chiquito los cuidará. La vaca y el oso pastarán en compañía, y sus crías reposarán juntas; pues el león también comerá pasto, igual que el buey. El niño de pecho pisará el hoyo de la víbora y sobre la cueva de la culebra el pequeñuelo colocará su mano*” (Is 11, 6-8).

Y ya más nuestras, pudiera ser otro sueño, el de Martin Luther King (28.08.1963):

“Yo tengo un sueño: que un día en las coloradas colinas de Georgia los hijos de los esclavos y los hijos de los expropietarios de esclavos serán capaces de sentarse juntos en la mesa de la hermandad. Yo tengo un sueño: que mis cuatro hijos pequeños vivirán un día en una nación donde no serán juzgados por el color de su piel, sino por el contenido de su carácter...”

La bala que le mató no pudo despertarle del sueño.

O esta oración de un catequista de Rabinal, en Guatemala, a quien le han matado sus hijas entre un grupo de niñas y mujeres asesinadas:

“Padre Dios, nosotros sabemos quiénes lo hicieron, vinieron de la aldea X...conocemos sus nombres, ellos hicieron la gran maldad...Y también te pedimos, Padre, por los asesinos, los que hicieron la gran maldad...Ojalá que se arrepientan, que ellos lloren. Nosotros no queremos devolverles lo que hicieron a estos niños. Queremos que un día también ellos los tengas en el cielo” (Rev Testimonio, n. 181, p 59, Santiago, Chile).

Y está el testimonio, que nos cuenta el cardenal Christoph Schoborn, de dos mujeres colombianas, Fedra y María. Fedra, enferma de cáncer, antigua guerrillera de las FARC, y María, sobreviviente de un ataque terrorista, gravemente quemada: su esposo y tres hijos murieron en un atentado de las FARC. Pero ha sido el encuentro: y *“Fedra, la exguerrillera enferma, se apoya sobre el hombro de María, la mártir. Ambas cargaron su cruz y triunfó el amor”* (Rev. ORAR, n 250, p 19).

Y cuando triunfa el amor, nace la misericordia, aparece el perdón y florece hasta la “imposible” reconciliación.

CUARTA PONENCIA

LA COMUNIÓN COMO “KOINONÍA” EN LA MISIÓN

Mons. Victorino Girardi
Obispo de Tilarán – Costa Rica

INTRODUCCIÓN

1. Hace ya unos años, en el momento quizá del máximo desarrollo de la Teología de la Liberación, se había impuesto una pregunta: ¿por qué las autoridades judías y romanas se unieron en condenar a Jesús a muerte? ¿Cuál fue la causa principal de la crucifixión de Jesús? Las respuestas, inevitablemente, eran distintas, acentuando una u otra actitud conflictiva de Jesús.

Al respecto, trajo particular atención la voluminosa tesis del jesuita mexicano, Carlos Bravo, Jesús, Hombre en conflicto. No cabe duda, la causa fundamental del conflicto generalizado, ha sido la pretensión (llamémosla así) de Jesús de introducir la comunión en donde, a todas luces, parecía impensable e imposible. Él acortaba toda distancia, derrumbando muros de separación y entonces tocaba al leproso (cfr. Mc 1,41), se dejaba tocar y besar los pies por la mujer pecadora (cfr. Lc 7), tenía un numeroso séquito femenino (cfr. Lc 7,37), comía con pecadores (cfr. Lc 5,30), lavó los pies de los suyos (cfr. Lc 13,5), se dejó besar por el traidor (cfr. Lc 22,47). Y todo como expresión concreta de ese máximo acercamiento y comunión que es el insondable misterio de la Encarnación. Por Él lo dos polos más opuestos, el del Infinito y Eterno, y el del finito y temporal, se unen y se estrechan en absoluta comunión, en la unidad de la Persona que es el Hijo de María: Jesús. De ese modo, el Eterno nace en el tiempo y lo impasible se hace pasible; lo inmortal, mortal.

Para “comprender” nuestra vocación a la comunión, hay que tener la mirada fija en Jesús, Verbo eterno del Padre e Hijo de María. Lo han expresado con mirada de asombro, los Padres Conciliares del Vaticano II, escribiendo: “El que es “imagen de Dios invisible” (Col 1,15) es también el hombre perfecto que ha devuelto a la descendencia de Adán, la semejanza divina, deformada por el pecado (...). El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros” (G.S. 22). ¡Uno de nosotros es Dios!

La voluntad de plena comunión entre Dios y su creatura, hecha a su “imagen y semejanza” (Gen 1,26), llega a su máxima expresión en el “Misterio de Comunión” por

excelencia, que es la Eucaristía: “Tomen y coman, esto es mi cuerpo... Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida” (cfr. Jn 6,55).

Los Padres de la Iglesia, especialmente los orientales, introdujeron un término “atrevido”, para apuntar al asombroso misterio de tan profunda comunión entre Dios y el hombre que se podría hablar de identificación, y entonces hablaban de “theopoyesis”, es decir, de “divinización”. Entre los teólogos occidentales, quien lo afirma con términos de la escolástica, es San Juan de la Cruz, cuando se atreve a decir, que si Jesús es “Dios en acto”, nosotros somos “Dios en potencia”. No sé si conocía la exclamación de San Hipólito Romano: “de qué te quejas? ¿Crees que Dios sea tan mezquino, cuando te ha hecho dios?” No cabe duda: podemos afirmarlo, ¡somos dios para Dios! Y como ya lo indiqué, la profunda comunión que Dios quiere para todos nosotros en Cristo, equivale a identificación, a tal punto que podemos y debemos afirmar que quien “toca al ser humano, toca a Dios”, y sobre la capacidad y la vivencia de esta identificación, seremos juzgados, como Cristo mismo lo declaró: “Tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber...Les aseguro que lo que hayan hecho a uno solo de estos mis hermanos menores, me lo hicieron a mí” (Mt 25,34.40).

2. En plena sintonía con la realidad y la doctrina de su Fundador, la Iglesia se fue auto descubriendo y auto determinando como Misterio de Comunión. Al lado del término Ecclesia, que indica el movimiento de la periferia al centro, lo que expresaríamos con nuestra palabra, Asamblea encontramos otro como Eúrene, paz, en cuanto que en la Iglesia, sus miembros experimentan la paz que es fruto del perdón y de la misericordia de Dios y de los hermanos. También se denominaba a la naciente comunidad cristiana con la palabra Sinfonía, o consonancia, evidenciando que la alabanza y el canto a Dios eran expresión de una convergencia de corazones y de vida. San Ignacio de Antioquía (+ 110) prefiere el término Ágape, indicando con ella tres realidades: la Eucaristía como “fuente y cumbre” de la vivencia eclesial fraterna; el amor que debe darse entre todos los que participan en la “fracción del Pan”, y la misma Iglesia y es por eso que nombra al Obispo de Roma, con la conocida expresión: “Aquel que en Roma preside el Ágape”. Otra palabra para indicar a la comunidad que se reúne particularmente el “primer día de la semana”, era Koinonía...

La vocación cristiana era entendida fundamentalmente como llamada a la Comunión y por eso la necesaria “reconciliación”. De las varias descripciones lucanas al respecto, recordemos al menos una: “Se reunían con frecuencia para escuchar la enseñanza de los Apóstoles, y para participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hech 2,42). Se trata de cuatro expresiones y a la vez de cuatro causas interrelacionadas de comunión, en que todas aseguran a todas: doctrina apostólica, solidaridad, Eucaristía y oración.

También para Pablo, la llamada cristiana es llamada a la comunión. Baste este texto de la Carta a los Efesios: “Yo, el prisionero por el Señor, les exhorto a vivir de acuerdo con la vocación que han recibido. Sean humildes y amables, tengan paciencia y sopórtense unos a otros con amor, esfuércense para mantener la unidad del espíritu con el vínculo de la paz. Uno es el cuerpo, uno el Espíritu, como una es la esperanza a que han sido llamados, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios, Padre de todos, que está sobre todos, entre todos en todo” (Ef 41-6).

Se trata de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo, hecha exhortación, en que se contraponen y a la vez se integran, multiplicidad y unidad, como a su vez lo simboliza el Pan eucarístico que es Cristo, uno pero que resulta de muchos granos reunidos y amasados. Es por eso que la Iglesia es ante todo y primeramente, la Asamblea

eucarística local. Allá donde hay un obispo con sus sacerdotes y diáconos, que alimentan una comunidad de fe, que oran en común, que reciben el Cuerpo de Cristo, ahí se realiza la Iglesia universal, una y católica. En efecto, la Eucaristía es la extensión social de la Encarnación, y por lo tanto no es sólo manifestativa de la Iglesia, sino constitutiva de ella.

Al respecto es iluminador y consolador, el siguiente texto de San Hilario (315-367), que encontramos en su comentario al capítulo sexto de San Juan: “Véase como todos somos uno: el Padre está en Cristo, y Cristo en nosotros. Ahora bien, si alguno niega que Cristo está realmente en el Padre, que niegue primero que él está en Cristo o Cristo en él. Porque lo que en verdad nos hace uno en Cristo y en el Padre es que el Padre está en Cristo y Cristo en nosotros (...). Cristo vive del Padre, y de esa manera nosotros vivimos en Él” (De Trinit 8,13).

Con estas últimas afirmaciones de San Hilario, llegamos a lo que podemos llamar, el Fondo de toda realidad, a saber, el Misterio de la Comunión, por antonomasia, el Misterio Trinitario. Es de Él que nace la Iglesia y ésta como Comunión y Misión. Veámoslo brevemente.

DE LAS MISIONES A LAS PROCESIONES TRINITARIAS

3. Es sabido que sólo a partir del siglo XVI, con Ignacio de Loyola y Diego Laínez se empieza a utilizar el término misión y misiones en el sentido moderno de actividad de la Iglesia entre los no- cristianos. Se prefería otros términos como Apostolatus, Propagatio Salutis, Propagatio Christianae Fidei, Praedicatio Evangelii... En la patrística y en la escolástica, la palabra Missio y Misiones era usado con su significado bíblico fundamental: indicaba el envío (missio) del Hijo de parte del Padre y el don del Espíritu Santo de parte del Padre y del Hijo.

Es gracias a estas “Misiones” que podemos conocer la intimidad divina como “circulatio amoris”, circulación del amor, o proceso de dar y recibir. Karl Rahner diría: es por el actuar de Dios “ad extra”, Trinidad económica, que podemos acceder al misterio de la Trinidad Inmanente u ontológica.

Con otras palabras, por cómo Dios se ha “dicho” o manifestado en la historia, conocemos su Ser, lo que es lo mismo decir: las Misiones Trinitarias nos revelan las Procesiones Trinitarias. Estas apuntan a los orígenes intradivinos y expresan las actividades vitales inmanentes que ponen - para expresarlo de algún modo - ritmo al dinamismo de la vida en Dios, o sea dentro (ad intra) del ámbito de la divinidad, una y única. Las Misiones Trinitarias, por el contrario, manifiestan la actividad creadora y salvífica de Dios- Trino en el mundo, en la historia, en y por la Iglesia (ad extra).

Cuando Nicodemo, de noche, fue a ver Jesús, escuchó que Dios tanto amó al mundo que envió (entregó) a su propio Hijo, para que quien crea en Él no muera, sino tenga vida eterna (cfr. Jn 3,16). El envío en el tiempo, (Missio) revela que en Dios eternamente, hay una relación de Padre e Hijo, porque procede eternamente del Padre, por filiación. Es esta procesión eterna que constituye a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Esto corresponde a lo que María Santísima, escuchó del Ángel: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso, el santo que nazca de ti, será llamado Hijo de Dios” (Lc 1,35). El anuncio de la Encarnación es anuncio del Misterio Trinitario.

Hay pues dos “Procesiones” “ad intra” que fundamentan las dos Misiones “ad extra”. El Hijo y el Espíritu Santo proceden de la misma fuente (“amor Fontal” la llama el Decreto Ad Gentes), el Padre, principio sin principio, pero de distinto modo; el Hijo procede por generación y en Él el Padre se manifiesta (se dice) dándose en todo lo que Él es, divinidad; el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, por “espiración”, y en Él y por Él, el Padre y el Hijo se auto donan. Entre Amante (Padre) y Amado (Hijo) necesariamente hay Amor (Espíritu Santo); eso diría San Agustín.

Hasta aquí, algo hemos “balbuceado” acerca del misterio de Dios, yendo del tiempo (Misiones) a la eternidad (Procesiones). Es hora que recorramos el camino a la inversa, de la eternidad de las Procesiones, al tiempo de las Misiones.

LAS PROCESIONES TRINITARIAS, COMO FUNDAMENTO DE TODO DINAMISMO MISIONERO.

4. El título de este apartado expresa lo que afirma el Decreto Ad Gentes en su nº 2: “La Iglesia peregrinante es, por naturaleza, misionera puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre. Este propósito dimana del “amor fontal” o caridad de Dios Padre, Principio sin principio, del que es engendrado el Hijo y procede el Espíritu Santo por el Hijo”.

De esta manera la misión de la Iglesia vuelve a su origen, es “empatriada” en el Misterio trinitario. De su parte, San Juan Pablo II, con su encíclica misionera, *Redemptoris Missio* (1990) evidencia ampliamente lo que implica “enraizar” la misión de la Iglesia en Dios trino y la presencia actuante del mismo, en su Iglesia. De aquí que la Iglesia como tal, en su ser y en su obrar, su misión esté totalmente subordinada a las misiones de Cristo y del Espíritu Santo. “No somos nosotros los protagonistas de la misión, sino Jesucristo y su Espíritu” (RMi 36). Sin las misiones trinitarias y sin lo que ellas implican, a saber, la presencia activa de Cristo y del Espíritu Santo en su Iglesia, no existiría la misión de ésta, y ni existiría la Iglesia ya que su misión es el dinamismo de su ser más profundo. De aquí que nosotros todos en la Iglesia somos sólo colaboradores en el “opus Dei”, en la obra salvífica de Dios, y por nosotros mismos “siervo inútiles” ya que el ser útil, nos deriva de su presencia actuante. “La misión de la Iglesia, al igual que la Jesús, es obra de Dios, o como dice a menudo San Lucas, obra del Espíritu” (RMi 24). La misión, en cuanto que obra sobrenatural supera nuestras capacidades humanas y es obra de la Trinidad. Sin embargo, Cristo por el Espíritu, actúa desde dentro y por la Iglesia; con su presencia en ella, junto con el Padre, Cristo y el Espíritu Santo constituyen el misterio del Ser y del dinamismo de la Iglesia, y por tal inmanencia divina en ella, les pertenece a las tres divinas personas el actuar salvífico de la misma.

Cabe aquí otra pregunta. ¿Cómo relacionar con mayor precisión las Misiones Trinitarias con las Misiones de la Iglesia? Con otros términos: ¿qué papel tiene la actividad evangelizadora de la Iglesia en relación con las misiones de las Personas divinas en el tiempo?

Un texto del doctor de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino, nos da luz para una adecuada respuesta. Escribe: “La misión visible no es esencialmente distinta de la misión invisible del Espíritu Santo, sino que sólo le añade a esta la manifestación mediante un signo visible. Por tanto, tres cosas concurren para constituir la misión visible del Espíritu Santo, a saber, que el enviado provenga de otro (del enviante), que el enviado esté en otro según un modo especial de presencia (en aquel el que es enviado) y que estas dos cosas sean manifestadas mediante algún signo visible, por razón de la cual toda la misión

es llamada visible” (In Sent. d 16, g 1 a 1c). Estas afirmaciones, valen, análogamente también para el envío o misión del Verbo, Hijo de Dios.

Estas afirmaciones nos permiten ver en las Misiones Trinitarias en el tiempo, como una prolongación en la historia, de las Procesiones trinitarias. No hay propiamente distinción entre ellas, si no fuera por el término en el tiempo, directamente visible para el Verbo, gracias a la Encarnación; indirectamente constatable, por sus frutos, en el caso del Espíritu Santo (Pentecostés, don de lenguas multiplicidad de carisma, etc.) En el mismo Nuevo Testamento encontramos textos que sugieren estas últimas afirmaciones, por ejemplo en Jn 8,42, leemos: “Yo vine de parte de Dios y aquí estoy. No vine por mi cuenta, sino que Él me envió. Y así en Jn 15,26: “Cuando venga el Defensor que yo les enviaré de parte del Padre, Él dará testimonio de mí”. Sugiere aún más el texto siguiente: “No será necesario que yo pida al Padre por ustedes, ya que el Padre mismo los ama, porque ustedes me han amado y han creído que yo vine de parte de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre” (Jn 16,26-27).

Lo volvemos a decir: las Misiones Trinitarias son pues una prolongación en el tiempo y en el espacio (nuestro mundo) de las Procesiones Trinitarias, distinguiéndose de ellas sin embargo, por dos razones: las Misiones poseen un término visible (Encarnación, Pentecostés y sus dones) y son gratuitas, libres, mientras que las Procesiones son necesarias, es decir, constitutivas de la intimidad trinitaria. Admitidas estas diferencias, conviene para comprender mejor la naturaleza de la misión de la Iglesia, subrayar su substancial identidad. En efecto, como el Hijo procede por generación del Padre, así por el Padre es enviado en la plenitud de los tiempos. Y el Espíritu Santo, es enviado por el Padre y el Hijo porque procede de ambos por espiración de amor.

De aquí concluyen los teólogos, siguiendo a Santo Tomás, que en la esencia de las Misiones Trinitarias entran las Procesiones o Procedencias Trinitarias o intradivinas.

El Cardenal Journet en su conocida obra, *La Iglesia del Verbo Encarnado*, refiriéndose a las Misiones Trinitarias, acude a la siguiente, atrevida, imagen. Casi que el Padre no lograra detener en sí toda la inmensa plenitud de la divinidad comunicada al Hijo, se desborda en el tiempo y “libérrimo consilio suo” (dirá el Vaticano I), y crea el universo... y como si el Hijo no pudiera guardar para sí la plenitud divina recibida del Padre, se desborda en el mundo, en la humanidad, y en la plenitud de los tiempos (cfr. Gal 4,4) toma carne, comunicándole su divinidad, en María. Análogamente, casi el Espíritu Santo no pudiera detener su comunicación de Amor infinito que eternamente recibe del Padre por el Hijo, se comunica a los corazones humanos haciendo de ellos su morada o templo, siempre, pero de un modo constatable, histórico, en el día de Pentecostés.

Brevemente: Las Misiones son la Trinidad en acción, y con una acción creadora, redentora y santificadora.

La Procedencia eterna del Hijo (Procesión) se hace visible, histórica, a través de las acciones históricas de Jesús, perfecto Dios y perfecto hombre. “Hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único - dice San Juan - y lo hemos visto lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14). Toda la historia humana de Jesús, sus acciones, sus palabras, sus manifestaciones gloriosas, y particularmente su pasión, muerte y resurrección, son la manifestación visible de su vida (procedencia) intradivina y de su presencia “invisible” en el mundo: “en el mundo estaba y el mundo existió por ella (la Palabra)” (Jn 1,10).

La misión visible del Espíritu se realiza en la Iglesia desde Pentecostés: es la realización de la gran Promesa del Padre por los méritos de Cristo (cfr. Jn 7,39 y 16,7). El Espíritu Santo que es el Espíritu de Dios Padre y el Espíritu de Cristo (cfr. Rom 8,9), pues de ellos procede, se hace presente permanentemente en los Apóstoles, irrumpe sobre ellos para que con su fuerza realicen su misión de testigos de Cristo en todo el mundo. Aquí también constatamos cómo la misión o envío del Espíritu Santo, está constituida por la procedencia eterna del Espíritu del Padre por el Hijo y por su presencia permanente en los discípulos, quienes fueron bautizados en el Espíritu (Hech 1,5). Pero esta misión invisible en el interior de los Apóstoles se hace visible mediante los signos que la acompañaron: el ruido como de viento impetuoso que llena la casa donde estaban, las lenguas de fuego que se posaron sobre ellos y el fenómeno de hablar en otras lenguas, o mejor, el ser escuchados en la propia lengua... son los signos visibles que hacen que la misión invisible del Espíritu se manifieste.

De este modo hemos podido constatar la “repatriación” que realiza el Vaticano II, de las “misiones” o la Misión de la Iglesia, y de ésta a su fuente, el Misterio Trinitario (cfr. RMI 32). Lo volvemos a decir: la Misión en todas sus manifestaciones, es la Santísima Trinidad en acción para que el ser humano alcance el fin por el que ha sido creado, lograr por puro don, la intimidad divina (GS 19).

Es por eso que la Misión y en ella todas las Misiones de la Iglesia, expresan su ponerse a disposición de Dios- Trinidad, para alcanzar el propósito salvífico de Dios, primer Misionero (Missio Dei) y protagonista por Cristo y en el Espíritu, de toda actividad misionera y evangelizadora.

En sintonía con estas afirmaciones, nos parecen muy atinadas y convincentes las palabras de J. Moltman: “La Iglesia no tiene una Misión, sino que la Misión (la de Dios Trinidad) tiene a la Iglesia”.

LA MISIÓN DE LA IGLESIA

5. Teniendo presente la afirmación del Decreto AG 2, y de todo cuanto hemos dicho hasta ahora, podemos y debemos decir que la “Misión de la Iglesia” consiste en responsabilizarse del encargo hecho por Cristo resucitado con todo su poder y autoridad a los Apóstoles, y en ellos a toda su Iglesia, de colaborar con el Espíritu en la obra de la salvación de los hombres (cfr. Mt 28,18-20). El mandato de Cristo, “vayan y enseñen”, propiamente no funda la misión de la Iglesia, sino que la expresa: ella es misionera porque en ella se da la presencia actuante de Dios- Trinidad que “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tim 2,4).

Quien envía es Cristo: “Como el Padre me envió así yo los envío a ustedes” (Jn 20,21). Con estas palabras Cristo afirma que Él es el origen de quien procede la misión de la Iglesia, y que la misión de la Iglesia es prolongación en el tiempo de la misión de Cristo que se origina en el Padre. La misión de la Iglesia está así en conexión íntima con el origen intratrinitario del Hijo, pero el término de la misión es el mundo pecador, los hombres a quienes se les ofrece la salvación.

Cristo que teniendo ya - por la Resurrección - todo poder en el cielo y en la tierra, envía a los suyos al mundo, pero les comunica para ello, el Poder de lo Alto, al Espíritu Santo... “Dicho esto (las palabras del envío) sopló sobre ellos y añadió: “Reciban al Espíritu Santo. A quienes les perdonen sus pecados les quedarán perdonados; a quienes se los retengan les quedarán retenidos” (Jn 20,22). El Espíritu Santo que procede

eternamente del Padre por el Hijo, está y permanece ahora en la Iglesia de Cristo y la hace colaboradora suya, la hace “misionera”.

5.1. Ahora bien, si la misión de la Iglesia es la manifestación y ejecución de la acción salvífica de Dios- Trinidad presente en ella, es lógico que posea también el estilo o talante trinitario. Y como en Dios- Trinidad, todo es dar y recibir, amor recíproco y sin límites, así la misión de la Iglesia está llamada a ser expresión del amor desbordante que Dios le comunica constantemente. Lo intuyó San Agustín cuando escribió que el amor es el principio, el medio y el fin de la actividad de la Iglesia. Su misión se origina en el amor, se sostiene por amor y comunica amor, creando así comunión. Procede de ella y se propone construirla. Leemos hacia el final del n° 7 del Decreto Ad Gentes: “Los miembros de la Iglesia son impulsados a continuar dicha actividad (en orden a su crecimiento) por la caridad con que aman a Dios y con la que anhelan participar, con todos los hombres, de los bienes espirituales, tanto de esta vida como de la venidera. Gracias a esta actividad misionera, Dios es glorificado plenamente, desde el momento en que los hombres reciben plena y conscientemente la obra salvadora de Dios, que completó en Cristo (...) su fin consiste en que todo el género humano forme un único pueblo de Dios, se una en un único cuerpo de Cristo y se coedifique en un único templo del Espíritu Santo, lo cual, por reflejar la concordia fraterna, responda al íntimo deseo de toda la humanidad. Así, finalmente, se cumple en realidad el designio del Creador, quien creó al hombre a su imagen y semejanza, pues todos los que participan de la naturaleza humana, regenerados en Cristo por el Espíritu Santo, contemplando unánimemente la gloria de Dios, podrán decir: “Padre Nuestro”.

Estas afirmaciones se prolongan y se enfatizan en la conclusión del n° 8: “En realidad, el Evangelio ha sido en la historia humana, incluso la temporal, fermento de libertad y de progreso, y continúa ofreciéndose sin cesar como fermento de fraternidad, de unidad y de paz. No sin causa, Cristo en honrado por los fieles como “Esperanza de las Naciones y Salvador de todas ellas”.

5.2. Hay otra afirmación teológica concerniente a la Santísima Trinidad que conviene tener presente, para comprender el carácter comunal de la actividad misionera de la Iglesia. Nos referimos a la “circuminsessio” o compenetración, por la cual sabemos que el Hijo está totalmente en el Padre, como el Padre totalmente en el Hijo; el Espíritu Santo totalmente en el Padre y en el Hijo y viceversa... Es un “sueño”, pero cuánto más eficaz sería la actividad misionera, si se diera esta profunda pertenencia recíproca entre todos los responsables y agentes de la misión universal de la Iglesia. Que el Sacerdote enviado “ad gentes”, por ejemplo, se sintiera portador de la preocupación y anhelo misionero del Obispo que le ha enviado, y que su Obispo se sintiera “presente” allá en donde trabaja su Sacerdote. Y hay muchos modos para manifestar y alentar tal presencia. Son muchos los ejemplos que podríamos dar. En cualquier caso debe mantenerse la verdad de que es la comunión que se desborda en misión y que esta sólo es misión si crea comunión. ¡Del Cenáculo se sale al mundo, y al Cenáculo se vuelve, obviamente no en Jerusalén, sino en Antioquía y en donde se celebre la Eucaristía.

5.3. No quisiera concluir, sin indicar otra dimensión (y habría más) de ese “Como el Padre me ha enviado, yo los envío a ustedes” (Jn 20,22). Él nos envía “como ovejas entre lobos” (Lc 10,3). La “comunión” de la que el misionero procede y que quiere difundir, no es barata. Como lo expresa el Prefacio de la 2º plegaria eucarística, Jesucristo para adquirir para el Padre “un pueblo santo” extendió sus brazos en la Cruz. El misionero está llamado a asumir esta posibilidad y lo confirman los más de 70 millones de mártires que han bañado con su sangre el camino de la Iglesia. “Vino a los suyos y los suyos no lo

recibieron” (Jn 1,11): he aquí la paradoja más dolorosa e incomprensible: los que Él más ama, son los que más lo hacen sufrir, los suyos.

La Iglesia no “está a gusto” en el mundo y el “mundo” no lo está con la Iglesia. El choque es frontal; pareciera que el “mysterium iniquitatis” lo invadiera todo, pero la “cizaña” no logra ahogar el buen trigo que sigue fructificando ahora con el 30, 60 y 100 por uno... Cristo que no envía, es Cristo que nos acompaña, que siempre está con nosotros, y que nos repite: “Ánimo, soy yo, no tengan miedo” (Mt 14,27); “En el mundo tendrán que sufrir, pero tengan valor: yo he vencido al mundo” (Jn 16,33). Por otra parte, es este mundo, mezcla de anhelo y voluntad de solidaridad y de comunión, pero también de fuerzas destructoras del egoísmo, al que el Padre “ en la etapa final de la historia ha enviado a su Hijo, como huésped y peregrino en medio de nosotros, para redimirnos del pecado y de la muerte; y ha derramado el Espíritu para hacer de todas las naciones un solo pueblo nuevo, que tiene como meta su Reino, como estado la libertad de sus hijos, como ley, el precepto del amor” (Pref VII).

QUINTA PONENCIA

50 AÑOS DEL DECRETO AD GENTES DECRETO SOBRE LA ACTIVIDAD MISIONERA DE LA IGLESIA (7/9) DEL CONCILIO VATICANO II

Mons. Mario Antonio Cargnello

Arzobispo de Salta - Argentina

Presidente del Departamento de Misión y Espiritualidad - CELAM

INTRODUCCIÓN

El decreto Ad Gentes aparece como el fruto del desarrollo, en el Concilio Vaticano II, de la conciencia eclesiológica y de la teología del episcopado.

Después del 5º texto el Beato Papa Pablo VI se presentó en el aula conciliar para animar a los padres a avanzar en la redacción de un decreto sobre la Iglesia misionera.

Promulgado por el Papa Beato Pablo VI en 7 de diciembre de 1965, la octava redacción fue sometida a la discusión y votada con 2162 votos favorables, 18 negativos y dos nulos. La votación final dio como resultado 2394 placet, 5 non placet. Fue la votación más alta de todas las realizadas en el Concilio.

El orden de la exposición será el siguiente: primero presentaré el esquema del documento deteniéndome en la primera parte en la que se presentan los ocho principios doctrinales que están en la base de la misión, destacaré algunos puntos que allí aparecen y que fueron desarrollados en el magisterio posterior al Concilio. En segundo lugar veremos algunos puntos de la Encíclica Redemptoris Missio del Papa San Juan Pablo II que actualizan lo afirmado en Ad Gentes. En tercer lugar veremos cómo el Magisterio episcopal latinoamericano (Medellín –1968-, Puebla –1979-, Santo Domingo –1992- y Aparecida –2007-) ha madurado la conciencia misionera ad gentes. El Congreso Americano que celebraremos, Dios mediante, en Santa Cruz de la Sierra en 2018 ha de ser una ocasión para profundizar en este compromiso misionero que le permita a la Iglesia en América Latina ser más Iglesia siendo más Iglesia misionera.

I. ESQUEMA DEL DECRETO AD GENTES

El decreto tiene una introducción, seis capítulos y una conclusión, veámoslo en detalle, destacando de modo particular el primer capítulo.

INTRODUCCIÓN (1)

La Iglesia enviada, por exigencia radical de su catolicidad, obediente al mandato del Señor Jesucristo, se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres. Tenemos que perpetuar la obra apostólica, a fin de que la palabra de Dios se difunda y glorifique (2 Tes 3,1) y el Reino de Dios sea anunciado y establecido en toda la tierra.

Nuevas condiciones para la humanidad desafían la tarea de la Iglesia, y recobra la conciencia de la urgencia de la llamada para la instauración de todo en Cristo y la unidad de los hombres en el único Pueblo de Dios.

Objetivo del decreto: “delinear los principios de la actividad misional y reunir las fuerzas de todos los fieles para que el Pueblo de Dios, caminando por el estrecho sendero de la cruz, extienda por todo el mundo el reino de Cristo, Señor, que preside los siglos, y prepare los caminos de su venida”.

1. PRINCIPIOS DOCTRINALES

1.1. El designio del Padre (2)

La fuente de la misión, mejor, de la Iglesia, por naturaleza misionera es el amor fontal o caridad de Dios Padre que, siendo principio sin principio, del que es engendrado el Hijo y procede el Espíritu Santo por el Hijo. Surge el principio de la **GRATUIDAD** pues el Padre

- crea libremente,
- nos llama graciosamente a participar con Él en la vida y en la gloria,
- difunde la bondad divina procurando a la vez su gloria y nuestra felicidad.
- constituyéndonos en un pueblo en el que sus hijos, que estaban dispersos se congreguen la unidad.

1.2. La misión del Hijo (3)

Este propósito del Padre trasciende lo individual y los esfuerzos inmanentes de búsqueda religiosa. El esfuerzo del hombre necesita ser iluminado y sanado. Dicho esfuerzo es pedagogía hacia el verdadero Dios y preparación para el Evangelio.

La misión del Hijo nos pone frente al principio de la **ENCARNACIÓN**. Que significa una verdadera entrada de Dios en la historia humana en orden **a la liberación y a la reconciliación** del mundo con Dios. Verdadero Dios y verdadero hombre, se hizo hombre para hacernos hijos de Dios. Se hizo **pobre para enriquecernos, se hizo servidor hasta dar la vida**. Asumió la entera naturaleza humana tal cual se encuentra en nosotros, miserables pobres, pero sin el pecado puesto que “no está sanado lo que no ha sido asumido por Cristo”.

Lo acontecido en Cristo y lo predicado por Él debe ser proclamado y difundido hasta los últimos confines de la tierra, comenzando por Jerusalén, de suerte que lo que una vez se obró para todos en orden a la salvación alcance su efecto en todos en el curso de los tiempos.

1.3. La misión del Espíritu Santo (4)

Cristo envió de parte del Padre al Espíritu Santo para que llevara a cabo interiormente su obra salvífica e impulsara a la Iglesia a extenderse a sí misma. Aparece el principio de la **ORGANICIDAD** puesto que el Espíritu Santo:

- actúa en el interior de cada uno
- impulsa a la Iglesia a extenderse a sí misma
- tiende a la unión de los pueblos en la catolicidad de la fe,
- conduce al ministerio apostólico
- unifica en la comunión y en el ministerio
- provee de diversos dones jerárquicos y carismáticos
- vivifica "a la manera del alma" las instituciones
- impulsa el celo misionero en los corazones de los fieles.
- anticipa, acompaña y dirige la acción apostólica.

1.4. La misión de la Iglesia (5)

El Señor Jesús ya desde el principio "llamó a su lado a los que quiso. Ellos fueron hacia él, y Jesús instituyó a Doce, a los que llamó Apóstoles, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar" (Mc 3,13). Los Apóstoles fueron la semilla del nuevo Israel, a la vez que el origen de la Jerarquía sagrada. Jesús, el enviado del Padre, envía a los apóstoles al mundo entero (cfr. Mt 28,19-20; Mc 16,15)

Surge de aquí el principio de la **ECLESIALIDAD**. El deber de la Iglesia de propagar la fe y la salvación deriva pues, del mandato de Cristo a los Apóstoles, de ellos a los sucesores con sus colaboradores junto con el Sucesor de Pedro y al mismo tiempo de la vida misma que crece y se fortalece en la Iglesia.

"La misión, pues, de la Iglesia se cumple por la operación con la que, obediente al mandato de Cristo y movida por la gracia y caridad del Espíritu santo, se hace presente en acto pleno a todos los hombres o pueblos, para llevarlos, con el ejemplo de su vida y la predicación, con los sacramentos y los demás medios de gracia, a la fe, a la libertad y a la paz de Cristo, de suerte que se les descubra el camino libre y seguro para participar plenamente en el misterio de Cristo".

Esto le exige a la Iglesia seguir el camino y el estilo de Cristo pobre, obediente, servidor y dador de Vida. Éste es el testimonio de los Apóstoles y de los mártires.

1.5. La actividad misionera (6)

El deber misionero es único e idéntico en todas partes y en toda situación. Está encargado al Orden de los Obispos presidido por el sucesor de Pedro, con la oración y cooperación de toda la Iglesia.

No se ejerce del mismo modo según las circunstancias, depende de diversas condiciones marcadas a veces por la misma Iglesia y a veces por los pueblos, grupos u hombres a los que va dirigida la misión.

La Iglesia debe respetar la condición de los hombres y de los pueblos y los procesos de gradualidad en el crecimiento humano, social y por lo tanto, también religioso y cristiano. Podríamos llamar principio de **PRESENCIA RESPETUOSA** al que surge de esta dimensión.

Las misiones concretan la misión de la Iglesia. Tienen como fin propio la evangelización y la plantación de la Iglesia en los pueblos y grupos humanos en los cuales no ha arraigado todavía. Deben nacer y crecer las Iglesias particulares autóctonas. La tarea misionera ha de respetar los caminos y actuar con paciencia, prudencia y a la vez, con gran confianza y dar, al menos, testimonio de la caridad bienhechora de Cristo preparando, así, los caminos al Señor haciéndolo presente.

La actividad misionera propaga la fe, perfecciona, dilatando, la unidad, se sustenta en la apostolicidad, pone en práctica el sentido colegial de la jerarquía, y testifica y promueve la santidad.

La actividad misionera debe caminar de la mano de la actividad ecuménica al menos en la mutua estima y el mutuo amor.

1.6. Causas y necesidad de la actividad misionera (7)

La razón de la actividad misionera se encuentra en la voluntad de Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tm 2,4). Cristo personalmente, al inculcar la necesidad de la fe y del bautismo con palabras expresas (Mc 16,16; Jn 3,5), confirmó al mismo tiempo la necesidad de la Iglesia, en la cual entran los hombres por el bautismo como por una puerta.

Aunque Dios, por los caminos que Él sabe, puede traer a la fe, sin la cual es imposible complacerle, a los hombres que sin culpa propia desconocen el Evangelio, incumbe, sin embargo, a la Iglesia, la necesidad, a la vez que el derecho sagrado, de evangelizar, y, en consecuencia, la actividad misionera conserva íntegra, hoy como siempre, su fuerza y necesidad. Nace el principio de **PROACTIVIDAD**.

Gracias a esta actividad misionera, Dios es glorificado plenamente, desde el momento en que los hombres reciben plena y conscientemente la obra salvadora de Dios, que completó en Cristo y que la Iglesia actúa convocando a todo el género humano a formar un único pueblo de Dios, reflejando la concordia fraterna y respondiendo al íntimo deseo de la humanidad.

1.7. La acción misionera en la vida y la historia humana (8)

La actividad misionera tiene también íntima conexión con la misma naturaleza humana y sus aspiraciones, porque, al manifestar a Cristo, la Iglesia revela con ello a los hombres la auténtica verdad de su condición y de su vocación entera, ya que Cristo es principio y modelo de esa humanidad renovada, a la que todos aspiran, llena de amor fraterno, de sinceridad y de espíritu de paz. Surge el principio de la **PLENITUD ANTROPOLÓGICA**. Cristo y la Iglesia, que de Él da testimonio por la predicación del Evangelio, trascienden todo particularismo de raza o de nación, y, por lo tanto, no pueden ser considerados como extraños nadie o en lugar alguno. Cristo es el comienzo de la vida nueva; todos tienen necesidad de Cristo modelo, maestro, libertador, salvador, vivificador. En realidad de verdad, el Evangelio ha sido en la historia humana, incluso la temporal, fermento de libertad y de progreso, y continúa ofreciéndose sin cesar como fermento de fraternidad, de unidad y de paz.

1.8. Carácter escatológico de la actividad misionera (9)

El tiempo de la actividad misionera discurre entre la primera y la segunda venida del Señor. Antes que venga el Señor es necesario predicar el Evangelio a todas las gentes. La actividad misionera es la manifestación y epifanía del propósito de Dios quien perfecciona abiertamente la historia de la salvación. La actividad misionera potencia, libera y perfecciona cuanto de verdad y de gracia se encontraba ya entre las naciones. Cuanto de bueno se halla sembrado en el corazón y en la mente de los hombres o en los ritos y culturas propios de los pueblos, no solamente no perece, sino que es purificado, elevado y consumado para la gloria de Dios, confusión del demonio y felicidad del hombre. De esta manera, la actividad misionera tiende a la plenitud **ESCATOLÓGICA**.

2. LA OBRA MISIONERA (10)

El desafío misionero es hoy más exigente que nunca. La Iglesia, para poder ofrecer a todos el misterio de la salvación y la vida traída por Dios, debe insertarse en todo los grupos humanos con el mismo afecto con que Cristo se unió por su encarnación a las determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió.

2.1. Art. I. El testimonio cristiano

- El testimonio de vida y el diálogo (11)

Todos los cristianos, donde quiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra el hombre nuevo de que se revistieron por el bautismo, y la virtud del Espíritu Santo, por quien han sido fortalecidos con la confirmación, de tal forma que todos los demás, al contemplar sus buenas obras, glorifiquen al Padre y perciban con mayor plenitud el sentido genuino de la vida humana y el vínculo universal de la unión de los hombres.

Amar a la humanidad y a nuestro tiempo, saber descubrir las semillas del Reino, saber dialogar con los demás como lo hizo Cristo es el camino misionero del cristiano.

- Presencia de la caridad (12)

Se trata de una presencia animada por la caridad que se extiende a todos sin distinción de raza, condición social o religión; con capacidad de gratuidad y de gratitud, haciendo real la opción de Cristo por los pobres y los afligidos. Comparte las búsquedas de la paz, de la justicia y la preocupación por la educación como servicio extraordinariamente valioso para todos los hombres. Lucha contra el hambre, la ignorancia y las enfermedades.

La Iglesia no quiere mezclarse en modo alguno en el gobierno de la ciudad terrena. No reivindica para sí otra autoridad que la de servir, con el favor de Dios, a los hombres con amor y fidelidad.

2.2. Art. II. La predicación del Evangelio y la reunión del Pueblo de Dios

- Evangelización y conversión (13)

Dondequiera que Dios abre la puerta de la palabra para anunciar el misterio de Cristo a todos los hombres hay que anunciar al Dios vivo y a Jesucristo, enviado por El para salvar a todos, a fin de que los no cristianos, bajo la acción del Espíritu Santo, que abre sus corazones, creyendo se conviertan libremente al Señor y se unan a Él con sinceridad, quien, por ser camino, verdad y vida (Jn 14,6), colma todas sus exigencias espirituales, más aún, las colma infinitamente.

Esta conversión es un proceso que nos introduce en el amor de Dios y nos llama a la comunicación personal con Él en Cristo. Se manifiesta en la vida personal y en los vínculos con los demás. Pasa por el camino de la cruz. Es importante purificar los motivos si no hubiera rectitud de intención.

La Iglesia prohíbe severamente que a nadie se obligue o se induzca, o se atraiga por medios indiscretos a abrazar la fe, lo mismo que defiende con energía el derecho de que nadie sea apartado de la fe con vejaciones y amenazas.

– Catecumenado e iniciación cristiana (14)

El camino de la Iniciación Cristiana es un camino de formación y noviciado convenientemente prolongado de toda la vida cristiana, con el que los discípulos se unen a Cristo, su Maestro. Liberados por los sacramentos de la iniciación cristiana, muertos y sepultados con Cristo, reciben el Espíritu de hijos de adopción y celebran con todo el Pueblo de Dios el memorial de la muerte y resurrección del Señor.

La iniciación cristiana es tarea no sólo de los catequistas y de los sacerdotes sino de todos los fieles, y de modo especial de los padrinos, de suerte que ya desde el principio sientan los catecúmenos que pertenecen al Pueblo de Dios.

2.3. Art. III. La formación de la comunidad cristiana

– La comunidad cristiana, expresión de la presencia de Dios en el mundo (15)

El Espíritu Santo, que llama a todos los hombres a Cristo por las semillas de la Palabra y la predicación del Evangelio y suscita en los corazones el homenaje de la fe, cuando engendra a los que creen en Cristo para una nueva vida en el seno de la fuente bautismal, los congrega en el único Pueblo de Dios, que es linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo de adquisición.

Los misioneros susciten tales comunidades de fieles para que se hagan exponentes de la presencia de Dios en el mundo, pues por el sacrificio eucarístico pasa con Cristo al Padre; nutrida cuidadosamente con la palabra de Dios, da testimonio de Cristo y, finalmente, anda en la caridad y se inflama de espíritu apostólico.

Esta congregación de los fieles, dotada de las riquezas culturales de la propia nación, ha de arraigar profundamente en el pueblo: florezcan las familias, foméntense las escuelas eficientes, brille la caridad ecuménica.

Los cristianos, no son distintos de los demás hombres ni por el país, ni por la lengua ni por las instituciones políticas de la vida; por tanto, vivan para Dios y para Cristo, según las costumbres honestas de su gente; cultiven verdadera y eficazmente, como buenos ciudadanos, el amor a la patria, evitando por entero, el desprecio por las otras razas y el nacionalismo exagerado y promuevan el amor universal a todos los hombres.

Atiéndase a los seglares y promuevan las diversas vocaciones y servicios.

- Constitución del clero local (16)

El Concilio manifiesta la gratitud de la Iglesia y anima a la promoción y formación de los sacerdotes del clero local.

- La formación de los catequistas (17)

Se expresa la profunda gratitud de la Iglesia a los catequistas, varones y mujeres y se anima a sostener el esfuerzo para procurar la formación integral de los mismos. Se habla de la necesidad de reconocer la labor apostólica de los catequistas y de ver la posibilidad de entregar la misión canónica cuando se considere oportuno.

- Promoción de la vida religiosa (18)

En la plantación de la Iglesia la vida religiosa contribuye a la epifanía del misterio eclesial e indica la naturaleza íntima de la vocación cristiana. Recuérdese que la vida contemplativa pertenece a la plenitud de la presencia de la Iglesia.

3. LAS IGLESIAS PARTICULARES

3.1. Incremento de las Iglesias nuevas (19)

La obra de la plantación de la Iglesia en un determinado grupo humano consigue su objetivo cuando la congregación de los fieles se arraiga a la vida social y a la cultura local disfrutando de cierta estabilidad y firmeza. Tiene una plantilla propia, aunque insuficiente, de sacerdotes nativos, de religiosos y seglares, y está provista de ministerios e instituciones necesarias para vivir y dilatar la vida del pueblo de Dios bajo la guía del Obispo propio.

3.2. Actividad misionera de las Iglesias particulares (20)

Toda Iglesia particular en la que vive la Iglesia universal ha sido enviada a anunciar el Evangelio de Jesucristo a todos los hombres. Esto compromete a todos los miembros de la Iglesia particular.

3.3. Fomento del apostolado seglar (21)

La Iglesia no está verdaderamente formada, no vive plenamente, no es señal perfecta de Cristo entre los hombres, en tanto no exista trabajo con la Jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo de un pueblo sin la presencia viva de los seglares. Por ello, ya al tiempo de fundar la Iglesia hay que atender sobre todo a la constitución de un maduro laicado cristiano.

3.4. Diversidad en la unidad (22)

La semilla, que es la palabra de Dios, al germinar en tierra buena, regada con el rocío celestial, absorbe la savia, la transforma y la asimila para dar al fin fruto abundante. Ciertamente, a semejanza de la economía de la Encarnación, las Iglesias jóvenes,

radicadas en Cristo y edificadas sobre el fundamento de los Apóstoles, asumen en admirable intercambio todas las riquezas de las naciones que han sido dadas a Cristo en herencia. Dichas Iglesias reciben de las costumbres y tradiciones, de la sabiduría y doctrina, de las artes e instituciones de sus pueblos, todo lo que puede servir para confesar la gloria del Creador, para ensalzar la gracia del Salvador y para ordenar debidamente la vida cristiana.

Este número plantea los grandes principios de la inculturación¹¹⁸.

- Fidelidad a la Palabra (Escritura, tradición y magisterio)
- Investigación que tenga en cuenta la filosofía y la sabiduría de los pueblos,
- iluminación crítica de las costumbres, el sentido de la vida y el orden social.
- respeto por la cultura,
- ofrecimiento de comunión a la Iglesia universal.
- responsabilidad de las Conferencias Episcopales.

4. LOS MISIONEROS

4.1. La vocación misionera (23)

Siendo la vocación misionera una dimensión de toda vocación cristiana, sin embargo, son sellados con vocación especial quienes, dotados del conveniente carácter natural e idóneos por sus disposiciones y talento, están dispuestos a emprender la obra misional, sean nativos del lugar o extranjeros: sacerdotes, religiosos, seglares.

4.2. Espiritualidad misionera (24)

El enviado entra en la vida y en la misión de Aquél que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo (Fil 2,7). Por lo cual debe estar dispuesto a perseverar toda la vida en su vocación, a renunciarse a sí mismo y a todo lo que tuvo hasta entonces y a hacerse todo para todos. “Dios le concederá valor y fortaleza para conocer la abundancia de gozo que se encierra en la experiencia intensa de la tribulación y de la absoluta pobreza”.

4.3. Formación espiritual y moral (25)

Necesidad de preparar a los futuros misioneros en lo espiritual y moral.

4.4. Formación doctrinal y apostólica (26)

4.5. Institutos que traban en las misiones (27)

5. ORDENACIÓN DE LA ACTIVIDAD MISIONERA (28)

5.1. Ordenación general (29)

5.2. Ordenación local (30)

¹¹⁸ Cfr. SC 37-40 y la Instrucción *Varietates Legitimae*.

5.3. Coordinación regional (31)

Traten las Conferencias episcopales, de común acuerdo, los asuntos más graves y los problemas más urgentes, pero sin descuidar las diferencias locales. Para que no se dispersen los escasos recursos de personas y de medios materiales, ni se multipliquen sin necesidad las obras, se recomienda que, uniendo las fuerzas, establezcan obras que sirvan para el bien de todos, por ejemplo, seminarios, escuelas superiores y técnicas, centros pastorales, catequéticos, litúrgicos y de medios de comunicación social.

Establézcanse también una cooperación semejante, según las conveniencias, entre las diferentes Conferencias episcopales.

5.4. Ordenación de la actividad de los institutos (32)

5.5. Coordinación entre los institutos (33)

5.6. Coordinación entre los Institutos científicos (34)

6. LA COOPERACIÓN (35)

6.1. Deber misionero de todo el Pueblo de Dios (36)

6.2. Deber misionero de las comunidades eclesiales (37)

6.3. Deber misionero de los obispos (38)

6.4. Deber misional de los sacerdotes (39)

6.5. Deber misionero de los Institutos de perfección (40)

6.6. Deber misionero de los seglares (41)

7. CONCLUSIÓN (42)

II. REDEMPTORIS MISSIO, 25 años después

San Juan Pablo II, a los 25 años, en 1991 reconoce, en su Encíclica Redemptoris Missio, frutos positivos en el crecimiento misionero impulsado por el Decreto Ad Gentes:

- Se han multiplicado las Iglesias locales, provistas de Obispo, clero y personal apostólico propios,
- Se va logrando una inserción más profunda de las comunidades cristianas en la vida de los pueblos,
- La comunión entre las Iglesias lleva a un intercambio eficaz de bienes y dones espirituales,
- La labor evangelizadora de los laicos está cambiando la vida eclesial,
- Mayor apertura ecuménica de las Iglesias particulares,
- Conciencia de que la misión atañe a todos los cristianos.

También advierte tendencias negativas:

1.- “Parece detenerse la misión ad gentes. Cuanto esto sucede manifiesta una crisis de fe”. Por ello quiere invitar a la Iglesia a un renovado compromiso misionero y entonces nos anima a la renovación de la fe y de la vida cristiana: **“¡La fe se fortalece dándola!”**. También nos invita a redescubrir que **el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera es la evangelización misionera**.

La Misión es anuncio de Cristo y supone una doble fidelidad, al Señor y al hombre porque es un servicio a su libertad. La misión es una tarea que nace en la Iglesia y se dirige a todos.

¿Para qué es la misión? Para la liberación integral ¿Por qué la Iglesia tiene el deber de misionar? Por exigencia de la gracia.

San Juan Pablo II estudia algunos temas que interpelan la cuestión misionera

2.- El Reino de Dios

Es anunciado en el A.T. que nos habla de un pueblo elegido que se va abriendo al universo y descubriendo que Dios es Creador y Padre de todos (Gn 12,3) y que hace alianza con todos (Gn 9,1-17) (12)

Este Reino se realiza en Cristo. Él, el Señor, anuncia e inaugura el Reino del Padre, de Abba. El reino crecerá en la medida en que cada hombre aprenda a dirigirse a Dios como un Padre en la intimidad de la oración (Lc 11,2; Mt 23,9 y se esfuerce en cumplir su voluntad (cfr. Mt 7,21). Tiene las siguientes características:

- a. Es UNIVERSAL: está destinado a todos los hombres.
- b. Es SALVÍFICO: libera a todo el hombre.
- c. Es COMUNIONAL: transforma las relaciones humanas mediante el amor, el perdón y el servicio.
- d. Es INTERPELANTE: porque interesa a todos.

El Papa señala que el Reino se relaciona con CRISTO y con LA IGLESIA.

3.- El Papa advierte acerca de algunos errores en la concepción del Reino. Estos errores tienen bases antropocéntricas (en el sentido reduccionista) en un horizonte cerrado a la trascendencia o reinocéntricas: La concepción reinocéntrica tiene aspectos positivos (por ejemplo, promueve los valores del Reino y favorece el diálogo, pero, silencian a Cristo, dice sí a la creación pero no a la redención y margina a la Iglesia-

El Reino de Dios no puede ser separado ni de Cristo ni de la Iglesia porque es una persona JESUS DE Nazareth, imagen de Dios invisible, y la es signo e instrumento del Reino de Dios y tiene un papel específico, necesario, tiene la misión de anunciar e instaurar el Reino. Se trata de promover al hombre y anunciar a Cristo fundando su Iglesia.

Por su parte, la Iglesia sirve al Reino anunciándolo y llamando a los hombres a la conversión, fundando comunidades e Iglesias locales, difundiendo en el mundo los valores evangélicos, viviendo la actividad misionera e intercediendo.

En un segundo momento, el Papa estudia los ámbitos de la misión. La misión es una actividad primaria, esencial y nunca concluida en la Iglesia, es única por origen y finalidad y diversificada en tareas y actividades. La diversificación proviene de las diversas situaciones religiosas en las que se desarrolla. Aquí se propone la distinción y especificidad de la misión ad gentes:

Misión “ad gentes” – Anuncia a los que aún no conocen a Cristo
Actividad pastoral – A los que ya conocen a Cristo
Nueva Evangelización: a los que ya no conocen a Cristo (33)

La misión “ad gentes” se dirige a los no cristianos y tiene como objetivos anunciar a Cristo y a su Evangelio, edificar la Iglesia local y promover los valores del Reino. Su horizonte es universal, por ello la misión se presenta inmensa. Debe afrontar dificultades externas (prohibiciones, dificultades culturales) e internas (falta de fervor, divisiones entre cristianos, descristianización, disminución de las vocaciones, antitestimonio, relativismo, pretextos insidiosos).

Se estudian los ámbitos de la misión. Estos son, territoriales, los mundos y fenómenos sociales nuevos como las megápolis, el mundo de los jóvenes, de los migrantes, de la pobreza y las áreas culturales y areópagos modernos como MCS, el ámbito del compromiso por la paz, los derechos, la mujer, la ecología, las ciencias, las relaciones internacionales y el mundo de la búsqueda religiosa.

La Iglesia ha de buscar promover la libertad del hombre, anunciándole a Jesucristo, y siguiéndolo a El con la conciencia del derecho-deber de evangelizar. Debe obrar proponiendo, no imponiendo, reclamando el derecho de la libertad religiosa y dirigiendo su mirada al Sur y a Oriente, con conciencia de que la misión ad gentes está todavía en los comienzos. La misión es, por lo tanto, una tarea AD GENTES, AD EXTRA, AD VITAM Y AD PAUPERES.

La Encíclica estudia también la espiritualidad misionera y señala cinco notas que la caracterizan:

- Plena docilidad al Espíritu. Con fortaleza y discernimiento
- Comunión íntima con Cristo, el enviado del Padre. Anonadamiento en el amor, en la pobreza (libertad), en el desapego, en la fraternidad para encontrar a Cristo en el corazón de cada hombre.
- Amor a la Iglesia y a los hombres como Jesús que se traduce en el celo misionero, marcado por la atención, la ternura, la compasión, la acogida, la disponibilidad y el interés. Se trata de vivir la caridad universal en el amor y fidelidad a la Iglesia.
- Santidad. Concientes que todo fiel está llamado a la santidad y a la misión, el misionero sabe que, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble. Por ello es el hombre de las bienaventuranzas, con la alegría interior que le viene de la fe
- Plena docilidad al Espíritu. Con fortaleza y discernimiento.

En este punto debería hablar de la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco. Como todos los temas y en encuentro han sido impostados en la perspectiva del documento papal me remito a lo hablado en estos días.

III. EL MAGISTERIO LATINOAMERICANO

En este tercer momento de la exposición veamos cómo fue madurando el Magisterio latinoamericano desde el Concilio Vaticano II.

1. Medellín (1968)

El tema de la Misión ad Gentes no aparece en ninguno de los dieciséis documentos del mismo. Su tema fue: la Iglesia en el actual proceso de transformación de América Latina y buscaba perfilar una nueva y más intensa presencia de la misma en la sociedad contemporánea¹¹⁹.

2. Puebla (79)

Su tema fue “La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina” bajo la clave de comunión y participación. Propone la verdad sobre Jesucristo, la Iglesia y el hombre y organiza sus documentos a partir de esta clave. En uno de sus documentos se pregunta qué es evangelizar y señala la dimensión universal de la evangelización presentando criterios para la misma.

Es una tarea de todo el Pueblo de Dios que revela su identidad más profunda (348); brota del dinamismo de Espíritu y parte de la interpelación que nos hace el mandato de Jesús (349-350). Es un proceso (356-361)

Ha llegado para América Latina la hora de intensificar los servicios mutuos entre las Iglesias particulares y proyectarse más allá de sus propias fronteras “ad gentes”. Tenemos algo que ofrecer: su sentido de salvación y de liberación, la riqueza de su religiosidad popular, la experiencia de las CEBs, la floración de ministerios, su esperanza y la alegría de su fe.

3. Santo Domingo (92)

Su tema fue la “Nueva Evangelización, Promoción humana, Cultura cristiana” e indica una esperanza que se concreta en misión. A partir del texto de Emaús afirman: la fe en Jesús se concreta en misión (6)

Para América Latina y el Caribe que recibió a Cristo hace ahora 500 años, el mayor signo del agradecimiento por el don recibido y de su vitalidad cristiana, es empeñarse ella misma en la misión sea en su interior que más allá de sus fronteras.

En su profesión de fe afirma la dimensión misionera de la Iglesia y reafirma que ha llegado la hora de llevar su fe a los pueblos que aún no conocen a Cristo en la certeza confiada de que la fe se fortalece dándola.

¹¹⁹ Medellín agrupó los dieciséis documentos en tres áreas: 1. La promoción del hombre y de los pueblos (Justicia, Paz, Familia y demografía y Educación), 2. Necesidad de una adaptada evangelización y maduración de la fe (Juventud, Pastoral popular, Pastoral de las élites, Catequesis, Liturgia), 3. Miembros de la Iglesia (Movimientos de laicos, Sacerdotes, Religiosos, Formación del Clero, Pobreza de la Iglesia, Pastoral de Conjunto, Medios de Comunicación).

En 1.4.1 se afirma; “No puede haber Nueva Evangelización sin proyección hacia el mundo no cristiano...”. La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal (Juan Pablo II)

Se reconoce que la conciencia misionera es aún débil y se proponen desafíos pastorales que se han de enfrentar de cara la futuro, estos son: la animación misionera, la formación misionera de los seminaristas, el fortalecimiento de las relaciones con OOMMPP, la formación del clero autóctono, la cooperación misionera y el envío misionero.

4. Aparecida

Su tema fue “Discípulos misioneros de Jesucristo para que el mundo tenga vida”. Se afirma que todo discípulo es misionero y debe seguir a Cristo bajo el impulso del Espíritu Santo. Se propone la misión continental.

Al hablar de la misión de los discípulos al servicio de la vida plena se trata de nuestro compromiso con la misión “ad gentes”. Se trata de un compromiso que brota de la conciencia de ser familia de un Dios trinitario y que advierte el desafío de los nuevos ámbitos socioculturales que interpelan a la Iglesia. Por ello, nos exige estar dispuestos a ir a la otra orilla y exhorta a las Iglesias locales para asumir la tarea misionera. Se trata de entrar en una nueva primavera de la misión “ad gentes”.

DOCUMENTO CONCLUSIVO DEL SIMPOSIO

Casa Manresa, Aibonito; Diócesis de Caguas
29 de septiembre – 1ero de octubre de 2015

En la Casa de retiro Manresa, de la ciudad de San Juan de Puerto Rico, en los días 29 de septiembre al 1ero de octubre, nos hemos reunido delegados de todos los países de América, laicos, religiosos, sacerdotes, obispos, directores de OMP, teólogos, biblistas y animadores misioneros para celebrar el 1er Simposio Misionológico en preparación al V Congreso Americano Misionero (V CAM) a realizarse el 2018 en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.

El Simposio se ha enmarcado en un contexto eclesial importante y significativo:

- Estamos celebrando el año de la Vida Consagrada, personas llamadas a renovar e impulsar la vivencia y anuncio radical de los valores del Reino al servicio de los pobres para seguir impregnando con la alegría y esperanza del Evangelio de Jesucristo al mundo de hoy.
- Acabamos de vivir, en varios de nuestros países, la visita pastoral del Papa Francisco que, como peregrino y padre, ha querido caminar con nuestras iglesias, compartiendo nuestro compromiso de fe y animándonos a ser presencia visible del rostro misericordioso del Padre, desde la alegría del Evangelio.
- Celebramos los 50 años de la publicación del Decreto Conciliar *Ad Gentes*, pilar fundamental en la concepción y vida misionera de la Iglesia y también, el 8 de diciembre la conclusión del Concilio Vaticano II.
- En la misma fecha, el Papa Francisco abrirá la Puerta Santa del Año Jubilar de la Misericordia, con el lema “misericordiosos como el Padre”. Es un tiempo privilegiado de gracia, de contemplación del misterio del amor del Padre y oportunidad para recibir el don del perdón y la reconciliación con Dios y los hermanos.
- De manera especial este Simposio se enmarca en el proceso de preparación al V CAM, llamado a fortalecer la dimensión misionera y la renovación de nuestras Iglesias locales, cumpliendo con el compromiso de la Misión Permanente.
- En cuanto proceso, plantea una metodología participativa de todas las instancias eclesiales: es importante que los frutos de los simposios y los foros sean retomados y enriquecidos por la reflexión y profundización en cada Iglesia Particular.

A la luz del tema general del V Congreso Misionero Americano, “La Alegría del Evangelio, corazón de la misión profética, fuente de reconciliación y comunión”, este I Simposio se ha planteado el siguiente objetivo: *Reflexionar sobre las fuentes bíblicas y teológicas de la Misión, que animan el testimonio y compromiso de la Iglesia Misionera,*

construyendo la fraternidad y avivando la koinonía al servicio de la reconciliación histórica, social, cultural y religiosa.

Para alcanzar este objetivo se presentaron cinco ponencias magistrales que iluminaron la temática misionera desde distintos enfoques.

El Evangelio de la Alegría: la Pascua y la persona de Jesús, el Cristo.

Según el evangelista Lucas, ser discípulo es adherir a Jesús y al proyecto del Reino de Dios; por eso, evangelizar es comunicar “buenas noticias”, que sean ciertas y significativas, superando las tentaciones del poder, el dinero y la manipulación de Dios, porque al “intentar manipularlo, terminamos teniendo un ídolo en la mano, no el Dios de Jesús”.

La misión busca la plena humanización de la persona en Jesucristo, paradigma del hombre nuevo.

En la misión, “más que trabajar por el número de la comunidad, es buscar la fidelidad de la comunidad al Evangelio”.

La alegría de la Trinidad, fuente y cumbre de la misión.

En el misterio de la Trinidad, la alegría es el síntoma del amor y la felicidad, característica de las Personas que salen de sí para donarse. Por eso, “la misión es el movimiento de Dios al mundo y la Iglesia es un instrumento o sacramento de esa misión”. La Iglesia, al ser esencialmente Pascual y radicalmente misionera, “no tiene una misión, sino que la misión de Dios tiene a la Iglesia, la funda, sostiene e impulsa”.

La misericordia de Dios, fuente de reconciliación.

La misericordia es la palabra que mejor revela a Dios en su relación con la criatura humana, dada su condición de pecado y desamparo; por su misericordia Dios nos ha hecho el don de la reconciliación, palabra que nos remite de inmediato a algo roto, dividido, necesitado de re-unión, de re-construcción.

Cristo Jesús ha realizado la reconciliación perfecta “*todo nos viene de Dios, que nos ha reconciliado consigo por Cristo*” (2Cor 5,18).

Por eso, la Reconciliación pertenece al corazón del Evangelio. Lo que obliga a la Iglesia a seguir ejerciendo incansablemente el ministerio de la Reconciliación (2Cor 5,17-20), actualizando esa gracia a través de la historia. Esto exige la reconciliación con nosotros mismos, con la familia, la sociedad y la creación, haciendo del perdón nuestra parábola diaria, viva y eficaz.

La comunión como Koinonía en la misión

La vocación cristiana es fundamentalmente llamada a la Comunión, en cuanto la Iglesia es Misterio de Comunión. Para “comprender” nuestra vocación a la comunión, hay que tener la mirada fija en Jesús.

La plena comunión, Koinonía, entre Dios y su creatura llega a su máxima expresión en la Eucaristía, como “fuente y cumbre” de la vivencia eclesial fraterna.

También para Pablo, la llamada cristiana es llamada a la comunión. Baste este texto de la Carta a los Efesios: *"Uno es el cuerpo, uno el Espíritu, como una es la esperanza a que han sido llamados, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios, Padre de todos, que está sobre todos, entre todos en todo"* (Ef 4:1-6). Se trata de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo en que se contraponen y a la vez se integran, unidad en la diversidad, como lo simboliza el Pan eucarístico.

SINTESIS DE LOS APORTES

El Dios de la Biblia, Dios de misericordia

- Dios se revela con rostro misericordioso en su Hijo Jesús quien pasó sanando y perdonando. La misión debe comunicar al Dios capaz de tender puentes, romper muros de la separación entre buenos y malos, de la discriminación, de las diferencias. El anuncio del Dios misericordioso, que no juzga, sino reconcilia, es fuente de comunión y fraternidad en la Iglesia y en el mundo.
- El Dios misericordioso mira con dolor las violencias e injusticias sociales, políticas y económicas de las cuales es víctima la persona de hoy, las denuncia con claridad en vista a un proceso de sanación y reconciliación y de una vida nueva. Por eso la pedagogía de Dios lleva al perdón, el perdón recibido y donado conduce a la reconciliación, la reconciliación construye puentes de fraternidad que supera y sana las injusticias. El Dios misericordioso se ofrece y quiere llegar a toda la humanidad.
- Jesús encarna esa pedagogía, sale en búsqueda de la oveja perdida, se anonada hasta dar su vida en la cruz, trazando el camino de la gratuidad y del perdón siempre ofrecido.

La misión de la Iglesia

- La misión es la identidad propia de la Iglesia, que existe para la misión. La persona de Jesucristo y el proyecto del Reino del Padre son el corazón de la misión. Esta es el anuncio de un Dios con rostro misericordioso, que ama, que perdona y que devuelve la alegría de la vida a quien ha caído en la tristeza del pecado y de la división.
- El anuncio de la Buena Noticia, alegría y esperanza que salva de toda situación de pecado personal, comunitario y social, está dirigida a todos para que se conviertan, se salven y vivan en comunión y comunidad. De manera especial, es Buena Noticia de vida y amor a los pobres, marginados y excluidos. El Espíritu del Señor precede, acompaña y sostiene a la Iglesia en esta misión.
- La Iglesia es misericordiosa en la medida que vive una profunda conversión pastoral, sale al encuentro de los más alejados y fomenta caminos de reconciliación en todos los ámbitos de la vida.

- El objetivo de la misión es hacer discípulos de Jesús, hermanos que viven la fraternidad en la fe, viven en comunidad, sean personas de reconciliación que buscan más lo que une y no lo que divide.
- La misión se dirige y promueve a la persona en su integralidad, siendo parte y corresponsable de la creación, don e imagen de Dios para el bien de la humanidad.
- Es necesario mantener vivo el diálogo ecuménico e interreligioso al servicio de la comunión en el respeto de la riqueza de las diferencias.
- Los pobres son “lugar teológico”, presencia de Dios porque a la vez son los interlocutores primeros de la misión de Jesús y protagonistas de la misión.
- En la formación del discípulo misionero, es preciso retomar la centralidad de la Palabra de Dios, impulsar la conversión personal, comunitaria y pastoral, para el anuncio de la alegría del Resucitado.
- La Eucaristía es fuente y culmen de la misión, por eso es fuente y realización de la reconciliación de Dios con los hombres y de los hombres entre sí que salen a anunciar una vida nueva, más justa y en paz.
- La misión es tarea de todos los bautizados; es importante fortalecer en la misión el rol de los laicos y de nuevos grupos sociales, cuales los migrantes, porque son portadores de diferentes sensibilidades culturales y tradiciones religiosas.
- La familia juega un rol importante en la misión como transmisora de la fe, escuela de vida en las relaciones humanas y fundamento de la sociedad civil. Es importante retomar la evangelización de las familias, al mismo tiempo que es evangelizadora.
- La religiosidad popular, donde se vive y manifiesta la fe sencilla pero profunda del pueblo, es camino privilegiado de evangelización al mostrar a un Dios cercano, compasivo y misericordioso. La devoción a la cruz o al Cristo sufrido llena de esperanza a quienes están en situaciones de sufrimiento, desarraigo (migrantes) y soledad.

El perfil del misionero

El misionero es en primera instancia un discípulo alegre que se ha encontrado con Jesús y es enviado a la humanidad. Para eso es necesario:

- El testimonio de vida y de esperanza por ser hijos e hijas de Dios. ¡Vive lo que predicas y predica lo que vives!
- Ser persona de reconciliación, misericordia y comunión.
- Ser cercano a la realidad que lo rodea y a las personas en su situación de pobreza humana, social cultural y económica.
- Ser enviado por la comunidad y para formar comunidad, donde se vive el discernimiento, se busca la unidad, se supera la tentación de la uniformidad y se está abierto a los retos nuevos.

- Ser persona de oración al estilo de Jesús es componente fundamental de la experiencia del misionero, para que experimente y testimonie la misericordia de Dios, a través del perdón mutuo en la construcción de la justicia y la paz.
- Ser una persona liberada y perdonada que puede denunciar las ataduras e injusticias que sufren los hermanos. Por eso, desde su experiencia, se involucra y se encarna en la vida de la sociedad, para impulsar la reconciliación y la cultura de puertas abiertas y acogedoras.
- Superar el desánimo y los desalientos en los procesos de evangelización. El discípulo misionero es capaz de vivir con alegría el sacrificio, la incomprensión y el don de sí mismo asimilándose a Cristo, misionero del Padre.
- El discípulo tiene que vivir y otorgar el perdón y la reconciliación comunicando a Dios que se alegra en ir al encuentro de quien se ha alejado, extraviado y perdido. Su lenguaje deja la dureza y el juicio para asumir la actitud de la ternura de Dios que quiere que el hombre se salve, que vuelva a la dignidad de hijo; por eso no juzga, sino corrige; es paciente y lleno de compasión, es cercano, encarnado, inculturado.

Desafíos

- Encarar con valentía los nuevos retos de hoy y transmitir la alegría de la Buena Noticia en diferentes ambientes: seminarios, jóvenes, realidad de la religiosidad popular, familias, cultura digital, política, economía, etc...
- Superar el miedo a la complejidad del mundo, porque tenemos la alegría del Evangelio confiada a la Iglesia.
- Profundizar la preparación y formación del misionero: humana, espiritual y eclesial por un lado y conocimiento de la situación humana, cultural y religiosa de los interlocutores de la misión. En particular, la formación de discípulos misioneros en la pedagogía de la misericordia que, desde su actuar en la sociedad, sepan influenciar el mundo de la política, de la economía y de la cultura.
- Impulsar la conversión pastoral en la Iglesia frente a los desafíos actuales, a partir de la riqueza y gracia del anuncio de la Buena Noticia.
- Trabajar para superar algunas faltas de unidad en la Iglesia, que hacen urgente un camino de reconciliación.
- Defender a la creación y promover su respeto. La creación y redención son manifestación del único amor de Dios que por amor nos creó y redimió. La obra salvífica de Dios es prolongación de la obra creadora. La misión de Dios encarnada en el Hijo Jesús, es un acto de fidelidad de Dios a sí mismo, en tanto que es Creador.
- Cooperar con la creación, en su paternidad y maternidad biológica, custodiándola y protegiendo la casa común porque Dios: "hace todo a favor del ser humano". A su vez, el ser humano hace parte del acto creador,.

Conferencias Episcopales, CELAM, Obras Misionales Pontificias

Se ha presentado el Documento Ad Gentes en sus principios teológico y orientaciones misionológicas, El mismo ha marcado reflexiones sucesivas de los documentos de la Iglesia universal, como la Evangelii nuntiandi y la Redemptoris Missio. También orientó el caminar de la Iglesia en América Latina en la reflexión plasmada en sus documentos como Puebla, Santo Domingo y Aparecida.

En la reflexión de los grupos se ha subrayado:

- La Misión ad gentes es un compromiso de todos los bautizados, empezando por los obispos, sacerdotes, religiosos, diáconos permanentes, seminaristas y laicos que son parte íntima de todas las etapas del proceso: planificación, programación, formación, misión y evaluación.
- La formación ad gentes debe ser parte de las catequesis, de la teología en los seminarios y otras instancias formativas. De manera especial el CELAM debe promover oportunidades de formación misionera, ofreciendo cursos, material bibliográfico y lista de expertos que apoyen las Iglesias locales del continente.
- La importancia de dar a conocer las OMP y realizar un trabajo conjunto con la Comisión de Misiones de las Conferencias Episcopales y el Departamento de Misiones del CELAM en bien de la animación y formación misionera en las parroquias y grupos de fe.
- La oportunidad de aprovechar la cruz misional del V Congreso Americano Misionero como animación misionera.
- La necesidad de celebrar Congresos Misioneros nacionales.

Otras observaciones

- *Usar el lenguaje femenino*
- *Usar oraciones más breves*
- *Hablar de países de América*